

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIII

Nº3

MARZO 2010



**NUESTRA PORTADA:**

***AÑO SANTO COMPOSTELANO***

Santiago Peregrino. Iglesia de Beade (Ourense). Friso relieve de piedra, siglo XV.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXIII

Marzo 2010

Nº 3

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa .....	341
Saludo del Sr. Obispo a la nueva Cofradía de la Veracruz de la Parroquia de O Carballiño .....	343
Actividades del Sr. Obispo .....	345

### IGLESIA DIOCESANA

#### Secretaría General

Defunciones .....	349
-------------------	-----

#### Vicaría de Pastoral

Los Señores Arciprestes y Delegados Episcopales despiden al Señor Obispo .....	352
Delegación de Liturgia. La adoración del Santísimo Sacramento .....	353

#### Vicaría para los Asuntos Económicos

Nota de aclaración sobre la Colecta Pontificia "Pro locis sanctis" .....	357
--	-----

### IGLESIA EN ESPAÑA

#### Conferencia Episcopal Española

Nota de prensa sobre la clase de Religión .....	361
Campaña "es un tú en ti" .....	362
Nota de la Subcomisión episcopal de Familia y Vida. <i>Es mi vida, está en tus manos</i> .....	364
Nombramiento episcopal: Mons. Ricardo Blázquez Pérez, Arzobispo de Valladolid .....	366

### IGLESIA UNIVERSAL

#### Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus .....	371
Audiencias .....	377
Cartas .....	394
Discursos .....	406
Homilías .....	437
Mensajes .....	449

#### Santa Sede

Pontificia comisión para América Latina. Mensaje con motivo del Día de Hispanoamérica .....	459
---	-----

### CRÓNICA DIOCESANA

Marzo .....	467
-------------	-----





# LA VOZ DEL PRELADO

---



## Saludo del Sr. Obispo para la SEMANA SANTA

Llega la Semana Santa y, en ella, la Liturgia de la Iglesia nos invita a revivir los grandes misterios de la vida del Señor que marcaron para siempre el destino del hombre y de la humanidad. Sólo Él es “el camino, la verdad y la vida”. Fuera de Él, el hombre encontrará el vacío, la oscuridad, la destrucción y la muerte. Es necesario que, a la luz de estos misterios, encontremos y reafirmemos el camino del amor y la verdad. La seguridad de que la vida no termina en la muerte, sino en la resurrección. Esto es lo que proclamamos en las celebraciones del Jueves Santo, del Viernes y del Sábado-Domingo santos de esta semana.

Os invito este año, atendiendo a la llamada del Santo Padre, a fijaros especialmente en el amor de Cristo que se plasmó en su deseo de “perpetuarse entre nosotros a través de los sacerdotes”. Agradecer y pedir por ellos es nuestra responsabilidad para que, siendo santos, puedan pasar “por el mundo haciendo el bien a todos”.

Su mensaje, como el mensaje de la Iglesia, será siempre una llamada a la esperanza y a la salvación definitiva que Dios está dispuesto a regalarnos como don gratuito de su amor.

En unos momentos en que el absurdo del relativismo parece nublar y ocultar el horizonte trascendente del hombre es necesario el testimonio claro y valiente de los cristianos. Con sus actitudes, demostrarán que el Señor que muere en la cruz lo hace para decirnos que sólo, a través del amor que es capaz de dar la vida por los demás, puede librarnos de las encrucijadas sin salida en que muchas veces se encuentra el mundo.

¿Y cómo no hacernos más solidarios en las actuales circunstancias con los más débiles viendo que el Señor entrega su vida por todos nosotros?

La Semana Santa puede ofrecernos la oportunidad de pensar y madurar en el interior de nosotros mismos estas reflexiones. Dejarían, en nuestro interior, motivos de paz, de esperanza y razones para trabajar por un mundo mejor en el que todos saldríamos ganando.

Os bendice vuestro Obispo

+ Luis Quinteiro Fiuza  
Obispo de Ourense

## Saúdo do Sr. Bispo para a SEMANA SANTA

Chegada a Semana Santa e, nela, a liturxia dá Igrexa nos convida a revivi-los grandes misterios dá vida do Señor que marcaron para sempre vos destinos do home e dá humanidade. Só O é “ou camiños, a verdade e a vida”. Fora d’O, ou home atopará ou baleiro, a escuridade, a destrución e a morte. É necesario que á luz destes misterios atopemos é reafirmémo-lo camiño do amor e dá verdade. A seguridade de que a vida non remata na morte, senón na resurrección. Isto é o que proclamamos nas celebracións do Xoves Santo, do Venres e do Sábado - Domingo santos desta semana.

Invítovos este ano, atendendo á chamada do Santo Pai, a fixarvos especialmente no amor de Cristo que se plasmou no seu desexo de “perpetuarse entre nós a través dos sacerdotes”. Agradecer e pedir por eles é a nosa responsabilidade para que, sendo santos, poidan pasar “polo mundo facendo o ben a todos”.

A súa mensaxe, como o mensaxe da Igrexa, será sempre unha chamada á esperanza e á salvación definitiva que Deus está disposto a nos regalar como don gratuíto do seu amor.

Nuns momentos en que o absurdo do relativismo asemella nubrar e oculta-lo horizonte transcendente do home é necesario o testemuño claro e valente dos cristiáns. Coas súas actitudes, demostrarán que o Señor que morre na cruz faino para nos dicir que só, a través do amor que é capaz de da-la vida polos demais, pode librar-nos das encrucilladas sen saída en que moitas veces se atopa o mundo.

¿E como non facernos máis solidarios nas actuais circunstancias cos máis febles vendo que o Señor entrega a súa vida por todos nós?

A Semana Santa pode ofréceno-la oportunidade de pensar e madurar no interior de nós mesmos estas reflexións. Deixarían, no noso interior, motivos de paz, de esperanza e razóns para traballar por un mundo mellor no que todos sairíamos gañando.

Bendívo-lo voso Bispo

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense



## Saludo del Sr. Obispo a la nueva Cofradía de la Veracruz de la Parroquia de O Carballiño

Quiero expresar mi sincera felicitación a esta nueva y reciente Cofradía de la Veracruz, en la parroquia de San Cibrao de O Carballiño.

Felicitación, en primer lugar, a todos los cofrades, porque en menos de dos años, habéis contribuido al fervor religioso en los días de la Semana Santa. Me consta, por los sacerdotes de la parroquia, que un grupo numeroso de jóvenes creyentes, con vuestro presidente D. Rafael Benito Melero, ha reunido en torno a vuestra cofradía a muchos otros jóvenes y familias de la parroquia y del contorno.

Mi felicitación, en segundo lugar, porque con la presencia del Sr. Capellán de la Cofradía, vais mejorando paso a paso en otras actividades y potenciando vuestra condición de jóvenes creyentes, en otros ámbitos culturales y juveniles en la parroquia.

Os invito, junto a todos los demás feligreses, a que viváis estos días especiales de la Semana Santa como momentos de gracia y oración. La cuaresma es el preámbulo de preparación para el Triduo Pascual, donde vivimos los misterios de nuestra salvación.

Me conmueve la expresión de las imágenes del Cristo Yacente y de la

Virgen Dolorosa de vuestra parroquia. Ojalá que la profundidad de esas imágenes os impulsen, cofrades y feligreses de Carballiño, a participar con un mayor compromiso en las reuniones bíblicas y, en el templo de la Veracruz, en la escucha atenta de la Palabra de Dios y en la participación asidua de los sacramentos de la Iglesia!

¡Qué satisfacción la de esa comunidad parroquial, al verse rodeada de niños que se preparan en catequesis para la iniciación cristiana en la fe de la Iglesia!

¡Qué hermoso experimentar que estos misterios gozosos se transformen mediante el dolor de la Semana Santa en misterios de gloria y resurrección!

Elevo oraciones de acción de gracias y súplica al Señor, para que los miembros de esa Cofradía y todos los fieles de la parroquia, seáis capaces de vivir los grandes Misterios de la Redención de Jesucristo, Doloroso y Resucitado, en la Eucaristía y en el amor fraternal.

Os saluda y bendice vuestro Obispo

+ Luis Quinteiro Fiuza  
Obispo de Ourense

## Saúdo do Sr. Bispo á nova Confraría da Veracruz da Parroquia de O Carballiño

Quero expresa-la miña sincera felicitación a esta nova e recente Confraría da Veracruz, na parroquia de San Cibrao de O Carballiño.

Felicitación, en primeiro lugar, a tódolos cofrades, porque en menos de dous anos, contribuístes ó fervor relixioso nos días da Semana Santa. Cónstame, polos sacerdotes da parroquia, que un grupo numeroso de mozos crentes, co voso presidente D. Rafael Benito Melero, reuniu en torno á vosa confraría a moitos outros mozos e familias da parroquia e do contorno.

A miña felicitación, en segundo lugar, porque coa presenza do Sr. Capelán da Confraría, ides mellorando paso a paso noutras actividades e potenciando a vosa condición de mozos crentes, noutros ámbitos culturais e xuvenís na parroquia.

Invítovos, xunto a tódolos demais fregueses, a que vivades estes días especiais da Semana Santa como momentos de graza e oración. A coresma é o preámbulo de preparación para o Triduo Pascual, onde vivímo-los misterios da nosa salvación.

Conmóveme a expresión das imaxes do Cristo Xacente e da Virxe Dolorosa da vosa parroquia. Oxalá que a profundidade desas imaxes vos impulsen, cofrades e fregueses de Carballiño, a participar cun maior compromiso nas reunións bíblicas e, no templo da Veracruz, na escoita atenta da Palabra de Deus e na participación asidua dos sacramentos da Igrexa!

¡Que satisfacción a desa comunidade parroquial, ó verse rodeada de nenos que se preparan na catequese para a iniciación cristiá na fe da Igrexa!

¡Que fermoso experimentar que estes misterios gozosos se transformen mediante a dor da Semana Santa en misterios de gloria e resurrección!

Elevo oracións de acción de grazas e súplica ó Señor, para que os membros desa Confraría e tódolos fieis da parroquia, sexades capaces de vivi-los grandes Misterios da Redención de Xesus Cristo, Doloroso e Resucitado, na Eucaristía e no amor fraternal.

Vos saúda e bendí o voso Bispo

+ Luís Quinteiro Fiuza  
Bispo de Ourense

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### FEBRERO

---

Día 26: Encuentro Con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.

### MARZO

---

Día 1: Preside la Celebración Eucarística en la fiesta de San Rosendo en la iglesia parroquial de Celanova.

Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Felicidad Sánchez Ballesteros, Religiosa Misionera del Divino Maestro, en la capilla de Montealegre.

Día 3: Preside la Inauguración de la exposición “Ex umbra in solem, de las sombras a la luz” en el Obispado.

Día 5: Preside la Celebración Eucarística en el Monasterio de Santa Clara de Allariz y Acto de elección de la nueva Abadesa.

Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor Amelia Pintos Amarante, Religiosa Misionera del Divino Maestro, en la capilla de Montealegre.

Día 9: Visita la Escuela Profesional “Santo Cristo”.

Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor María Antonia García Pena, Religiosa Carmelita de la Caridad en la capilla del Colegio.

Día 10: Preside la Celebración Eucarística en el Monasterio de las Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés.

Día 11: Preside la Celebración Eucarística en el Monasterio de Santa Teresa de las Carmelitas Descalzas de la ciudad.

Asiste en el Liceo la conferencia “Las peregrinaciones a Santiago de Compostela en la época moderna” pronunciada por el profesor D. Domingo González Lopo y al posterior homenaje de despedida hacia su persona por parte de esta Sociedad.

Día 12: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Camilo Gómez Prieto en la Parroquia de Santa María de Oímbra.

- Día 13: Preside la Celebración de la “Traditio” del Camino Neocatecumenal en la Parroquia de San Pío X.  
Asiste al XLI Festival Juvenil de la Canción Misionera en el Auditorio Municipal.
- Día 14: Preside la Celebración Eucarística de Niños en la Parroquia de la Santísima Trinidad con motivo del Festival Infantil.  
Asiste al XXXII Festival Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio Municipal.
- Día 16: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 17: Preside la Firma de un Convenio de colaboración entre el Obispado de Ourense y CIMO en el Salón Mundo Novo.  
Pronuncia la conferencia “Europa y la renovación cristiana” en el Salón de actos de la Fundación Barrié de la Maza en A Coruña.
- Día 18: Asiste a la Celebración de Inauguración y Bendición del edificio restaurado del Seminario de Lugo.  
Preside la Vigilia de Oración por las Vocaciones en la Parroquia de Santiago de As Caldas.
- Día 19: Preside la celebración Eucarística en el Seminario Menor con motivo de la solemnidad de San José, Patrono del Seminario.
- Día 21: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Benito de Rabiño con motivo de la fiesta de su Patrono.
- Día 23: Preside la Celebración Eucarística en el Convento de las Esclavas del Santísimo y de la Inmaculada.
- Día 24: Preside la reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor.  
Preside la Celebración Eucarística en el Seminario Menor.
- Día 25: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Rvdo. Daniel Fernández Rodríguez en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.  
Clausura la Novena a Santa María Madre en la solemnidad de la Anunciación de la Virgen María en la iglesia de Santa María Madre.  
Preside la Celebración Eucarística y Actos varios con motivo de la fiesta de todos los trabajadores de la Fundación San Rosendo y la concesión de la Medalla de Oro de la Fundación San Rosendo al Sr. Obispo.



# IGLESIA DIOCESANA

---



---

## SECRETARÍA GENERAL

### DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;  
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

**+ Rvdo. Sr. D. Camilo Gómez Prieto.** Falleció el día 11 de marzo de 2010 a los 88 años. Había nacido el 26 de mayo de 1921 en Maceda. Fue ordenado sacerdote en Ourense el 27 de junio de 1948 y desempeñó los siguientes cargos pastorales: párroco de San Juan de Chás y administrador de San Juan de Cobas y Santa María Magdalena de Paradellas desde 1948 hasta 1955, año en que fue nombrado párroco de la parroquia Beato Sebastián de Aparicio de A Gudiña y administrador de Santa María de O Cañizo y Santiago de Carracedo da Serra, donde permaneció hasta 1968. Fue nombrado párroco de Santa María de Oímbra y administrador de Santa Cruz de San Cibrao ese mismo año de 1968 y allí permaneció hasta su fallecimiento.

**+ Rvdo. Sr. D. José Vázquez Domínguez.** Falleció el día 14 de marzo de 2010 a los 80 años. Había nacido el 26 de febrero de 1930 en Avellaneda (Buenos Aires). Fue ordenado sacerdote el 27 de junio de 1954 en el Seminario de Ourense y ejerció su ministerio pastoral en los siguientes destinos: entre 1954 y 1955 fue coadjutor de la parroquia de Santa Eufemia del Centro. En septiembre de 1955 fue nombrado párroco de San Salvador de Cristosende y administrador de Santa Mariña de Montoedo, San Bartolomé de Fontao, hasta 1956, en que, en el mes de noviembre, fue nombrado párroco de San Vicente de Lobás y administrador de San Miguel de Feás. El mes de octubre de 1959 fue destinado como párroco a Santa María de Valle de Riocaldo y administrador de San Salvador de Manín, hasta el año 1974, en que fue trasladado a la parroquia de Santa María de Amarante (Dacón) como párroco y administrador de Santa María de Vilela y San Esteban de Vilamoure, en la que permaneció hasta su fallecimiento; al mismo

tiempo y en diversos períodos fue administrador parroquial de las siguientes parroquias, San Martín de Lago, San Juan de Arcos, San Pedro de Garabás y Santo Tomé de Madarnás. Fue durante muchos años Arcipreste de Maside.

**+ Rvdo. Sr. D. Daniel Fernández Rodríguez.** Falleció el día 23 de marzo de 2010 a los 84 años. Había nacido en Barbantes el 19 de febrero de 1926, siendo ordenado sacerdote en la Diócesis de Tui el 14 de enero de 1951. Ejerció su ministerio sacerdotal desde el años 1951 hasta el año 1953 como coadjutor en la parroquia de Ginzo (Puentearreas) y Ecónomo de Arnoso, ambas parroquias de Tui y en las parroquias de San Pedro de Beiro, como párroco, y San Mauro de Regadas, como administrador parroquial, entre los años 1953 y 1972, parroquias de la Diócesis Auriense desde el arreglo de límites diocesanos del año 1954. El año 1972 se trasladó a América, a la Diócesis de Coro en Venezuela. Los últimos años residía en la Casa Sacerdotal de Ourense.

**+ Rvdo. Sr. D. Ramón Fernández Blanco.** Falleció el día 30 de marzo de 2010, a los 84 años. Natural del Ourense y ordenado sacerdote para la Iglesia de Asturias, donde ejerció su ministerio sacerdotal hasta la fecha de su jubilación, cuando se trasladó a Ourense, celebrando habitualmente la Eucaristía en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora en la ciudad de Ourense, hasta que su enfermedad se lo impidió.

**Sor Felicidad Sánchez Ballesteros, Religiosa Misionera del Divino Maestro, M.D.M.** Falleció en la mañana del domingo 28 de febrero de 2010. La Hna. Felicidad había nacido en un pueblo de Salamanca en una familia de profundas raíces cristianas. Es Religiosa Misionera del Divino Maestro, desde el año 1951. Después de su profesión religiosa fue destinada a distintas comunidades de España, especialmente se destaca su permanencia en la Comunidad de Baza, en el barrio de las Cuevas, en donde permaneció más de 26 años, también estuvo cuatro años en Colombia y al regresar volvió a Baza. A la comunidad de Ourense llegó en Septiembre pasado con la finalidad de ayudar a las mayores.

**Sor Amelia Pintos Marante, Religiosa Misionera del Divino Maestro, M.D.M.** Había nacido en Maside (Ourense) el 23 de marzo de 1923, en el seno de una familia cristiana. Pertenecía al grupo de hermanas que durante la vida de los Padres Fundadores se incorporó a la Congregación. Su actividad docente la ha desarrollado especialmente en la formación de adultos y en la pastoral en las comunidades de Granada, Baza y Málaga en donde estuvo durante muchos años. En la comunidad de Ourense ha permanecido los últimos años de su vida.



**Sor María Antonia García Pena, Carmelita de la Caridad-Vedruna, C.C.V.**

Falleció el día 8 de marzo de 2010. Había nacido en Abelleira, del Ayuntamiento de Muiños (Ourense), en el seno de una familia profundamente cristiana, siendo la quinta de seis hermanos. Desde niña sintió una gran devoción a la Virgen, bajo la advocación de la Clamadoira. A los dieciocho años entró en el Noviciado de las Hermanas Carmelitas de la Caridad, que tienen en Victoria. Después de su profesión religiosa tuvo diversos destinos: Segovia, Vigo, La Guardia, Villaviciosa, León, Valladolid, La Bañeza... En ellos se dedicó al cuidado de niños y enfermos. Pasó muchos años aquí en Ourense.

## VICARÍA DE PASTORAL

### **Los Señores Arciprestes y Delegados Episcopales despiden al Señor Obispo**

La próxima Reunión de los Señores Arciprestes y Delegados Episcopales será el día 26 de mayo de 2010. Evaluación del curso y preparación de la programación de Pastoral en el Santuario de los Milagros. Muy posiblemente el Sr. Obispo, entonces ya de Tuy – Vigo, no podrá acompañarnos.

Han sido siete intensos años de trabajo: programando y acudiendo a las zonas para presentar las programaciones, reuniéndonos mensualmente en el Seminario Mayor, celebrando cursillos, frecuentando encuentros de Biblia, iniciando Semanas de Teología, procurando recuperar el Sentido del Domingo, celebrando el año Jubilar de San Rosendo, el año Jubilar de San Pablo, el año Sacerdotal... Han sido pocos años, pero verdaderamente intensos.

Todo llega a su término. En la Iglesia, también en la diocesana, todos somos necesarios, todos somos personalmente insustituibles. Pero en el organigrama eclesial nadie es imprescindible, por una razón muy sencilla: “mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos -oráculo del Señor” (Isaías 55, 6-9).

Por lo dicho, D. Luis, queremos que este día sea también el de “**un sentido adiós**” a quien nos ha animado y acompañado en tantas “labores” pastorales, que son su ayuda y la gracia de Dios, hemos sido capaces de llevar a buen puerto.

Sr. Obispo, muchas gracias por ser nuestro Obispo en estos años. Los Señores Arciprestes y los Señores Delegados quieren ofrecerle un pequeño obsequio, “fruto de la tierra y del trabajo de los hombres”: las Programaciones Diocesanas, que con Usted, y al amparo de la Virgen de los Milagros, hemos confeccionado a lo largo de estos casi ocho años. Muchas Gracias. Y nunca olvide que Ourense tiene casa y amigos.

Ourense, 24 - III - 2010

*José Pérez Domínguez*  
*Vicario de Pastoral*

## DELEGACIÓN DE LITURGIA

### La adoración del Santísimo Sacramento

Tratamos en este caso el *tema central de la programación diocesana de este año*. Lo vamos a hacer destacando algunos aspectos que creemos fundamentales.

1. La *adoración* ha de *comenzar* en la Misa. Se adora al Señor *arrodillándose* y postrando ante Él toda la persona, cuando el sacerdote nos lo muestra bajo las especies de pan y de vino, después de la consagración. En este momento, adoramos el “Cuerpo entregado por nosotros” y la “Sangre derramada” por los pecados de todos los hombres. En la celebración de la Eucaristía se actualiza, de modo incruento pero real, el mismo sacrificio de la Cruz. Es muy conveniente en tal momento adorar el Cuerpo *destrozado* por nosotros y la sangre *vertida* para el perdón de los pecados. Este Cuerpo es el precio de nuestros pecados y la sangre lava totalmente nuestra vida de pecado. *Hacer experiencia* adorante de esto, es una de las actitudes más profundas de fe, que cabe realizar por parte del cristiano hacia el Señor sacrificado sacramental y eucarísticamente.

La Iglesia pide a toda la comunidad cristiana que participa en la Eucaristía arrodillarse y adorar al Señor en el momento de la consagración del pan y del vino. Afortunadamente la mayoría de los fieles lo hacen. Pero se ha “impuerto” quizás rutinariamente-con el

consentimiento implícito de algunos sacerdotes- la praxis de mantenerse de pie también durante la consagración. La OGMR n 43 dice expresamente que, si no se dan razones de salud o de estrechez de espacio, los fieles se pongan de rodillas y adoren en silencio al Señor. Sólo en el caso de no poder arrodillarse, deben mantenerse de pie y hacer dos inclinaciones de cabeza (al pan consagrado y al vino), lo mismo que el sacerdote hace dos genuflexiones.

Lo adoramos ya cuando recitamos el “Gloria”. Cuando seguimos, con fe y adhesión del corazón, la Plegaria eucarística, que recita el sacerdote. Lo adoramos cuando inclinamos la cabeza antes de recibirlo en la comunión. En este momento el sacerdote nos dice: “El Cuerpo de Cristo” y cada fiel responde: “Amén”. Con ese “amén”, estamos realizando un verdadero acto de fe y adoración: algo así como: “Lo creo”; “Ésta es la verdad”, “Creo en Él y lo adoro”. La intensidad de nuestra fe y la delicadeza adorante se expresa también en cómo recibimos la sagrada forma en la mano (sabiendo que es *la persona* del Hijo de Dios y no una cosa, un objeto) o en la boca. Lo adoramos si rendimos nuestra persona y nuestra vida al Señor, presente por la comunión sacramental. Habría que preguntar a fieles y sacerdotes cómo le adoramos en el silencio

de la comunión, cómo damos gracias y lo alabamos y cuánto tiempo dedicamos a la acción de gracias después de la comunión. Luego, nuestra adoración se puede prolongar a toda la vida. De hecho, el cristiano está llamado a ser un adorador del Padre “en espíritu y en verdad” en toda su vida. Ello quiere decir que toda la vida cristiana es un verdadero acto de culto al Señor en alabanza, acción de gracias, narración de las maravillas de Dios y oferta de las penas y alegrías de los hombres.

2. La adoración es la oración posible y real cuando *visitamos* al Señor en el sagrario y, *poniéndonos de rodillas*, lo reconocemos presente como Señor y Dios. Bastan las palabras de Sto. Tomás: “Señor mío y Dios mío”, para expresar nuestra fe adorante. En toda *visita*, junto a otras formas de orar (alabar, dar gracias, pedir) no ha de faltar el *adorar*. En estas visitas frecuentes al sagrario, el cristiano va aprendiendo a relacionarse con el Dios-con-nosotros, el Emmanuel, que ha querido sentar su tienda (a imitación de lo que sucedía en el AT con la tienda del encuentro) en medio de nuestras casas.

En el pasado, los pastores de las comunidades lograron inculcar en los niños, los jóvenes y adultos la importancia de visitar al que se ha quedado en el sagrario, para acompañar a los hombres. En el pasado, los padres espirituales invitaban a los seminaristas a visitar lo más posible a Cristo en la Eucaristía. Los que ya somos viejos, recordamos aquellas su-

gerencias de padres espirituales santos, que nos invitaban a saludar al Cristo, presente en los sagrarios de las iglesias que veíamos en los viajes en coche o en tren. ¡Y cuánto bien nos hicieron!

Hoy, en la catequesis sistemática con niños y adolescentes, habría que encontrar el modo de que esta práctica entrañable no se perdiera. Es preciso acercar a los niños y jóvenes al sagrario, sin complejos. Después de la celebración del Sacramento de la penitencia, de una sesión de catequesis o de otro tipo, conviene hacerles orar junto al sagrario. En las misas con niños y, según el *Directorio* del mismo nombre, se pueden hacer gestos que ayuden a la experiencia de adoración, para que cuando visiten ellos solos la Iglesia, se orienten hacia el sagrario. La celebración eucarística bien participada va llevando también a los fieles hacia la adoración a Cristo fuera de la Misa.

3. La Iglesia nos invita y exhorta a adorar al Señor en la Eucaristía *en dos formas*: la exposición prolongada o larga (solemne o con expositor y sencilla o con el copón) y la breve (solemne o sencilla). En tales casos, la Iglesia nos facilita la adoración del Señor bajo las especies eucarísticas, con lecturas bíblicas, oraciones, cantos, reflexiones, silencios, etc. En ambos casos, debe haber un cierto tiempo que permita orar en grupo y a nivel personal.

No se puede tener una exposición simplemente por dar la bendición con

el Santísimo. En toda exposición, se utilizarán textos de la sagrada Escritura, de la Tradición viva de la Iglesia y oraciones recomendadas a la piedad de los fieles. En la exposición corta no es conveniente el rezo del Rosario, porque se orientaría la oración por un cauce más mariano y devocional (más alejado de lo eucarístico). Otra cosa distinta sucede, cuando la exposición se realiza por tiempo prolongado. Y entendemos por tiempo prolongado, cuando dura al menos horas. Pero, en este caso, el Rosario habría que orientarlo en la línea de lo contenido en la “Rosarium Virginis Mariae” (de Juan Pablo II), de modo que esta oración se convierta en un verdadero acto contemplativo del misterio de Cristo desde María, su Madre. En la exposición larga, es importante también celebrar alguna hora del Oficio divino, dejar tiempo amplio de silencio e invitar a la contemplación amorosa de los misterios del Señor y sobre todo al de la Eucaristía.

La contemplación es mirar a la persona de Cristo, entregado por nosotros como Víctima y Pan de vida, entrar en sus actitudes y sentimientos amándole dulcemente. La contemplación la da el Señor como regalo al esfuerzo personal, pero, a veces, la regala sin mérito alguno. Sólo es preciso contar con su presencia y amar. La contemplación es meterse en su existencia, acompañarle, mirarle embobados y sorprendidos de su amor. La contemplación supone intimidad, abandono completo de la propia voluntad a la suya y dejarse con-

ducir por la suavidad de quien nos ama y desea nuestra plena felicidad. ¡Cuántos santos experimentaron la felicidad más honda en la compañía silenciosa y amorosa de Cristo en la Eucaristía! Pensemos en el santo Cura de Ars y en san Juan de Ávila, san Pascual Bailón, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús. Hasta grandes teólogos como santo Tomás de Aquino, ante la experiencia mística del Cristo-Eucaristía, cayó en la cuenta de que todo lo que había escrito a cerca de Dios, en sus obras teológicas culminantes, era como hojarasca. K. Rahner, uno de los mayores teólogos del siglo XX, al cumplir sus 80 años, confesó que la ciencia teológica sobre Dios implica un “no saber de Dios” y que, más que hablar de Él, *procede callar*. En ese silencio humilde y abierto al Dios, que nos trasciende, es donde se nos revela, por gracia y como don, el conocimiento y el amor de Dios.

4. En la *exposición*, hemos de entrar en la oración ante el Misterio del Señor-Eucaristía con los sentimientos y actitudes de: adoración, fe, asombro, temor reverente, contemplación, gemido, gratitud, reparación, paz y gozo desbordante. Hemos de llegar a poder decir como Juan evangelista: “¡Es el Señor!”. Ello supone que descubrimos al Señor con los ojos de la fe y la profundidad del corazón. Es preciso reclinar la cabeza sobre el pecho de Jesucristo y experimentar sus latidos. Ese corazón rebosa de amor a los hombres y contempla el mundo como una inmensa

mies, que ya está a punto para la siega. Pero quien ha escuchado los latidos del corazón de Cristo, sabe que los obreros son pocos. Por eso, debe pedir por las vocaciones de todo tipo y sobre todo por las consagradas. En el año sacerdotal, el pueblo de Dios debe sentir la llamada de Jesús desde la Cruz: “Tengo sed”. Esa llamada es un grito orientado a extender su Reino, a dar a conocer el Evangelio, a testimoniarle entre todos los hombres, porque Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Los grandes pastores y los grandes apóstoles cristianos siempre han alimentado el “fuego” de su celo y han experimentado el consuelo mayor en las luchas en la Eucaristía celebrada en la Misa y junto al sagrario.

El Papa actual, siguiendo la línea de Juan Pablo II, insiste y da ejemplo de

que es el momento *de profundizar* en lo que nos ha sido dado, de volver sobre lo que somos, lo que celebramos y lo que creemos. En el programa de la Iglesia, sobran palabras (métodos, destrezas y medios) y hace falta sentido de fe, testimonio de vida y oración sincera eclesial y “en lo secreto”. Aplicado a la adoración se concreta en: Volver una y otra vez sobre los textos de la Misa, conocer domingo a domingo las lecturas y oraciones; que los pastores conozcan el *Ritual* correspondiente al culto fuera de la Misa, organizar la exposición periódicamente, invitar a visitar el sagrario, ofrecer tiempos de oración comunitaria y “en lo secreto”, centrada en la Eucaristía reservada. Hacer experiencia prolongada de una “Presencia” velada. Dios desea ser adorado, habla cuando hay silencio y cuando la comunidad y el fiel descubren que ese silencio está “habitado”.

*Ramiro González Cougil*  
*Delegado de Liturgia*

---

## VICARÍA PARA LOS ASUNTOS ECONÓMICOS

### NOTA DE ACLARACIÓN

#### **Comisaría de Tierra Santa. Colecta Pontificia “Pro locis sanctis”**

*Viernes Santo 2009. Diócesis de Ourense*

En el número del Boletín Oficial del Obispado de Ourense del mes de febrero de 2010, pp. 215-216, figura la Colecta en “favor de los Santos Lugares”, en la relación de la misma figura un error, no atribuible a la Comisaría de Tierra Santa, sino a la Administración diocesana que no envió correctamente los datos referentes a las parroquias, no apareciendo la parroquia de María Auxiliadora y atribuyendo su aportación a la parroquia de Ribadavia. La relación debería figurar de la siguiente manera:

#### **PARROQUIAS:**

---

Ourense-María Auxiliadora .....	600 €
Rivadavia-San Domingos .....	100 €







# IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

#### Nota de Prensa

#### **¡Ven y Sígueme! a clase de Religión. Aumenta el porcentaje de los que la eligen en los centros de iniciativa social católica**

Tres de cada cuatro alumnos eligen cursar voluntariamente Religión Católica

La Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha elaborado el informe anual sobre el número de alumnos que reciben formación religiosa y moral en la escuela. Los datos han sido recabados en colegios e instituciones de toda España.

En el curso 2009-2010, la enseñanza religiosa y moral católica es una vez más la opción mayoritaria, escogida voluntariamente por tres de cada cuatro alumnos. En la actualidad cursan la asignatura 3.430.654 alumnos sobre un total de 4.759.190, lo que representa un 72,1%.

#### **Datos por tipos de centros**

Por tipos de centros, ha aumentado el porcentaje de alumnos que cursan religión en la Escuela Católica (99,5 %). En los de titularidad estatal, la media porcentual entre todas las etapas es del 64,1% y en los de iniciativa social civil, la media se sitúa en el 71 %.

Los datos, un año más, son especialmente significativos si tenemos en cuenta las dificultades a las que debe enfrentarse en su entorno la enseñanza de esta asignatura. Los obispos han denunciado en diversas ocasiones que la Ley Orgánica de Educación (LOE) ha introducido nuevas trabas para que los alumnos opten en igualdad de oportunidades por la enseñanza de la religión católica en los distintos tramos de enseñanza. Entre ellas, destaca la configuración de la asignatura como si fuera una materia marginal y un peso añadido a la carga curricular. Ya en febrero de 2007, en la Declaración de la Comisión Permanente titulada *La Ley Orgánica de Educación (LOE), los Reales Decretos que la desarrollan y los derechos fundamentales de padres y escuelas*, los obispos señalaron que la nueva legislación “no regula la enseñanza de la Religión de modo que queden a salvo los derechos de todos”.

A pesar de las graves dificultades, los padres y alumnos ejercen cada año, voluntaria y mayoritariamente, su derecho fundamental de elegir la formación religiosa y moral católica. Por ello, los obispos les agradecen la confianza

depositada en la Iglesia y en particular reconocen la labor de los profesores de religión que, en medio de tantos obstáculos jurídicos, académicos y sociales,

sirven con empeño y entrega a la formación religiosa de sus alumnos

Madrid, 5 de marzo de 2010

## **Con motivo de la Jornada por la Vida que se celebra en 25 de marzo, la Conferencia Episcopal Española lanza la modalidad juvenil de la Campaña**

“¡Es mi vida!... Está en tus manos” con el lema “**Es un tú en ti**”

La Conferencia Episcopal Española ha puesto en marcha una nueva modalidad de la campaña de comunicación “¡Es mi vida!... Está en tus manos”, en esta ocasión con el lema “Es un tú en ti”, dirigida especialmente a los jóvenes.

La iniciativa se difundirá en las principales redes sociales y desarrolla, con otro formato y lenguaje, la campaña en favor del derecho a la vida de los que van a nacer, que puede verse actualmente en vallas publicitarias, carteles y dípticos, con motivo de la Jornada por la Vida del 25 de Marzo.

La nueva modalidad adapta para un público juvenil los objetivos ya propuestos de seguir dando voz a los que van a nacer, para defender su derecho a la vida y ofrecer apoyo real a las mujeres gestantes que se encuentran en dificultades.

### **Un original *emoticono* por la vida**

La campaña desarrolla ahora un *emoticono* original en favor de la vida de los que

van a nacer. Los caracteres que lo componen semejan el vientre de una madre y el rostro de un niño sonriente en su interior.

Derivado del *emoticono*, se ha creado también un *smiley* o cara sonriente que es la imagen central de esta modalidad de la campaña.

En realidad, son dos caras, una mayor (la madre) y otra más pequeña (el hijo) que en este lenguaje, tan popular ya en la red de redes, expresa de forma gráfica y positiva la emoción por una nueva vida humana, presente en el vientre de la madre.

### **Publicidad en redes sociales y buscadores**

Durante un mes, a partir de hoy día 22 de marzo, podrá verse el anuncio en Google y en las redes sociales Tuenti, Facebook y Twitter.

El lema “Es un tú en ti” hace un juego de palabras con el nombre de una

de las mencionadas y conocidas redes sociales e incide precisamente en la cualidad humana del nuevo ser que la mujer lleva dentro. “Un tú distinto de ti, aunque dependa de ti para su desarrollo, un tú único e irrepetible, distinto de ti desde el momento de la fecundación”, se recoge en los materiales de la campaña.

### **Un *micrositio* como punto de encuentro ([www.esuntuenti.com](http://www.esuntuenti.com))**

Todas las iniciativas que se irán desarrollando próximamente se articularán en torno a un nuevo *micrositio* web que servirá como punto de encuentro. En [www.esuntuenti.com](http://www.esuntuenti.com) encontraremos todo el material de la campaña y de la Jornada por la Vida, así como diferentes secciones dinámicas cuyo contenido se actualizará periódicamente.

Habrà, por ejemplo, una sección de testimonios, un apartado titulado “¿Es un tú en ti?” donde se recogerán a modo de preguntas y respuestas las dudas más habituales que surgen a propósito de la vida humana incipiente, y un blog que, con el nombre “Vida en abundancia”, mostrará sugerentes propuestas sobre la cultura de la vida.

También en esta modalidad juvenil, estarán muy presentes las instituciones que trabajan en apoyo de la mujer gestante en dificultades. La sección “¿Buscas ayuda?” podrá consultarse desde cualquier lugar del *micrositio*.

En la nueva web se podrá descargar el *emoticono* por la vida para utilizarlo posteriormente en cualquier aplicación (ordenador, móvil, etc.) y se podrán adquirir también camisetas con las caras del *smiley* “Es un tú en ti”.

La página de inicio de [www.esuntuenti.com](http://www.esuntuenti.com) estará enlazada con las principales redes sociales en las que se hará presente la campaña, tanto con anuncios publicitarios, como con páginas y perfiles propios.

### **Una apuesta innovadora por la comunicación en el mundo digital**

En el Mensaje para la Jornada de las Comunicaciones Sociales de 2010, el Papa Benedicto XVI ha animado a utilizar los nuevos medios al servicio de la Palabra, porque, en un contexto de grandes cambios culturales, las vías de comunicación abiertas por las conquistas tecnológicas se han convertido en un instrumento indispensable para dar respuesta a las preguntas que surgen, muy particularmente en el mundo juvenil. “En verdad el mundo digital, ofreciendo medios que permiten una capacidad de expresión casi ilimitada, abre importantes perspectivas y actualiza la exhortación paulina: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9,16). Así pues, con la difusión de esos medios, la responsabilidad del anuncio no solamente aumenta, sino que se hace más acuciante y reclama un compromiso más intenso y eficaz”.

Con el aliento de estas palabras, la Conferencia Episcopal Española pone en marcha una modalidad específica, dirigida especialmente a los más jóvenes, en un lenguaje adaptado a ellos y en unos lugares en los que ellos están y en los que a menudo se encuentran con otros como ellos. Una iniciativa que, más allá de las acciones publicitarias coyunturales con motivo de la Jornada por la Vida, es una campaña de comunicación con vocación de permanencia para

seguir defendiendo la vida de los que van a nacer y ofreciendo apoyo real a tantas personas en dificultades que, como señalaban los obispos en la Declaración de la Comisión Permanente “Atentar contra la vida de los que van a nacer, convertido en un *derecho*”, de junio de 2009, reclaman “más que sobres cerrados, corazones abiertos que les presten el apoyo humano que necesitan”.

Madrid, 22 de marzo de 2010

### **Nota de la Subcomisión episcopal de Familia y Vida** **Es mi vida está en tus manos**

#### **1. ¡Es mi vida! Está en tus manos.**

La Jornada por la Vida del 25 de marzo viene revestida este año de una peculiar significación ya que coincide con la aprobación de la nueva ley del aborto. Las gravísimas implicaciones morales negativas de la nueva ley han sido claramente denunciadas en la Declaración de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal titulada: “*Atentar contra la vida de los que van a nacer convertido en derecho*”<sup>1</sup>, que la Asamblea Plenaria ha hecho expresamente propia en su reunión de noviembre de 2009. Recomendamos encarecidamente su lectura.

El triste retroceso que la nueva legislación supone en la tutela del derecho a la vida no debe llevarnos al desánimo.

El debate público que se ha suscitado en los últimos meses; los testimonios a favor de la vida en diversos ámbitos científicos, culturales, jurídicos, religiosos y sociales; las múltiples iniciativas por parte de diversas instituciones que se han movilizado masivamente en defensa de la vida del niño que va a nacer, las propuestas cada vez más numerosas de apoyo a la mujer embarazada y, sobre todo, la confianza en Dios, Señor y dador de Vida, nos hacen afrontar el futuro con una gran esperanza. Por ello, invitamos a todos los miembros de la Iglesia a intensificar su testimonio a favor del Evangelio de la vida y a trabajar en la formación de las conciencias.

Con el lema *¡Es mi vida! Está en tus manos*, y en continuación con la cam-

paña del año anterior se quiere dar voz a los que no tienen voz reclamando el derecho de los que van a nacer a que su vida sea protegida. Pretendemos resaltar también la responsabilidad que está en las manos de todos, y no sólo de los padres, de asegurar el derecho primero y más fundamental que es el del ser humano concebido. En esta responsabilidad compartida, la Iglesia siente la necesidad de ayudar y acompañar a los padres que experimentan angustia ante la noticia de un embarazo. Por eso invitamos a todos los fieles católicos a transmitir una clara esperanza a los padres con dificultades para que sepan que no están solos y que en la Iglesia siempre encontrarán un hogar que les acoge.

## **2. La Iglesia, hogar que acoge y acompaña.**

“Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él”, 1Co 12,26. Con estas palabras, san Pablo nos muestra la fuerza del vínculo que une a los miembros de la Iglesia en el único cuerpo de Cristo. El amor de Dios, manifestado en la entrega esponsal de Cristo en la cruz y donado por medio del Espíritu Santo, ha fundado una nueva comunión que es la Iglesia, familia de hijos de Dios. El dinamismo de la caridad construye la unidad entre los miembros de la Iglesia, es impulso para que todos podamos vivir entregando la propia vida a imagen de Cristo y es fuente de luz para reconocer en el otro a «alguien que me pertenece». Por ello,

el sufrimiento de los padres que padecen dificultades para tener a sus hijos es un compartido por toda la Iglesia.

Como se lee en la Declaración citada, las dificultades que empujan a algunas mujeres a plantearse el aborto lo que reclama no son «sobres cerrados», como ofrece la nueva ley, sino “corazones abiertos que les presten el apoyo humano que necesiten para no equivocarse quitando la vida a un hijo y destrozando la propia”<sup>2</sup>. Las madres requieren, por lo tanto, un hogar que les acompañe en el amor y les ayude para recibir el don más precioso y sagrado: la vida de sus hijos. Y este hogar lo pueden encontrar en la Iglesia.

“Agradecemos la dedicación de tantas personas que, en un número cada vez mayor de instituciones eclesiales o civiles, se dedican a prestar su apoyo personal a las mujeres gestantes. Es una alegría el testimonio de tantas madres y padres, que gracias a la ayuda recibida, han decidido por fin a acoger a sus hijos, reconociendo en ellos un don inestimable que trae luz y sentido a sus vidas”<sup>3</sup>.

En la Jornada por la Vida, queremos invitar a todos los miembros de la Iglesia a unirse a este agradecimiento, a orar y apoyar a tantos hermanos nuestros que trabajan para defender la vida humana y ayudar a los padres con dificultades. En este sentido, pedimos a los católicos que den a conocer las instituciones que ofrecen apoyo integral

a las mujeres gestantes. Como ayuda para ello, presentamos un lugar específico en la página web de la Conferencia Episcopal Española: [www.conferenciaepiscopal.es/apoyoalavida](http://www.conferenciaepiscopal.es/apoyoalavida), con una amplia relación de instituciones donde pueden acudir los padres y las mujeres que se sienten solas ante la grave decisión de abortar.

Confiamos los frutos de esta Jornada a la intercesión poderosa de santa María. Ella es la mujer que mejor ha comprendido la belleza de la maternidad y

ha mantenido la esperanza en los momentos de sufrimiento apoyada en el Amor fiel de Dios que guiaba su vida. Que Nuestra Señora acompañe los trabajos en defensa de la vida de tantas personas e ilumine a todas las madres para que reconozcan en sus hijos que van a nacer el bien que puede llenar de alegría y plenitud sus vidas.

Los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida

28 de febrero de 2010

## NOTAS:

- 1 Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, CCXIII Comisión Permanente, *Declaración sobre el Anteproyecto de «Ley del aborto»: atender contra la vida de los que van a nacer, convertido en «derecho»*. (17 de Junio de 2009)
- 2 *Ibid*, n.16
- 3 *Ibid*, n.19

## NOMBRAMIENTO EPISCOPAL

### **Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez ha sido nombrado Arzobispo de Valladolid**

La Nunciatura Apostólica en España ha comunicado que, la Santa Sede, ha hecho público que el Papa Benedicto XVI ha nombrado nuevo Arzobispo de Valladolid a Mons. D. Ricardo Blázquez Pérez, en la actualidad Obispo de Bilbao.

La Archidiócesis de Valladolid se encontraba vacante desde el 21 de junio de 2009, cuando Mons. D. Braulio Rodríguez Plaza tomó posesión como Arzobispo de Toledo. Desde entonces, ha estado al frente de la diócesis como administrador diocesano D. Félix López Zarzuelo.



Mons. Blázquez Pérez, Obispo de Bilbao desde 1995

Mons. D. Ricardo Blázquez nació en Villanueva del Campillo, Ávila, el 13 de abril de 1942. Fue ordenado sacerdote el 18 de febrero de 1967. Cursó estudios de Bachillerato en el Seminario Menor de Ávila desde 1955 a 1960 y los estudios eclesiásticos en el Seminario Mayor de Ávila entre 1960 y 1967. Es Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma (1967-1972).

Tras cursar sus estudios en Roma, regresó a su diócesis de origen, Ávila, donde fue, entre 1972 y 1976, secretario del Instituto Teológico Abulense. En el año 1974, comenzó la docencia en la Universidad Pontificia de Salamanca, donde fue, hasta 1988, profesor de la Facultad de Teología y Decano de esa misma Facultad entre 1978 y 1981. Ha sido Gran Canciller de la Universidad del episcopado español del 2000 al 2005.

Además de colaborar en la redacción de muchos documentos de la Conferencia Episcopal Española, es autor de numerosas publicaciones, entre las que cabe destacar: *La resurrección en la cristología de Wolfhart Pannenberg* (1976), *Jesús sí, la Iglesia también* (1985), *La esperanza en Dios no defrauda; consideraciones teológico-pastorales de un obispo* (2004), e *Iglesia, ¿qué dices de Dios?* (2007).

El Papa, Juan Pablo II, le nombró en 1988 Obispo auxiliar del entonces Arzobispo de Santiago de Compostela, Mons. Rouco Varela. En 1992 fue promovido a Obispo de Palencia y el 8 de septiembre de 1995 fue nombrado Obispo de Bilbao.

En la Conferencia Episcopal Española ha sido miembro de las Comisiones Episcopales para la Doctrina de la Fe (1988-1993) y de Liturgia (1990-1993). Ha sido Presidente de las Comisiones Episcopales para la Doctrina de la Fe (1993-2002) y de Relaciones Interconfesionales (2002-2005).

Fue elegido Presidente de la CEE el 8 de marzo de 2005, cargo que ocupó hasta marzo de 2008 cuando fue nombrado Vicepresidente





IGLESIA UNIVERSAL

---



**IGLESIA UNIVERSAL****SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

*Plaza de San Pedro. Domingo, 21 de febrero de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

El miércoles pasado, con el rito penitencial de la Ceniza, comenzamos la Cuaresma, tiempo de renovación espiritual que prepara para la celebración anual de la Pascua. Pero, ¿qué significa entrar en el itinerario cuaresmal? Nos lo explica el Evangelio de este primer domingo, con el relato de las tentaciones de Jesús en el desierto. El evangelista san Lucas narra que Jesús, tras haber recibido el bautismo de Juan, “lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo” (Lc 4, 1-2). Es evidente la insistencia en que las tentaciones no fueron contratiempo, sino la consecuencia de la opción de Jesús de seguir la misión que le encomendó el Padre de vivir plenamente su realidad de Hijo amado, que confía plenamente en él. Cristo vino al mundo para liberarnos del pecado y de la fascinación ambigua de programar nuestra vida prescindiendo de Dios. Él no lo hizo con declaraciones altisonantes, sino luchando en primera persona contra el Tentador, hasta la cruz. Este

ejemplo vale para todos: el mundo se mejora comenzando por nosotros mismos, cambiando, con la gracia de Dios, lo que no está bien en nuestra propia vida.

De las tres tentaciones que Satanás plantea a Jesús, la primera tiene su origen en el hambre, es decir, en la necesidad material: “Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan”. Pero Jesús responde con la Sagrada Escritura: “No sólo de pan vive el hombre” (Lc 4, 3-4; cf. Dt 8, 3). Después, el diablo muestra a Jesús todos los reinos de la tierra y dice: todo será tuyo si, postrándote, me adoras. Es el engaño del poder, que Jesús desenmascara y rechaza: “Al Señor, tu Dios adorarás, y a él solo darás culto” (cf. Lc 4, 5-8; Dt 6, 13). No adorar al poder, sino sólo a Dios, a la verdad, al amor. Por último, el Tentador propone a Jesús que realice un milagro espectacular: que se arroje desde los altos muros del Templo y deje que lo salven los ángeles, para que todos crean en él. Pero Jesús responde que no hay que tentar a Dios (cf. Dt 6, 16). No podemos “hacer experimentos” con la respuesta y la manifestación de Dios: debemos creer en él. No debemos hacer de Dios “materia” de “nuestro experimento”.

Citando nuevamente la Sagrada Escritura, Jesús antepone a los criterios humanos el único criterio auténtico: la obediencia, la conformidad con la voluntad de Dios, que es el fundamento de nuestro ser. También ésta es una enseñanza fundamental para nosotros: si llevamos en la mente y en el corazón la Palabra de Dios, si entra en nuestra vida, si tenemos confianza en Dios, podemos rechazar todo tipo de engaños del Tentador. Además, de toda la narración surge claramente la imagen de Cristo como nuevo Adán, Hijo de Dios humilde y obediente al Padre, a diferencia de Adán y Eva, que en el jardín del Edén cedieron a las seducciones del espíritu del mal para ser inmortales, sin Dios.

La Cuaresma es como un largo “retiro” durante el que debemos volver a entrar en nosotros mismos y escuchar la voz de Dios para vencer las tentaciones del Maligno y encontrar la verdad de nuestro ser. Podríamos decir que es un tiempo de “combate” espiritual que hay que librar juntamente con Jesús, sin orgullo ni presunción, sino más bien utilizando las armas de la fe, es decir, la oración, la escucha de la Palabra de Dios y la penitencia. De este modo podremos llegar a celebrar verdaderamente la Pascua, dispuestos a renovar las promesas de nuestro Bautismo.

Que la Virgen María nos ayude para que, guiados por el Espíritu Santo, vivamos con alegría y con fruto este tiempo de gracia. Que interceda en particular

por mí y por mis colaboradores de la Curia romana, que esta tarde comenzaremos los ejercicios espirituales.

*Plaza de San Pedro. Domingo, 28 de febrero de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Ayer concluyeron aquí, en el palacio apostólico, los ejercicios espirituales que, como de costumbre, tienen lugar al inicio de la Cuaresma en el Vaticano. Con mis colaboradores de la Curia romana, hemos pasado días de recogimiento y de intensa oración, reflexionando sobre la vocación sacerdotal, en sintonía con el Año que la Iglesia está celebrando. Doy las gracias a todos los que han estado espiritualmente cerca de nosotros.

En este segundo domingo de Cuaresma, la liturgia está dominada por el episodio de la Transfiguración, que en Evangelio de san Lucas sigue inmediatamente a la invitación del Maestro: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9, 23). Este acontecimiento extraordinario nos alienta a seguir a Jesús.

San Lucas no habla de Transfiguración, pero describe todo lo que pasó a través de dos elementos: el rostro de Jesús que cambia y su vestido se vuelve blanco y resplandeciente, en presencia

de Moisés y Elías, símbolo de la Ley y los Profetas. A los tres discípulos que asisten a la escena, les dominaba el sueño: es la actitud de quien, aun siendo espectador de los prodigios divinos, no comprende. Sólo la lucha contra el sopor que los asalta permite a Pedro, Santiago y Juan “ver” la gloria de Jesús. Entonces el ritmo se acelera: mientras Moisés y Elías se separan del Maestro, Pedro habla y, mientras está hablando, una nube lo cubre a él y a los otros discípulos con su sombra; es una nube, que, mientras cubre, revela la gloria de Dios, como sucedió para el pueblo que peregrinaba en el desierto. Los ojos ya no pueden ver, pero los oídos pueden oír la voz que sale de la nube: “Éste es mi Hijo, el elegido; escuchadlo” (v. 35).

Los discípulos ya no están frente a un rostro transfigurado, ni ante un vestido blanco, ni ante una nube que revela la presencia divina. Ante sus ojos está “Jesús solo” (v. 36). Jesús está solo ante su Padre, mientras reza, pero, al mismo tiempo, “Jesús solo” es todo lo que se les da a los discípulos y a la Iglesia de todos los tiempos: es lo que debe bastar en el camino. Él es la única voz que se debe escuchar, el único a quien es preciso seguir, él que subiendo hacia Jerusalén dará la vida y un día “transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo” (*Flp* 3, 21).

“Maestro, qué bien se está aquí” (*Lc* 9, 33): es la expresión de éxtasis

de Pedro, que a menudo se parece a nuestro deseo respecto de los consuelos del Señor. Pero la Transfiguración nos recuerda que las alegrías sembradas por Dios en la vida no son puntos de llegada, sino luces que él nos da en la peregrinación terrena, para que “Jesús solo” sea nuestra ley y su Palabra sea el criterio que guíe nuestra existencia.

En este periodo cuaresmal, invito a todos a meditar asiduamente el Evangelio. Además, espero que, en este Año sacerdotal, los pastores “estén realmente impregnados de la Palabra de Dios, la conozcan verdaderamente, la amen hasta el punto de que realmente deje huella en su vida y forme su pensamiento” (cf. *Homilía de la misa Crismal*, 9 de abril de 2009: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 17 de abril de 2009, p. 3). Que la Virgen María nos ayude a vivir intensamente nuestros momentos de encuentro con el Señor para que podamos seguirlo cada día con alegría. A ella dirigimos nuestra mirada invocándola con la oración del Ángelus.

*Plaza de San Pedro. Domingo, 7 de marzo de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

La liturgia de este tercer domingo de Cuaresma nos presenta el tema de la conversión. En la primera lectura, tomada del *Libro del Éxodo*, Moisés,

mientras pastorea su rebaño, ve una zarza ardiente, que no se consume. Se acerca para observar este prodigio, y una voz lo llama por su nombre e, invitándolo a tomar conciencia de su indignidad, le ordena que se quite las sandalias, porque ese lugar es santo. “Yo soy el Dios de tu padre -le dice la voz- el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob”; y añade: “Yo soy el que soy” (*Ex 3, 6.14*). Dios se manifiesta de distintos modos también en la vida de cada uno de nosotros. Para poder reconocer su presencia, sin embargo, es necesario que nos acerquemos a él conscientes de nuestra miseria y con profundo respeto. De lo contrario, somos incapaces de encontrarlo y de entrar en comunión con él. Como escribe el Apóstol san Pablo, también este hecho fue escrito para escarmiento nuestro: nos recuerda que Dios no se revela a los que están llenos de suficiencia y ligereza, sino a quien es pobre y humilde ante él.

En el pasaje del Evangelio de hoy, Jesús es interpelado acerca de algunos hechos luctuosos: el asesinato, dentro del templo, de algunos galileos por orden de Poncio Pilato y la caída de una torre sobre algunos transeúntes (cf. *Lc 13, 1-5*). Frente a la fácil conclusión de considerar el mal como un efecto del castigo divino, Jesús presenta la imagen verdadera de Dios, que es bueno y no puede querer el mal, y poniendo en guardia sobre el hecho de pensar que las desventuras sean el efecto inmediato de las culpas personales de quien las sufre,

afirma: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo” (*Lc 13, 2-3*). Jesús invita a hacer una lectura distinta de esos hechos, situándolos en la perspectiva de la conversión: las desventuras, los acontecimientos luctuosos, no deben suscitar en nosotros curiosidad o la búsqueda de presuntos culpables, sino que deben representar una ocasión para reflexionar, para vencer la ilusión de poder vivir sin Dios, y para fortalecer, con la ayuda del Señor, el compromiso de cambiar de vida. Frente al pecado, Dios se revela lleno de misericordia y no deja de exhortar a los pecadores para que eviten el mal, crezcan en su amor y ayuden concretamente al prójimo en situación de necesidad, para que vivan la alegría de la gracia y no vayan al encuentro de la muerte eterna. Pero la posibilidad de conversión exige que aprendamos a leer los hechos de la vida en la perspectiva de la fe, es decir, animados por el santo temor de Dios. En presencia de sufrimientos y lutos, la verdadera sabiduría es dejarse interpelar por la precariedad de la existencia y leer la historia humana con los ojos de Dios, el cual, queriendo siempre y solamente el bien de sus hijos, por un designio inescrutable de su amor, a veces permite que se vean probados por el dolor para llevarles a un bien más grande.

Queridos amigos, recemos a María santísima, que nos acompaña en el iti-



nerario cuaresmal, a fin de que ayude a cada cristiano a volver al Señor de todo corazón. Que sostenga nuestra decisión firme de renunciar al mal y de aceptar con fe la voluntad de Dios en nuestra vida.

*Plaza de San Pedro. Domingo, 14 de marzo de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En este cuarto domingo de Cuaresma, se proclama el Evangelio del padre y de los dos hijos, más conocido como parábola del “hijo pródigo” (Lc15,11-32). Este pasaje de san Lucas constituye una cima de la espiritualidad y de la literatura de todos los tiempos. En efecto, ¿qué serían nuestra cultura, el arte, y más en general nuestra civilización, sin esta revelación de un Dios Padre lleno de misericordia? No deja nunca de conmovernos, y cada vez que la escuchamos o la leemos tiene la capacidad de sugerirnos significados siempre nuevos. Este texto evangélico tiene, sobre todo, el poder de hablarnos de Dios, de darnos a conocer su rostro, mejor aún, su corazón. Desde que Jesús nos habló del Padre misericordioso, las cosas ya no son como antes; ahora conocemos a Dios: es nuestro Padre, que, por amor, nos ha creado libres y dotados de conciencia, que sufre si nos perdemos y que hace fiesta si regresamos. Por esto, la relación con él se construye a través de una historia, como le sucede a todo

hijo con sus padres: al inicio depende de ellos; después reivindica su propia autonomía; y por último -si se da un desarrollo positivo- llega a una relación madura, basada en el agradecimiento y en el amor auténtico.

En estas etapas, podemos ver también momentos del camino del hombre en la relación con Dios. Puede haber una fase que es como la infancia: una religión impulsada por la necesidad, por la dependencia. A medida que el hombre crece y se emancipa, quiere liberarse de esta sumisión y llegar a ser libre, adulto, capaz de regularse por sí mismo y de hacer sus propias opciones de manera autónoma, pensando incluso que puede prescindir de Dios. Esta fase es muy delicada: puede llevar al ateísmo, pero con frecuencia esto esconde también la exigencia de descubrir el auténtico rostro de Dios. Por suerte para nosotros, Dios siempre es fiel y, aunque nos alejemos y nos perdamos, no deja de seguirnos con su amor, perdonando nuestros errores y hablando interiormente a nuestra conciencia para volvernos a atraer hacia sí. En la parábola, los dos hijos se comportan de manera opuesta: el menor se va y cae cada vez más bajo, mientras que el mayor se queda en casa, pero también él tiene una relación inmadura con el Padre; de hecho, cuando regresa su hermano, el mayor no se muestra feliz como el Padre; más aún, se irrita y no quiere volver a entrar en la casa. Los dos hijos representan dos modos inmaduros de relacionarse con Dios: la rebelión y

una obediencia infantil. Ambas formas se superan a través de la experiencia de la misericordia. Sólo experimentando el perdón, reconociendo que somos amados con un amor gratuito, mayor que nuestra miseria, pero también que nuestra justicia, entramos por fin en una relación verdaderamente filial y libre con Dios.

Queridos amigos, meditemos esta parábola. Identifiquémonos con los dos hijos y, sobre todo, contemplemos el corazón del Padre. Arrojémonos en sus brazos y dejémonos regenerar por su amor misericordioso. Que nos ayude en esto la Virgen María, *Mater misericordiae*.

*Plaza de San Pedro. Domingo, 21 de marzo de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hemos llegado al quinto domingo de Cuaresma, en el que la liturgia nos propone, este año, el episodio evangélico de Jesús que salva a una mujer adúltera de la condena a muerte (*Jn* 8, 1-11). Mientras está enseñando en el Templo, los escribas y los fariseos llevan ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio, para la cual la ley de Moisés preveía la lapidación. Esos hombres piden a Jesús que juzgue a la pecadora con la finalidad de “ponerlo a prueba” y de impulsarlo a dar un paso en falso. La escena está cargada de dramatismo:

de las palabras de Jesús depende la vida de esa persona, pero también su propia vida. De hecho, los acusadores hipócritas fingen confiarle el juicio, mientras que, en realidad, es precisamente a él a quien quieren acusar y juzgar. Jesús, en cambio, está “lleno de gracia y de verdad” (*Jn* 1, 14): él sabe lo que hay en el corazón de cada hombre, quiere condenar el pecado, pero salvar al pecador, y desenmascarar la hipocresía.

El evangelista san Juan pone de relieve un detalle: mientras los acusadores lo interrogan con insistencia, Jesús se inclina y se pone a escribir con el dedo en el suelo. San Agustín observa que el gesto muestra a Cristo como el legislador divino: en efecto, Dios escribió la ley con su dedo en las tablas de piedra (cf. *Comentario al Evangelio de Juan*, 33, 5). Jesús, por tanto, es el Legislador, es la Justicia en persona. Y ¿cuál es su sentencia? “Aquél de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. Estas palabras están llenas de la fuerza de la verdad, que desarma, que derriba el muro de la hipocresía y abre las conciencias a una justicia mayor, la del amor, en la que consiste el cumplimiento pleno de todo precepto (cf. *Rm* 13, 8-10). Es la justicia que salvó también a Saulo de Tarso, transformándolo en san Pablo (cf. *Flp* 3, 8-14).

Cuando los acusadores “se fueron retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos”, Jesús, absolviendo a la mujer de su pecado, la introduce

en una nueva vida, orientada al bien: “Tampoco yo te condeno; vete y en adelante no peques más”. Es la misma gracia que hará decir al Apóstol: “Una cosa hago: olvido lo que dejé detrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús” (*Flp 3, 13-14*). Dios sólo desea para nosotros el bien y la vida; se ocupa de la salud de nuestra alma por medio de sus ministros, liberándonos del mal con el sacramento de la Reconciliación, a fin de que nadie se pierda, sino que todos puedan convertirse.

En este Año sacerdotal, deseo exhortar a los pastores a imitar al santo cura

de Ars en el ministerio del perdón sacramental, para que los fieles vuelvan a descubrir su significado y belleza, y sean sanados nuevamente por el amor misericordioso de Dios, que “lo lleva incluso a olvidar voluntariamente el pecado, con tal de perdonarnos” (*Carta para la convocatoria del Año sacerdotal*).

Queridos amigos, aprendamos del Señor Jesús a no juzgar y a no condenar al prójimo. Aprendamos a ser intransigentes con el pecado -¡comenzando por el nuestro!- e indulgentes con las personas. Que nos ayude en esto la santa Madre de Dios, que, exenta de toda culpa, es mediadora de gracia para todo pecador arrepentido.

## AUDIENCIAS

*Miércoles, 3 de marzo de 2010*

***San Buenaventura***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy quiero hablar de san Buenaventura de Bagnoregio. Os confieso que, al proponeros este tema, siento cierta nostalgia, porque pienso en los trabajos de investigación que, como joven estudiante, realicé precisamente sobre este autor, especialmente importante para mí. Su conocimiento incidió notablemente en mi formación. Con gran gozo, hace algunos meses hice una

peregrinación a su lugar natal, Bagnoregio, una pequeña ciudad italiana del Lacio, que custodia su memoria con veneración.

Nació probablemente en 1217 y murió en 1274; vivió en el siglo XIII, una época en la que la fe cristiana, que había penetrado profundamente en la cultura y en la sociedad de Europa, inspiró obras imperecederas en el campo de la literatura, de las artes visuales, de la filosofía y de la teología. Entre las grandes figuras cristianas que contribuyeron a la composición de

esta armonía entre fe y cultura, destaca Buenaventura, hombre de acción y de contemplación, de profunda piedad y de prudencia en el gobierno.

Se llamaba Giovanni da Fidanza. Un episodio que sucedió cuando todavía era un muchacho marcó profundamente su vida, como él mismo relata. Se veía afectado por una grave enfermedad y ni siquiera su padre, que era médico, esperaba ya salvarlo de la muerte. Entonces, su madre recurrió a la intercesión de san Francisco de Asís, canonizado hacía poco. Y Giovanni se curó.

La figura del “Poverello” de Asís llegó a ser todavía más familiar para él algunos años más tarde, cuando se encontraba en París, donde estudiaba. Había obtenido el diploma de maestro de Artes, que podríamos comparar con el de un prestigioso instituto de nuestros tiempos. En ese momento, al igual que muchos jóvenes del pasado y también de hoy, Giovanni se planteó una pregunta crucial: “¿Qué debo hacer con mi vida?”. Fascinado por el testimonio de fervor y radicalidad evangélica de los Frailes Menores, que habían llegado a París en 1219, Giovanni llamó a las puertas del convento franciscano de esa ciudad, y pidió ser acogido en la gran familia de los discípulos de Francisco. Muchos años después, explicó las razones de su elección: en san Francisco y en el movimiento que él inició reconocía la acción de Cristo. En una carta dirigida a otro fraile escri-

bía lo siguiente: “Confieso ante Dios que la razón que me llevó a amar más la vida del beato Francisco es que ésta se parece a los comienzos y al crecimiento de la Iglesia. La Iglesia comenzó con simples pescadores, y después se enriqueció de doctores muy ilustres y sabios; la religión del beato Francisco no fue establecida por la prudencia de los hombres, sino por Cristo” (*Epistula de tribus quaestionibus ad magistrum innominatum*, en *Opere di San Buenaventura. Introduzione generale*, Roma 1990, p. 29).

Por lo tanto, alrededor del año 1243 Giovanni vistió el sayal franciscano y asumió el nombre de Buenaventura. En seguida fue destinado a los estudios, y se matriculó en la Facultad de teología de la Universidad de París, donde siguió un conjunto de cursos muy arduos. Obtuvo varios títulos requeridos por la carrera académica, los de “bachiller bíblico” y de “bachiller sentenciarior”. Así Buenaventura estudió a fondo la Sagrada Escritura; las Sentencias de Pedro Lombardo, el manual de teología de aquel tiempo; y los autores de teología más importantes y, en contacto con los maestros y los estudiantes que afluían a París desde toda Europa, maduró su propia reflexión personal y una sensibilidad espiritual de gran valor que, a lo largo de los años sucesivos, supo infundir en sus obras y en sus sermones, convirtiéndose así en uno de los teólogos más importantes de la historia de la Iglesia. Es significativo recordar el título de la tesis que defendió para ser

habilitado a la enseñanza de la teología, la *licentia ubique docendi*, como se decía entonces. Su disertación llevaba por título: *Cuestiones sobre el conocimiento de Cristo*. Este tema muestra el papel central que Cristo tuvo siempre en la vida y en las enseñanzas de Buenaventura. Sin duda podemos decir que todo su pensamiento fue profundamente cristocéntrico.

En aquellos años en París, la ciudad de adopción de Buenaventura, estalla una violenta polémica contra los Frailes Menores de san Francisco de Asís y los Frailes Predicadores de santo Domingo de Guzmán. Se contestaba su derecho a enseñar en la universidad, e incluso se ponía en duda la autenticidad de su vida consagrada. Ciertamente, los cambios introducidos por las Órdenes Mendicantes en el modo de entender la vida religiosa, de los que he hablado en mis catequesis anteriores, eran tan innovadores que no todos llegaban a comprenderlos. Se añadían también, como alguna vez sucede incluso entre personas sinceramente religiosas, motivos de debilidad humana, como la envidia y los celos. Buenaventura, aunque rodeado por la oposición de los demás maestros universitarios, había comenzado a enseñar en la cátedra de teología de los Franciscanos y, para responder a quien criticaba a las Órdenes Mendicantes, compuso un escrito titulado *La perfección evangélica*; en el que demuestra cómo las Órdenes Mendicantes, especialmente los Frailes Menores, practicando los votos de po-

breza, de castidad y de obediencia, seguían los consejos del Evangelio. Más allá de estas circunstancias históricas, la enseñanza de Buenaventura en esta obra y en su vida sigue siendo actual: la Iglesia es más luminosa y bella gracias a la fidelidad a la vocación de estos hijos suyos y de aquellas hijas suyas que no sólo ponen en práctica los preceptos evangélicos, sino que, por gracia de Dios, están llamados a guardar los consejos y así testimonian, con su estilo de vida pobre, casto y obediente, que el Evangelio es fuente de gozo y de perfección.

El conflicto se apaciguó, por lo menos durante algún tiempo, y, por intervención personal del Papa, Alejandro IV, en 1257, Buenaventura fue oficialmente reconocido como doctor y maestro de la universidad parisina. Sin embargo, tuvo que renunciar a este prestigioso cargo, porque, en ese mismo año, el capítulo general de la Orden lo eligió ministro general.

Desempeñó ese cargo durante diecisiete años con sabiduría y entrega, visitando las provincias, escribiendo a los hermanos, interviniendo alguna vez con una cierta severidad para eliminar abusos. Cuando Buenaventura inició este servicio, la Orden de los Frailes Menores se había desarrollado de modo prodigioso: los frailes esparcidos por todo Occidente eran más de 30.000, con presencias misioneras en el norte de África, en Oriente Medio, e incluso en Pekín. Era necesario consolidar esta

expansión y, sobre todo, conferirle unidad de acción y de espíritu, guardando plena fidelidad al carisma de Francisco. De hecho, entre los seguidores del santo de Asís había distintos modos de interpretar el mensaje, existía realmente el riesgo de una fractura interna. Para evitar este peligro, en 1260, el capítulo general de la Orden en Narbona aceptó y ratificó un texto propuesto por Buenaventura, en el que se recogían y se unificaban las normas que regulaban la vida diaria de los Frailes Menores. Buenaventura intuía, sin embargo, que las disposiciones legislativas, si bien se inspiraban en la sabiduría y la moderación, no eran suficientes para asegurar la comunión del espíritu y de los corazones. Era necesario que se compartieran los mismos ideales y las mismas motivaciones. Por esta razón, Buenaventura quiso presentar el auténtico carisma de Francisco, su vida y su enseñanza. Por eso, recogió con gran celo documentos relativos al “Poverello” y escuchó con atención los recuerdos de quienes habían conocido directamente a Francisco. Nació así una biografía del santo de Asís bien fundada históricamente, titulada *Legenda Maior*, redactada también de forma más sucinta, y llamada por eso *Legenda minor*. La palabra latina, a diferencia de la italiana, no indica un fruto de la fantasía, sino, al contrario, “*Legenda*” significa un texto autorizado, “para leer” oficialmente. En efecto, el capítulo general de los Frailes Menores de 1263, reunido en Pisa, reconoció en la biografía de san Buenaventura el retrato más fiel del

fundador y se convirtió en la biografía oficial del santo.

Cuál es la imagen de san Francisco que brota del corazón y de la pluma de su hijo devoto y sucesor, san Buenaventura? El punto esencial: Francisco es un *alter Christus*, un hombre que buscó apasionadamente a Cristo. En el amor que impulsa a la imitación, se conformó totalmente a él. Buenaventura señalaba este ideal vivo a todos los seguidores de Francisco. Este ideal, válido para todo cristiano, ayer, hoy y siempre, fue indicado como programa también para la Iglesia del tercer milenio por mi Predecesor, el venerable Juan Pablo II. Ese programa, escribía en su carta *Novo Millennio ineunte*, se centra “en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste” (n. 29).

En 1273, la vida de san Buenaventura conoció otro cambio. El Papa, Gregorio X, lo quiso consagrar obispo y nombrar cardenal. Le pidió también que preparara un importantísimo acontecimiento eclesial: el II concilio ecuménico de Lyon, que tenía como objetivo restablecer la comunión entre la Iglesia latina y la griega. Se dedicó a esta tarea con diligencia, pero no logró ver la conclusión de esa asamblea ecuménica, porque murió durante su celebración. Un notario pontificio anónimo compuso un elogio de Buenaventura, que nos da un retrato conclusivo

de este gran santo y excelente teólogo: “Hombre bueno, afable, piadoso y misericordioso, lleno de virtudes, amado por Dios y por los hombres... De hecho, Dios le había concedido una gracia tan grande, que todos los que lo veían quedaban invadidos por un amor que el corazón no podía ocultar” (cf. J.G. Bougerol, *Bonaventura*, en A. Vauchez (a cura), *Storia dei santi e della santità cristiana*. Vol. vi. *L'epoca del rinnovamento evangelico*, Milano 1991, p. 91).

Recojamos la herencia de este santo doctor de la Iglesia, que nos recuerda el sentido de nuestra vida con las siguientes palabras: “En la tierra... podemos contemplar la inmensidad divina mediante el razonamiento y la admiración; en la patria celestial, en cambio, mediante la visión, cuando seremos hechos semejantes a Dios, y mediante el éxtasis... entraremos en el gozo de Dios” (*La conoscenza di Cristo*, q. 6, *conclusione*, en *Opere di San Bonaventura. Opuscoli Teologici* /1, Roma 1993, p. 187).

*Miércoles, 10 de marzo de 2010*

*Sala Pablo VI*

***San Buenaventura (2)***

*Queridos hermanos y hermanas:*

La semana pasada hablé de la vida y de la personalidad de san Buenaventura de Bagnoregio. Esta mañana, quiero

proseguir su presentación, deteniéndome sobre una parte de su obra literaria y de su doctrina.

Como ya dije, uno de los varios méritos de san Buenaventura fue interpretar de forma auténtica y fiel la figura de san Francisco de Asís, a quien veneró y estudió con gran amor. En tiempos de san Buenaventura, una corriente de Frailes Menores, llamados “espirituales”, sostenía en particular que, con san Francisco, se había inaugurado una fase totalmente nueva de la historia, en la que aparecería el “Evangelio eterno”, del que habla el Apocalipsis, sustituyendo al Nuevo Testamento. Este grupo afirmaba que la Iglesia ya había agotado su papel histórico, y una comunidad carismática de hombres libres guiados interiormente por el Espíritu -es decir, los “Franciscanos espirituales”- pasaba a ocupar su lugar. Las ideas de este grupo se basaban en los escritos de un abad cisterciense, Gioacchino da Fiore, fallecido en 1202. En sus obras, afirmaba un ritmo trinitario de la historia. Consideraba el Antiguo Testamento como la edad del Padre, seguida del tiempo del Hijo, el tiempo de la Iglesia. Había que esperar aún la tercera edad, la del Espíritu Santo. Así, toda la historia se debía interpretar como una historia de progreso: desde la severidad del Antiguo Testamento a la relativa libertad del tiempo del Hijo, en la Iglesia, hasta la plena libertad de los hijos de Dios, en el período del Espíritu Santo, que iba a ser, por fin, el tiempo de la paz entre los hombres,



de la reconciliación de los pueblos y de las religiones. Gioacchino da Fiore había suscitado la esperanza de que el comienzo del nuevo tiempo vendría de un nuevo monaquismo. Por eso, es comprensible que un grupo de franciscanos creyera reconocer en san Francisco de Asís al iniciador del tiempo nuevo y en su Orden a la comunidad del periodo nuevo: la comunidad del tiempo del Espíritu Santo, que dejaba atrás a la Iglesia jerárquica, para iniciar la nueva Iglesia del Espíritu, desvinculada ya de las viejas estructuras.

Por consiguiente, se corría el riesgo de una gravísima tergiversación del mensaje de san Francisco, de su humilde fidelidad al Evangelio y a la Iglesia, y ese equívoco conllevaba una visión errónea del cristianismo en su conjunto.

San Buenaventura, que en 1257 se convirtió en ministro general de la Orden franciscana, se encontró ante una grave tensión dentro de su misma Orden precisamente a causa de quienes sostenían la mencionada corriente de los “Franciscanos espirituales”, que se remontaba a Gioacchino da Fiore. Para responder a este grupo y restablecer la unidad en la Orden, san Buenaventura estudió atentamente los escritos auténticos de Gioacchino da Fiore y los que se le atribuían y, teniendo en cuenta la necesidad de presentar fielmente la figura y el mensaje de su amado san Francisco, quiso exponer una visión correcta de la teología de la historia.

San Buenaventura afrontó el problema precisamente en su última obra, una recopilación de conferencias a los monjes del Estudio parisino, que quedó incompleta y nos ha llegado a través de las transcripciones de los oyentes, titulada *Hexaëmeron*, es decir, una explicación alegórica de los seis días de la creación. Los Padres de la Iglesia consideraban los seis o siete días del relato sobre la creación como profecía de la historia del mundo, de la humanidad. Los siete días representaban para ellos siete periodos de la historia, más tarde interpretados también como siete milenios. Con Cristo, se entraba en el último, es decir, el sexto periodo de la historia, al que seguiría después el gran sábado de Dios. San Buenaventura supone esta interpretación histórica de la narración de los días de la creación, pero de un modo muy libre e innovador. Según él, dos fenómenos de su tiempo hacen necesaria una nueva interpretación del curso de la historia:

El primero es la figura de san Francisco, el hombre totalmente unido a Cristo hasta la comunión de los estigmas, casi un *alter Christus*, y, con san Francisco, la nueva comunidad creada por él, distinta del monaquismo conocido hasta entonces. Este fenómeno exigía una nueva interpretación, como novedad de Dios aparecida en aquel momento.

El segundo es la posición de Gioacchino da Fiore, que anunciaba un nuevo monaquismo; y un período to-



talmente nuevo de la historia, que iba más allá de la revelación del Nuevo Testamento, exigía una respuesta.

Como ministro general de la Orden de los Franciscanos, san Buenaventura vio en seguida que con la concepción espiritualista, inspirada en Gioacchino da Fiore, la Orden no era gobernable, sino que iba lógicamente hacia la anarquía. A su parecer, las consecuencias eran dos:

La primera: la necesidad práctica de estructuras y de inserción en la realidad de la Iglesia jerárquica, de la Iglesia real, requería un fundamento teológico, entre otras razones porque los demás, los que seguían la concepción espiritualista, mostraban un aparente fundamento teológico.

La segunda: aun teniendo en cuenta el realismo necesario, no había que perder la novedad de la figura de san Francisco.

¿Cómo respondió san Buenaventura a la exigencia práctica y teórica? Aquí sólo puedo hacer un resumen esquemático e incompleto de su respuesta en algunos puntos:

1. San Buenaventura rechaza la idea del ritmo trinitario de la historia. Dios es uno en toda la historia y no se divide en tres divinidades. Por consiguiente, la historia es una, aunque es un camino y -según san Buenaventura- un camino de progreso.

2. Jesucristo es la última Palabra de Dios; en él Dios ha dicho todo, donándose y diciéndose a sí mismo. Dios no puede decir, ni dar más que a sí mismo. El Espíritu Santo es Espíritu del Padre y del Hijo. Cristo mismo dice del Espíritu Santo: “Él os recordará todo lo que yo os he dicho” (*Jn* 14, 26), “recibirá de lo mío y os lo anunciará” (*Jn* 16, 15). Así pues, no hay otro Evangelio más alto, no hay que esperar otra Iglesia. Por eso también la Orden de san Francisco debe insertarse en esta Iglesia, en su fe, en su ordenamiento jerárquico.

3. Esto no significa que la Iglesia sea inmóvil, que esté anclada en el pasado y no pueda haber novedad en ella. “*Opera Christi non deficiunt, sed proficiunt*”, las obras de Cristo no retroceden, no desaparecen, sino que avanzan, dice el santo en la carta *De tribus quaestionibus*. Así formula explícitamente san Buenaventura la idea del progreso, y ésta es una novedad respecto a los Padres de la Iglesia y a gran parte de sus contemporáneos. Para san Buenaventura Cristo ya no es el fin de la historia, como para los Padres de la Iglesia, sino su centro; con Cristo, la historia no acaba, sino que comienza un período nuevo. Otra consecuencia es la siguiente: hasta ese momento, dominaba la idea de que los Padres de la Iglesia eran la cima absoluta de la teología, todas las generaciones siguientes sólo podían ser sus discípulas. También san Buenaventura reconoce a los Padres como maestros para siempre, pero

el fenómeno de san Francisco le da la certeza de que la riqueza de la Palabra de Cristo es inagotable y de que incluso en las nuevas generaciones pueden aparecer luces nuevas. La unicidad de Cristo garantiza asimismo la novedad y la renovación en todos los períodos de la historia.

Ciertamente, la Orden Franciscana -subraya- pertenece a la Iglesia de Jesucristo, a la Iglesia apostólica y no puede construirse en un espiritualismo utópico. Pero, al mismo tiempo, es válida la novedad de esa Orden respecto al monaquismo clásico, y san Buenaventura -como dije en la catequesis anterior- defendió esta novedad contra los ataques del clero secular de París: los franciscanos no tienen un monasterio fijo, pueden estar presentes en todas partes para anunciar el Evangelio. Precisamente la ruptura con la estabilidad, característica del monaquismo, en favor de una nueva flexibilidad, restituyó a la Iglesia el dinamismo misionero.

Llegados a este punto, quizá es útil decir que también hoy existen visiones según las cuales toda la historia de la Iglesia en el segundo milenio ha sido una decadencia permanente; algunos ya ven la decadencia inmediatamente después del Nuevo Testamento. En realidad, "*Opera Christi non deficiunt, sed proficiunt*", las obras de Cristo no retroceden, sino que avanzan. ¿Qué sería la Iglesia sin la nueva espiritualidad de los cistercienses, de los franciscanos y de los dominicos, de la espiritualidad

de santa Teresa de Ávila y de san Juan de la Cruz, etcétera? También hoy vale esta afirmación: "*Opera Christi non deficiunt, sed proficiunt*", avanzan. San Buenaventura nos enseña el conjunto del discernimiento necesario, incluso severo, del realismo sobrio y de la apertura a los nuevos carismas que Cristo da, en el Espíritu Santo, a su Iglesia. Y mientras se repite esta idea de la decadencia, existe también otra idea, este "utopismo espiritualista", que se repite. De hecho, sabemos que después del concilio Vaticano II algunos estaban convencidos de que todo era nuevo, de que había otra Iglesia, de que la Iglesia pre-conciliar había acabado e iba a surgir otra, totalmente "otra". ¡Un utopismo anárquico! Y, gracias a Dios, los timoneles sabios de la barca de Pedro, el Papa, Pablo VI y el Papa, Juan Pablo II, por una parte defendieron la novedad del Concilio y, por otra, al mismo tiempo, defendieron la unicidad y la continuidad de la Iglesia, que siempre es Iglesia de pecadores y siempre es lugar de gracia.

4. En este sentido, san Buenaventura, como ministro general de los franciscanos, adoptó una línea de gobierno en la que era clarísimo que la nueva Orden, como comunidad, no podía vivir a la misma "altura escatológica" de san Francisco, en el cual él ve anticipado el mundo futuro, sino que -guiada, al mismo tiempo, por un sano realismo y por la valentía espiritual- debía acercarse tanto como fuera posible a la realización máxima del Sermón de la

montaña, que para san Francisco fue *la* regla, si bien teniendo en cuenta los límites del hombre, marcado por el pecado original.

Vemos así que, para san Buenaventura, gobernar no coincidía simplemente con hacer algo, sino que era sobre todo pensar y rezar. En la base de su gobierno, siempre encontramos la oración y el pensamiento; todas sus decisiones eran fruto de la reflexión, del pensamiento iluminado de la oración. Su íntima relación con Cristo acompañó siempre su labor de ministro general y, por esto, compuso una serie de escritos teológico-místicos, que expresan el alma de su gobierno y manifiestan la intención de guiar interiormente la Orden, es decir, de gobernar no sólo mediante órdenes y estructuras, sino guiando e iluminando las almas, orientando hacia Cristo.

De estos escritos, que son el alma de su gobierno y que muestran tanto a la persona como a la comunidad el camino a recorrer, quiero mencionar sólo uno, su obra maestra, el *Itinerarium mentis in Deum*, que es un “manual” de contemplación mística. Este libro fue concebido en un lugar de profunda espiritualidad: el monte de la Verna, donde san Francisco recibió los estigmas. En la introducción, el autor ilustra las circunstancias que dieron origen a este escrito: “Mientras meditaba sobre las posibilidades del alma de ascender a Dios, se me presentó, entre otras cosas, el acontecimiento admirable que suce-

dió en aquel lugar al beato Francisco, es decir, la visión del serafín alado en forma de Crucifijo. Y meditando sobre ello, en seguida me percaté de que esa visión me ofrecía el éxtasis contemplativo del mismo padre Francisco y a la vez el camino que lleva hasta él” (*Itinerario della mente inDio*, Prólogo, 2, en *Opere di San Bonaventura. Opuscoli Teologici* /1, Roma 1993, p. 499).

Las seis alas del serafín se convierten así en el símbolo de seis etapas que llevan progresivamente al hombre desde el conocimiento de Dios, mediante la observación del mundo y de las criaturas y mediante la exploración del alma misma con sus facultades, a la unión íntima con la Trinidad por medio de Cristo, a imitación de san Francisco de Asís. Habría que dejar que las últimas palabras del *Itinerarium* de san Buenaventura, que responden a la pregunta sobre cómo se puede alcanzar esta comunión mística con Dios, llegaran hasta el fondo de nuestro corazón: “Si ahora anhelas saber cómo sucede esto (la comunión mística con Dios), pregunta a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al clamor de la oración, no al estudio de la letra; al esposo, no al maestro; a Dios, no al hombre; a la neblina, no a la claridad; no a la luz, sino al fuego que todo lo inflama y trasporta en Dios con las fuertes unciones y los afectos vehementes... Entremos, por tanto, en la neblina, acallemos los afanes, las pasiones y los fantasmas; pasemos *con Cristo crucificado de este mundo al Padre*, para decir

con Felipe después de haberlo visto: *esto me basta*" (*ib.*, VII, 6).

Queridos amigos, acojamos la invitación que nos dirige san Buenaventura, el doctor seráfico, y entremos en la escuela del Maestro divino: escuchemos su Palabra de vida y de verdad, que resuena en lo íntimo de nuestra alma. Purifiquemos nuestros pensamientos y nuestras acciones, a fin de que él pueda habitar en nosotros, y nosotros podamos escuchar su voz divina, que nos atrae hacia la felicidad verdadera.

*Plaza de San Pedro. Miércoles, 17 de marzo de 2010*

### ***San Buenaventura (3)***

*Queridos hermanos y hermanas:*

esta mañana, continuando la reflexión del miércoles pasado, quisiera profundizar con vosotros otros aspectos de la doctrina de san Buenaventura de Bagnoregio. Es un eminente teólogo, que merece ser puesto junto a otro grandísimo pensador, su contemporáneo, santo Tomás de Aquino. Ambos escrutaron los misterios de la Revelación, valorando los recursos de la razón humana, en ese fecundo diálogo entre fe y razón que caracteriza al Medioevo cristiano, convirtiéndola en una época de gran vivacidad intelectual, además que de fe y de renovación eclesial, a menudo no evidenciada lo suficiente. Otras analogías les unen: tanto Buenaventura, franciscano, como

Tomás, dominico, pertenecían a las Órdenes Mendicantes que, con su frescura espiritual, como he recordado en las catequesis anteriores, renovaron, en el siglo XIII, a la Iglesia entera y atrajeron a muchos seguidores. Los dos sirvieron a la Iglesia con diligencia, con pasión y con amor, hasta el punto que fueron invitados a participar en el Concilio Ecuménico de Lyon de 1274, el mismo año en que murieron: Tomás mientras se dirigía a Lyon, Buenaventura durante la celebración del mismo Concilio. También en la Plaza de San Pedro, las estatuas de los dos santos están paralelas, colocadas precisamente al principio de la Columnata, partiendo desde la fachada de la Basílica Vaticana: una en el Brazo de la izquierda y la otra en el Brazo de la derecha. A pesar de todos estos aspectos, podemos distinguir en los dos santos dos aproximaciones distintas a la investigación filosófica y teológica, que muestran la originalidad y la profundidad de pensamiento de uno y del otro. Quisiera señalar algunas de estas diferencias.

Una primera diferencia concierne el concepto de teología. Ambos doctores se preguntan si la teología es una ciencia práctica o una ciencia teórica, especulativa. Santo Tomás reflexiona sobre dos posibles respuestas contrarias. La primera dice: la teología es reflexión sobre la fe y el objetivo de la fe es que el hombre llegue a ser bueno, viva según la voluntad de Dios. Por tanto, el fin de la teología debería ser el de guiar por el camino correcto, bueno; en consecuencia ésta, en el fondo, es una ciencia práctica. La

otra postura dice: la teología intenta conocer a Dios. Nosotros somos obra de Dios; Dios está por encima de nuestro actuar, Dios opera en nosotros el actuar correcto. Por tanto, se trata sustancialmente no de nuestro hacer, sino de conocer a Dios, no de nuestro obrar. La conclusión de santo Tomás es: la teología implica ambos aspectos: es teórica, intenta conocer a Dios cada vez más, y es práctica: intenta orientar nuestra vida al bien. Pero hay una primacía del conocimiento: debemos sobre todo conocer a Dios, después viene el actuar según Dios (*Summa Theologiae* Ia, q. 1, art. 4). Esta primacía del conocimiento frente a la praxis es significativa para la orientación fundamental de santo Tomás.

La respuesta de san Buenaventura es muy parecida, pero los acentos son distintos. San Buenaventura conoce los mismos argumentos en una y en la otra dirección, como santo Tomás, pero para responder a la pregunta de si la teología es una ciencia práctica o teórica, san Buenaventura hace una triple distinción – alarga, por tanto, la alternativa entre teórica (primacía del conocimiento) y práctica (primacía de la praxis), añadiendo una tercera actitud, que llama “sapiencial”, y afirmando que la sabiduría abraza ambos aspectos. Y después prosigue: la sabiduría busca la contemplación (como la más alta forma de conocimiento) y tiene como intención *ut boni fiamus* – que seamos buenos, sobre todo esto: que seamos buenos (cfr *Breviloquium, Prologus*, 5). Después añade: “La fe

está en el intelecto, de manera tal que provoca el afecto. Por ejemplo: conocer que Cristo murió ‘por nosotros’ no se queda en conocimiento, sino que se convierte necesariamente en afecto, en amor” (*Proemium in I Sent.*, q. 3).

En la misma línea se mueve su defensa de la teología, es decir, de la reflexión racional y metódica de la fe. San Buenaventura recoge algunos argumentos contra el hacer teología, quizás difundidos también en una parte de los frailes franciscanos y presentes también en nuestro tiempo: la razón vaciaría la fe, sería una postura violenta hacia la Palabra de Dios, debemos escuchar y no analizar la Palabra de Dios (cfr *Carta de san Francisco de Asís a san Antonio de Padua*). A estos argumentos contra la teología, que demuestran los peligros existentes en la misma teología, el santo responde: es verdad que hay un modo arrogante de hacer teología, una soberbia de la razón, que se pone por encima de la Palabra de Dios. Pero la verdadera teología, el trabajo racional de la verdadera y de la buena teología tiene otro origen, no la soberbia de la razón. Quien ama quiere conocer cada vez mejor y más a lo amado; la verdadera teología no empeña la razón y su búsqueda motivada por la soberbia, *sed propter amorem eius cui assentit* – motivada por el amor de Aquél, al que ha dado su consenso” (*Proemium in I Sent.*, q. 2), y quiere conocer mejor al amado: ésta es la intención fundamental de la teología. Para san Buenaventura es por tanto determinante al final la primacía del amor.

En consecuencia, santo Tomás y san Buenaventura definen de modo distinto el destino último del hombre, su felicidad plena: para santo Tomás el fin supremo, a que se dirige nuestro deseo, es ver a Dios. En este sencillo acto de ver a Dios encuentran solución todos los problemas: somos felices, no necesitamos nada más.

Para san Buenaventura el destino último del hombre es en cambio: amar a Dios, el encuentro y la unión de su amor y del nuestro. Ésta es para él la definición más adecuada de nuestra felicidad.

En esta línea, podríamos decir también que la categoría más alta para santo Tomás es lo verdadero, mientras que para san Buenaventura es el bien. Sería erróneo ver en estas dos respuestas una contradicción. Para ambos, lo verdadero es también el bien, y el bien es también lo verdadero; ver a Dios es amar y amar es ver. Se trata por tanto de acentos distintos de una visión fundamentalmente común. Ambos acentos han formado tradiciones diversas y espiritualidades diversas y así han mostrado la fecundidad de la fe, una en la diversidad de sus expresiones.

Volvamos a san Buenaventura. Es evidente que el acento específico de su teología, del que he dado sólo un ejemplo, se explica a partir del carisma franciscano: el Pobrecillo de Asís, más allá de los debates intelectuales de su tiempo, había mostrado con toda su vida la primacía del amor: era un icono

viviente y enamorado de Cristo y así hizo presente, en su tiempo, la figura del Señor – convenció a sus contemporáneos no con las palabras, sino con su vida. En todas las obras de san Buenaventura, también en sus obras científicas, de escuela, se ve y se encuentra esta inspiración franciscana; es decir, se nota que piensa partiendo del encuentro con el Pobrecillo de Asís. Pero para entender la elaboración concreta del tema “primacía del amor”, debemos tener presente también una otra fuente: los escritos del llamado Pseudo-Dionisio, un teólogo sirio del siglo VI, que se escondió bajo el pseudónimo de Dionisio el Areopagita, señalando, con este nombre, una figura de los Hechos de los Apóstoles (cfr 17,34). Este teólogo había creado una teología litúrgica y una teología mística, y había hablado ampliamente de las diversas órdenes de los ángeles. Sus escritos fueron traducidos al latín en el siglo IX; en la época de san Buenaventura – estamos en el siglo XIII – aparecía una nueva tradición, que provocó el interés del santo y de otros teólogos de su siglo. Dos cosas atraían en particular la atención de san Buenaventura:

1. El Pseudo-Dionisio habla de nueve órdenes de los ángeles, cuyos nombres había encontrado en la Escritura y luego había ordenado a su manera, desde los simples ángeles hasta los serafines. San Buenaventura interpreta estas órdenes de ángeles como escalones en el acercamiento de la criatura a Dios. Así, éstos pueden representar

el camino humano, la subida hacia la comunión con Dios. Para san Buenaventura no hay ninguna duda: san Francisco de Asís pertenecía al orden seráfico, al orden supremo, al coro de los serafines, es decir: era puro fuego de amor. Y así, deberían haber sido los franciscanos. Pero san Buenaventura sabía bien que este último grado de acercamiento a Dios no puede ser insertado en un ordenamiento jurídico, sino que es siempre un don particular de Dios. Por esto la estructura de la Orden franciscana es más modesta, más realista, pero debe ayudar a los miembros a acercarse cada vez más a una existencia seráfica de puro amor. El pasado miércoles hablé sobre esta síntesis entre realismo sobrio y radicalidad evangélica en el pensamiento y en el actuar de san Buenaventura.

2. San Buenaventura, sin embargo, encontró en los escritos del Pseudo-Dionisio otro elemento, para él aún más importante. Mientras para san Agustín el *intellectus*, el ver con la razón y el corazón, era la última categoría del conocimiento, el Pseudo-Dionisio da aún otro paso: en la subida hacia Dios se puede llegar a un punto en que la razón ya no ve más. Pero en la noche del intelecto el amor ve aún – ve lo que permanece inaccesible para la razón. El amor se extiende más allá de la razón, ve más, entra más profundamente en el misterio de Dios. San Buenaventura quedó fascinado por esta visión, que se encontraba con su espiritualidad franciscana. Precisamente en la noche

oscura de la Cruz, aparece toda la grandeza del amor divino; donde la razón ya no ve más, ve el amor. Las palabras conclusivas de su “Itinerario de la mente en Dios”, en una lectura superficial, pueden parecer como la expresión exagerada de una devoción sin contenido; leídas, en cambio, a la luz de la teología de la Cruz de san Buenaventura, son una expresión límpida y realista de la espiritualidad franciscana: “Si ahora anhelas saber cómo sucede esto (es decir, la subida hacia Dios), interroga a la gracia, no a la doctrina; al deseo, no al intelecto; al gemido de la oración, no al estudio de la letra;... no a la luz, sino al fuego que inflama y transporta todo en Dios” (VII, 6). Todo esto no es anti intelectual ni tampoco anti racional: supone el camino de la razón, pero lo trasciende en el amor de Cristo crucificado. Con esta transformación de la mística del Pseudo-Dionisio, san Buenaventura se coloca en los inicios de una gran corriente mística, que ha elevado y purificado mucho la mente humana: es un culmen en la historia del espíritu humano.

Esta teología de la Cruz, nacida del encuentro entre la teología del Pseudo-Dionisio y la espiritualidad franciscana, no debe hacernos olvidar que san Buenaventura comparte con san Francisco de Asís también el amor por la creación, la alegría por la belleza de la creación de Dios. Cito sobre este punto una frase del primer capítulo del *Itinerario*: “Aquél... que no ve los esplendores innumerables de las criaturas, está



ciego; aquel que no se despierta por sus muchas voces, está sordo; quien no alaba a Dios por todas estas maravillas, está mudo; quien con tantos signos no se eleva al primer principio, es necio” (I, 15). Toda la creación habla en voz alta de Dios, del Dios bueno y bello; de su amor.

Toda nuestra vida es, por tanto, para san Buenaventura un “itinerario”, una peregrinación – una subida hacia Dios. Pero sólo con nuestras fuerzas no podemos subir hacia la altura de Dios. Dios mismo debe ayudarnos, debe “subirnos”. Por eso, es necesaria la oración. La oración – así dice el santo – es la madre y el origen de la elevación – *sursum actio*, acción que nos lleva a lo alto – dice Buenaventura. Concluyo por ello con la oración, con la que comienza su “Itinerario”: “Oremos por tanto y digamos al Señor Dios nuestro: ‘Condúzcame, Señor, en tu camino y yo caminaré en tu verdad. Que mi corazón se alegre al temer tu nombre’” (I, 1).

*Plaza de San Pedro. Miércoles, 24 de marzo de 2010*

### ***San Alberto Magno***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Uno de los maestros más grandes de la teología medieval es san Alberto Magno. El título de “grande” (*magnus*), con el que pasó a la historia, indica la vastedad y la profundidad de

su doctrina, que unió a la santidad de vida. Ya sus contemporáneos no dudaban en atribuirle títulos excelentes; un discípulo suyo, Ulrico de Estrasburgo, lo definió “asombro y milagro de nuestra época”.

Nació en Alemania a principios del siglo XIII, y todavía muy joven se dirigió a Italia, a Padua, sede de una de las universidades más famosas del Medioevo. Se dedicó al estudio de las llamadas “artes liberales”: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música, es decir, de la cultura general, manifestando el típico interés por las ciencias naturales que muy pronto se convertiría en el campo predilecto de su especialización. Durante su estancia en Padua, frecuentó la iglesia de los Dominicos, a los cuales después se unió con la profesión de los votos religiosos. Las fuentes hagiográficas dan a entender que Alberto maduró esta decisión gradualmente. La intensa relación con Dios, el ejemplo de santidad de los frailes dominicos, la escucha de los sermones del beato Jordán de Sajonia, sucesor de santo Domingo en el gobierno de la Orden de los Predicadores, fueron los factores decisivos que lo ayudaron a superar toda duda, venciendo también resistencias familiares. Con frecuencia, en los años de la juventud, Dios nos habla y nos indica el proyecto de nuestra vida. Como para Alberto, también para todos nosotros, la oración personal alimentada por la Palabra del Señor, la participación frecuente en los sacramentos y la direc-



ción espiritual de hombres iluminados son medios para descubrir y seguir la voz de Dios. Recibió el hábito religioso de manos del beato Jordán de Sajonia.

Después de la ordenación sacerdotal, sus superiores lo destinaron a la enseñanza en varios centros de estudios teológicos anexos a los conventos de los padres dominicos. Sus brillantes cualidades intelectuales le permitieron perfeccionar el estudio de la teología en la universidad más célebre de la época, la de París. Desde entonces san Alberto emprendió la extraordinaria actividad de escritor que prosiguió durante toda su vida.

Se le asignaron tareas prestigiosas. En 1248 recibió el encargo de abrir un estudio teológico en Colonia, una de las capitales más importantes de Alemania, donde vivió en varios períodos de su vida, y que se convirtió en su ciudad de adopción. De París llevó consigo a Colonia a un alumno excepcional, Tomás de Aquino. Bastaría sólo el mérito de haber sido maestro de santo Tomás, para sentir una profunda admiración por san Alberto. Entre estos dos grandes teólogos, se instauró una relación de recíproca estima y amistad, actitudes humanas que ayudan mucho al desarrollo de la ciencia. En 1254 Alberto fue elegido provincial de la "Provincia Teutoniae" -teutónica- de los padres dominicos, que comprendía comunidades esparcidas en un vasto territorio del centro y del norte de Europa. Se distinguió por el celo con el que ejerció

ese ministerio, visitando a las comunidades y exhortando constantemente a los hermanos a vivir la fidelidad a las enseñanzas y los ejemplos de santo Domingo.

Sus dotes no escaparon a la atención del Papa de aquella época, Alejandro IV, que quiso que Alberto estuviera durante un tiempo a su lado en Anagni -adonde los Papas iban con frecuencia-, en Roma y en Viterbo, para servirse de su asesoramiento teológico. El mismo Sumo Pontífice lo nombró obispo de Ratisbona, una diócesis grande y famosa, pero que atravesaba un momento difícil. De 1260 a 1262 Alberto desempeñó este ministerio con infatigable dedicación, y logró traer paz y concordia a la ciudad, reorganizar parroquias y conventos, y dar un nuevo impulso a las actividades caritativas.

En los años 1263 y 1264 Alberto predicó en Alemania y en Bohemia, por voluntad del Papa Urbano IV y regresó después a Colonia, donde retomó su misión de docente, estudioso y escritor. Al ser un hombre de oración, de ciencia y de caridad, gozaba de gran autoridad en sus intervenciones, en varias vicisitudes de la Iglesia y de la sociedad de la época: fue sobre todo un hombre de reconciliación y de paz en Colonia, donde el arzobispo había entrado en dura contraposición con las instituciones ciudadanas; se prodigó durante los trabajos del II concilio de Lyon, en 1274, convocado por el Papa Gregorio X para favorecer la unión

entre la Iglesia latina y la griega, después de la separación del gran cisma de Oriente de 1054; aclaró el pensamiento de santo Tomás de Aquino, que había sido objeto de objeciones e incluso de condenas completamente injustificadas.

Murió en la celda de su convento de la Santa Cruz en Colonia en 1280, y muy pronto fue venerado por sus hermanos dominicos. La Iglesia lo propuso al culto de los fieles con la beatificación, en 1622, y con la canonización, en 1931, cuando el Papa Pío XI lo proclamó Doctor de la Iglesia. Se trataba de un reconocimiento indudablemente apropiado a este gran hombre de Dios e insigne estudioso no sólo de las verdades de la fe, sino de muchísimos otros sectores del saber; en efecto, echando una ojeada a los títulos de sus numerosísimas obras, nos damos cuenta de que su cultura es prodigiosa y de que sus intereses enciclopédicos lo llevaron a ocuparse no sólo de filosofía y de teología, como otros contemporáneos, sino también de cualquier otra disciplina conocida entonces: física, química, astronomía, mineralogía, botánica, zoología... Por este motivo el Papa Pío XII lo nombró patrono de los cultores de las ciencias naturales y también se le llama *Doctor universalis* precisamente por la vastedad de sus intereses y de su saber.

Ciertamente, los métodos científicos adoptados por san Alberto Magno no son los que se consolidaron en los siglos posteriores. Su método consis-

tía simplemente en la observación, en la descripción y en la clasificación de los fenómenos estudiados, pero de este modo abrió la puerta a trabajos futuros.

Sigue teniendo mucho que enseñarnos. San Alberto muestra sobre todo que entre fe y ciencia no existe oposición, pese a algunos episodios de incompreensión que han tenido lugar en la historia. Un hombre de fe y de oración, como era san Alberto Magno, puede cultivar serenamente el estudio de las ciencias naturales y avanzar en el conocimiento del micro y del macrocosmos, descubriendo las leyes propias de la materia, porque todo esto concurre a alimentar la sed de Dios y el amor a él. La Biblia nos habla de la creación como del primer lenguaje a través del cual Dios -que es suma inteligencia, que es *Logos*-nos revela algo de sí mismo. El libro de la Sabiduría, por ejemplo, afirma que los fenómenos de la naturaleza, dotados de grandeza y belleza, son como las obras de un artista, a través de las cuales, por analogía, podemos conocer al Autor de la creación (cf. *Sb* 13, 5). Con una similitud clásica en la Edad Media y en el Renacimiento, el mundo natural puede compararse con un libro escrito por Dios, que nosotros leemos según los distintos enfoques de las ciencias (cf. *Discurso a los participantes en la asamblea plenaria de la Academia pontificia de las ciencias*, 31 de octubre de 2008). ¡Cuántos científicos, siguiendo los pasos de san Alberto Magno, han llevado adelante sus investigaciones

movidos por asombro y gratitud frente al mundo que, a sus ojos de estudiosos y creyentes, se presentaba y se presenta como la obra buena de un Creador sabio y amoroso! El estudio científico se transforma en un himno de alabanza. Lo había comprendido muy bien un gran astrofísico de nuestros tiempos, cuya causa de beatificación se ha incoado, Enrico Medi, el cual escribió: “Oh, vosotras, misteriosas galaxias..., yo os veo, os calculo, os entiendo, os estudio y os descubro, penetro en vosotras y os recojo. Tomo vuestra luz y con ella hago ciencia; tomo el movimiento y hago de él sabiduría; tomo el destello de los colores y hago de él poesía; os tomo a vosotras, estrellas, en mis manos, y temblando en la unidad de mi ser os elevo por encima de vosotras mismas, y en oración os presento al Creador, que vosotras sólo podéis adorar a través de mí” (*Le opere. Inno alla creazione*).

San Alberto Magno nos recuerda que entre ciencia y fe existe amistad, y que los hombres de ciencia pueden recorrer, mediante su vocación al estudio de la naturaleza, un auténtico y fascinante camino de santidad.

Su extraordinaria apertura de mente se revela también en una operación cultural que emprendió con éxito, a saber, en la acogida y en la valorización del pensamiento de Aristóteles. De hecho, en tiempos de san Alberto se estaba difundiendo el conocimiento de numerosas obras de este gran filósofo griego del siglo IV antes de Cristo, so-

bre todo en el ámbito de la ética y de la metafísica. Éstas demostraban la fuerza de la razón, explicaban con lucidez y claridad el sentido y la estructura de la realidad, su inteligibilidad, el valor y la finalidad de las acciones humanas. San Alberto Magno abrió la puerta para acoger toda la filosofía de Aristóteles en la filosofía y la teología medieval, una incorporación que Santo Tomás elaboró después de modo definitivo. Esta incorporación de una filosofía -digamos- pagana pre-cristiana fue una auténtica revolución cultural para aquel tiempo. Sin embargo, muchos pensadores cristianos temían la filosofía de Aristóteles, la filosofía no cristiana, sobre todo porque, presentada por sus comentaristas árabes, se había interpretado de una manera que parecía -por lo menos en algunos puntos- completamente inconciliable con la fe cristiana. De modo que se planteaba un dilema: ¿fe y razón se contraponen o no se contraponen?

Aquí está uno de los grandes méritos de san Alberto: con rigor científico estudió las obras de Aristóteles, convencido de que todo lo que es realmente racional es compatible con la fe revelada en las Sagradas Escrituras. En otras palabras, san Alberto Magno contribuyó así a la formación de una filosofía autónoma, diferente de la teología, a la cual la une sólo la unidad de la verdad. Así nació en el siglo XIII una distinción clara entre los dos saberes, filosofía y teología, que, dialogando entre sí, cooperan armoniosamente al descubrimiento de la auténtica vocación del hombre, sediento de verdad

y de felicidad: es sobre todo la teología, definida por san Alberto “ciencia afectiva”, la que indica al hombre su llamada a la alegría eterna, una alegría que brota de la adhesión plena a la verdad.

San Alberto Magno fue capaz de comunicar estos conceptos de modo sencillo y comprensible. Auténtico hijo de santo Domingo, predicaba de buen grado al pueblo de Dios, que era conquistado por su palabra y por el ejemplo de su vida.

Queridos hermanos y hermanas, pidamos al Señor que nunca falten en la santa Iglesia teólogos doctos, piadosos y sabios como san Alberto Magno, y que nos ayude a cada uno de nosotros a hacer nuestra la “fórmula de la santidad” que él siguió en su vida: “Querer todo lo que yo quiero para la gloria de Dios, como Dios quiere para su gloria todo lo que él quiere”, es decir, conformarse siempre a la voluntad de Dios para querer y hacerlo todo sólo y siempre para su gloria.

## CARTAS

### *Carta del Papa, Benedicto XVI, a los católicos de Irlanda*

1. Queridos hermanos y hermanas de la Iglesia en Irlanda, os escribo con gran preocupación como Pastor de la Iglesia universal. Al igual que vosotros, estoy profundamente consternado por las noticias que han salido a la luz sobre el abuso de niños y jóvenes vulnerables por parte de miembros de la Iglesia en Irlanda, especialmente sacerdotes y religiosos. Comparto la desazón y el sentimiento de traición que muchos de vosotros habéis experimentado al enteraros de esos actos pecaminosos y criminales y del modo en que los afrontaron las autoridades de la Iglesia en Irlanda. Como sabéis, invité hace poco a los obispos de Irlanda a una reunión en Roma para que informaran sobre

cómo abordaron esas cuestiones en el pasado e indicaran los pasos que habían dado para hacer frente a esta grave situación. Junto con algunos altos prelados de la Curia romana escuché lo que tenían que decir, tanto individualmente como en grupo, mientras proponían un análisis de los errores cometidos y las lecciones aprendidas, y una descripción de los programas y procedimientos actualmente en curso. Nuestras reflexiones fueron francas y constructivas. Confío en que, como resultado, los obispos estén ahora en una posición más fuerte para continuar la tarea de reparar las injusticias del pasado y afrontar las cuestiones más amplias relacionadas con el abuso de menores de manera conforme con las exigencias de la justicia y las enseñanzas del Evangelio.

2. Por mi parte, teniendo en cuenta la gravedad de estos delitos y la respuesta a menudo inadecuada que han recibido por parte de las autoridades eclesiásticas de vuestro país, he decidido escribir esta carta pastoral para expresar mi cercanía a vosotros, y proponeros un camino de curación, renovación y reparación.

En realidad, como han indicado muchas personas en vuestro país, el problema de abuso de menores no es específico de Irlanda ni de la Iglesia. Sin embargo, la tarea que tenéis ahora por delante es la de hacer frente al problema de los abusos ocurridos dentro de la comunidad católica de Irlanda y de hacerlo con valentía y determinación. Que nadie se imagine que esta dolorosa situación se va a resolver pronto. Se han dado pasos positivos pero todavía queda mucho por hacer. Se necesita perseverancia y oración, con gran confianza en la fuerza sanadora de la gracia de Dios.

Al mismo tiempo, también debo expresar mi convicción de que para recuperarse de esta dolorosa herida, la Iglesia en Irlanda debe reconocer en primer lugar ante Dios y ante los demás los graves pecados cometidos contra niños indefensos. Ese reconocimiento, junto con un sincero pesar por el daño causado a las víctimas y a sus familias, debe desembocar en un esfuerzo conjunto para garantizar que en el futuro los niños estén protegidos de semejantes delitos.

Mientras afrontáis los retos de este momento, os pido que recordéis la “roca de la que fuisteis tallados” (*Is* 51, 1). Reflexionad sobre la generosa y a menudo heroica contribución que han dado a la Iglesia y a la humanidad generaciones de hombres y mujeres irlandeses, y haced que esa reflexión impulse a un honrado examen de conciencia personal y a un convencido programa de renovación eclesial e individual. Rezo para que la Iglesia en Irlanda, asistida por la intercesión de sus numerosos santos y purificada por la penitencia, supere esta crisis y vuelva a ser una vez más testigo convincente de la verdad y la bondad de Dios todopoderoso, que se han manifestado en su Hijo Jesucristo.

3. A lo largo de la historia, los católicos irlandeses han demostrado ser, tanto en su patria como fuera de ella, una fuerza motriz del bien. Monjes celtas como san Columbano difundieron el Evangelio en Europa occidental y sentaron las bases de la cultura monástica medieval. Los ideales de santidad, caridad y sabiduría trascendente, nacidos de la fe cristiana, se plasmaron en la construcción de iglesias y monasterios, y en la creación de escuelas, bibliotecas y hospitales, que contribuyeron a consolidar la identidad espiritual de Europa. Aquellos misioneros irlandeses debían su fuerza y su inspiración a la firmeza de su fe, al fuerte liderazgo y a la rectitud moral de la Iglesia en su tierra natal.

A partir del siglo XVI, los católicos en Irlanda sufrieron un largo período

de persecución, durante el cual lucharon por mantener viva la llama de la fe en circunstancias difíciles y peligrosas. San Oliverio Plunkett, arzobispo mártir de Armagh, es el ejemplo más famoso de una multitud de valerosos hijos e hijas de Irlanda dispuestos a dar su vida por la fidelidad al Evangelio. Después de la Emancipación Católica, la Iglesia fue libre para volver a crecer. Las familias y un sinnúmero de personas que habían conservado la fe en el momento de la prueba se convirtieron en la chispa de un gran renacimiento del catolicismo irlandés en el siglo XIX. La Iglesia escolarizaba, especialmente a los pobres, lo cual supuso una importante contribución a la sociedad irlandesa. Entre los frutos de las nuevas escuelas católicas, se cuenta el aumento de las vocaciones: generaciones de misioneros -sacerdotes, hermanas y hermanos- dejaron su patria para servir en todos los continentes, sobre todo en el mundo de habla inglesa. Eran admirables no sólo por la vastedad de su número, sino también por la fuerza de su fe y la solidez de su compromiso pastoral. Muchas diócesis, especialmente en África, América y Australia, se han beneficiado de la presencia de clérigos y religiosos irlandeses, que predicaron el Evangelio y fundaron parroquias, escuelas y universidades, clínicas y hospitales, abiertas tanto a los católicos como al resto de la sociedad, prestando una atención particular a las necesidades de los pobres.

En casi todas las familias irlandesas ha habido siempre alguien -un hijo o

una hija, una tía o un tío- que ha entregado su vida a la Iglesia. Con razón, las familias irlandesas tienen un gran respeto y afecto por sus seres queridos que han dedicado su vida a Cristo, compartiendo el don de la fe con otros y llevando esa fe a la práctica con un servicio amoroso a Dios y al prójimo.

4. En las últimas décadas, sin embargo, la Iglesia en vuestro país ha tenido que afrontar nuevos y graves retos para la fe debidos a la rápida transformación y secularización de la sociedad irlandesa. El cambio social ha sido muy veloz y con frecuencia ha repercutido adversamente en la tradicional adhesión de las personas a la enseñanza y los valores católicos. Asimismo, a menudo se dejaban de lado las prácticas sacramentales y devocionales que sostienen la fe y la hacen capaz de crecer, como la confesión frecuente, la oración diaria y los retiros anuales. También fue significativa en ese período la tendencia, incluso por parte de sacerdotes y religiosos, a adoptar formas de pensamiento y de juicio de las realidades seculares sin suficiente referencia al Evangelio. El programa de renovación propuesto por el concilio Vaticano II a veces fue mal entendido y, además, a la luz de los profundos cambios sociales que estaban teniendo lugar, no era nada fácil discernir la mejor manera de realizarlo. En particular, hubo una tendencia, motivada por buenas intenciones, pero equivocada, a evitar los enfoques penales de las situaciones canónicamente irregulares. En este contexto general,

debemos tratar de entender el desconcertante problema del abuso sexual de niños, que ha contribuido no poco al debilitamiento de la fe y a la pérdida de respeto por la Iglesia y sus enseñanzas.

Sólo examinando cuidadosamente los numerosos elementos que dieron lugar a la crisis actual, es posible efectuar un diagnóstico claro de sus causas y encontrar remedios eficaces. Ciertamente, entre los factores que contribuyeron a ella, podemos enumerar: procedimientos inadecuados para determinar la idoneidad de los candidatos al sacerdocio y a la vida religiosa; insuficiente formación humana, moral, intelectual y espiritual en los seminarios y noviciados; una tendencia en la sociedad a favorecer al clero y otras figuras de autoridad y una preocupación fuera de lugar por el buen nombre de la Iglesia y por evitar escándalos, cuyo resultado fue la falta de aplicación de las penas canónicas en vigor y la falta de tutela de la dignidad de cada persona. Hay que actuar con urgencia para contrarrestar estos factores, que han tenido consecuencias tan trágicas para la vida de las víctimas y sus familias y han obscurecido la luz del Evangelio como no lo habían logrado ni siquiera siglos de persecución.

5. En varias ocasiones, desde mi elección a la Sede de Pedro, me he encontrado con víctimas de abusos sexuales y estoy dispuesto a seguir haciéndolo en futuro. He hablado con ellos, he escuchado sus historias, he constatado

su sufrimiento, he rezado con ellos y por ellos. Anteriormente en mi pontificado, preocupado por abordar esta cuestión, pedí a los obispos de Irlanda, durante la visita “ad limina” de 2006, “establecer la verdad de lo sucedido en el pasado, dar todos los pasos necesarios para evitar que se repita en el futuro, garantizar que se respeten plenamente los principios de justicia y, sobre todo, curar a las víctimas y a todos los afectados por esos crímenes abominables” (*Discurso a los obispos de Irlanda*, 28 de octubre de 2006: *L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de noviembre de 2006, p. 3).

Con esta carta, quiero exhortaros *a todos vosotros*, como pueblo de Dios en Irlanda, a reflexionar sobre las heridas infligidas al cuerpo de Cristo, sobre los remedios necesarios, a veces dolorosos, para vendarlas y curarlas, y sobre la necesidad de unidad, caridad y ayuda mutua en el largo proceso de recuperación y renovación eclesial. Me dirijo ahora a vosotros con palabras que me salen del corazón, y quiero hablar a cada uno de vosotros y a todos vosotros como hermanos y hermanas en el Señor.

#### 6. *A las víctimas de abusos y a sus familias*

Habéis sufrido inmensamente y eso me apesadumbra en verdad. Sé que nada puede borrar el mal que habéis soportado. Vuestra confianza ha sido traicionada y vuestra dignidad ha sido violada. Muchos habéis experimentado



que cuando tenáis el valor suficiente para hablar de lo que os había pasado, nadie quería escucharos. Los que habéis sufrido abusos en los internados debéis haber sentido que no había manera de escapar de vuestros sufrimientos. Es comprensible que os resulte difícil perdonar o reconciliarnos con la Iglesia. En su nombre, expreso abiertamente la vergüenza y el remordimiento que sentimos todos. Al mismo tiempo, os pido que no perdáis la esperanza. En la comunión con la Iglesia, es donde nos encontramos con la persona de Jesucristo, que fue él mismo víctima de la injusticia y del pecado. Como vosotros, aún lleva las heridas de su sufrimiento injusto. Él entiende la profundidad de vuestro dolor y la persistencia de su efecto en vuestra vida y en vuestras relaciones con los demás, incluyendo vuestra relación con la Iglesia. Sé que a algunos de vosotros les resulta difícil incluso entrar en una iglesia después de lo que ha sucedido. Sin embargo, las heridas mismas de Cristo, transformadas por sus sufrimientos redentores, son los instrumentos que han roto el poder del mal y nos hacen renacer a la vida y la esperanza. Creo firmemente en el poder curativo de su amor sacrificial -incluso en las situaciones más oscuras y sin esperanza- que trae la liberación y la promesa de un nuevo comienzo.

Al dirigirme a vosotros como pastor, preocupado por el bien de todos los hijos de Dios, os pido humildemente que reflexionéis sobre lo que he dicho. Ruego para que, acercándoos a Cristo

y participando en la vida de su Iglesia -una Iglesia purificada por la penitencia y renovada en la caridad pastoral- descubráis de nuevo el amor infinito de Cristo por cada uno de vosotros. Estoy seguro de que de esta manera seréis capaces de encontrar reconciliación, profunda curación interior y paz.

#### *7. A los sacerdotes y religiosos que han abusado de niños*

Habéis traicionado la confianza depositada en vosotros por jóvenes inocentes y por sus padres. Debéis responder de ello ante Dios todopoderoso y ante los tribunales debidamente constituidos. Habéis perdido la estima de la gente de Irlanda y arrojado vergüenza y deshonor sobre vuestros hermanos sacerdotes o religiosos. Los que sois sacerdotes habéis violado la santidad del sacramento del Orden, en el que Cristo mismo se hace presente en nosotros y en nuestras acciones. Además del inmenso daño causado a las víctimas, se ha hecho un daño enorme a la Iglesia y a la percepción pública del sacerdocio y de la vida religiosa.

Os exhorto a examinar vuestra conciencia, a asumir la responsabilidad de los pecados que habéis cometido y a expresar con humildad vuestro pesar. El arrepentimiento sincero abre la puerta al perdón de Dios y a la gracia de la verdadera enmienda. Debéis tratar de expiar personalmente vuestras acciones ofreciendo oraciones y penitencias por aquellos a quienes habéis ofendido. El



sacrificio redentor de Cristo tiene el poder de perdonar incluso el más grave de los pecados y de sacar el bien incluso del más terrible de los males. Al mismo tiempo, la justicia de Dios nos pide dar cuenta de nuestras acciones sin ocultar nada. Admitid abiertamente vuestra culpa, someteos a las exigencias de la justicia, pero no desesperéis de la misericordia de Dios.

#### 8. *A los padres*

Os habéis sentido profundamente conmovidos al conocer los hechos terribles que sucedían en el que debía haber sido el entorno más seguro de todos. En el mundo de hoy, no es fácil construir un hogar y educar a los hijos. Se merecen crecer en un ambiente seguro, con cariño y amor, con un fuerte sentido de su identidad y su valor. Tienen derecho a ser educados en los auténticos valores morales, enraizados en la dignidad de la persona humana, a inspirarse en la verdad de nuestra fe católica y a aprender modos de comportamiento y acción que los lleven a una sana autoestima y a la felicidad duradera. Esta tarea noble pero exigente está confiada en primer lugar a vosotros, sus padres. Os invito a desempeñar vuestro papel para garantizar a los niños los mejores cuidados posibles, tanto en el hogar como en la sociedad en general, mientras la Iglesia, por su parte, sigue aplicando las medidas adoptadas en los últimos años para proteger a los jóvenes en los ambientes parroquiales y escolares. Os aseguro que estoy cerca de

vosotros y os ofrezco el apoyo de mis oraciones mientras cumplís vuestras importantes responsabilidades

#### 9. *A los niños y jóvenes de Irlanda*

Quiero dirigiros una palabra especial de aliento. Vuestra experiencia de la Iglesia es muy diferente de la de vuestros padres y abuelos. El mundo ha cambiado mucho desde que ellos tenían vuestra edad. Sin embargo, todas las personas, en cada generación, están llamadas a recorrer el mismo camino durante la vida, cualesquiera que sean las circunstancias. Todos estamos escandalizados por los pecados y fallos de algunos miembros de la Iglesia, en particular de los que fueron elegidos especialmente para guiar y servir a los jóvenes. Pero es *en la Iglesia* donde encontraréis a Jesucristo, que es el mismo ayer, hoy y siempre (cf. *Hb* 13, 8). Él os ama y se entregó por vosotros en la cruz. Buscad una relación personal con él dentro de la comunión de su Iglesia, porque él nunca traicionará vuestra confianza. Sólo él puede satisfacer vuestros anhelos más profundos y dar pleno sentido a vuestra vida, orientándola al servicio de los demás. Mantened vuestra mirada fija en Jesús y en su bondad, y proteged la llama de la fe en vuestro corazón. Espero en vosotros para que, junto con vuestros hermanos católicos en Irlanda, seáis discípulos fieles de nuestro Señor y aportéis el entusiasmo y el idealismo tan necesarios para la reconstrucción y la renovación de nuestra amada Iglesia.

### 10. *A los sacerdotes y religiosos de Irlanda*

Todos nosotros estamos sufriendo las consecuencias de los pecados de nuestros hermanos que han traicionado una obligación sagrada o no han afrontado de forma justa y responsable las denuncias de abusos. A la luz del escándalo y la indignación que estos hechos han causado, no sólo entre los fieles laicos sino también entre vosotros y en vuestras comunidades religiosas, muchos os sentís personalmente desanimados e incluso abandonados. También soy consciente de que, a los ojos de algunos, aparecéis tachados de culpables por asociación, y de que os consideran como si fuerais, de alguna forma, responsable de los delitos de los demás. En este tiempo de sufrimiento, quiero reconocer la entrega de vuestra vida sacerdotal y religiosa, y vuestros apostolados, y os invito a reafirmar vuestra fe en Cristo, vuestro amor a su Iglesia y vuestra confianza en la promesa evangélica de redención, de perdón y de renovación interior. De esta manera, demostraréis a todos que donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia (cf. *Rm* 5, 20).

Sé que muchos estáis decepcionados, desconcertados e irritados por la manera en que algunos de vuestros superiores han abordado esas cuestiones. Sin embargo, es esencial que cooperéis estrechamente con los que desempeñan cargos de autoridad y colaboréis a fin de garantizar que las medidas

adoptadas para responder a la crisis sean verdaderamente evangélicas, justas y eficaces. Os pido, sobre todo, que seáis cada vez más claramente hombres y mujeres de oración, siguiendo con valentía el camino de la conversión, la purificación y la reconciliación. De esta manera, la Iglesia en Irlanda cobrará nueva vida y vitalidad gracias a vuestro testimonio del poder redentor de Dios que se hace visible en vuestra vida.

### 11. *A mis hermanos obispos*

No se puede negar que algunos de vosotros y de vuestros predecesores habéis fallado, a veces gravemente, a la hora de aplicar las normas, codificadas desde hace largo tiempo, del derecho canónico sobre los delitos de abusos de niños. Se han cometido graves errores en la respuesta a las acusaciones. Reconozco que era muy difícil captar la magnitud y la complejidad del problema, obtener información fiable y tomar decisiones adecuadas a la luz de los pareceres divergentes de los expertos. No obstante, hay que reconocer que se cometieron graves errores de juicio y hubo fallos de gobierno. Todo esto ha socavado gravemente vuestra credibilidad y eficacia. Aprecio los esfuerzos que habéis llevado a cabo para remediar los errores del pasado y para garantizar que no vuelvan a ocurrir. Además de aplicar plenamente las normas del derecho canónico concernientes a los casos de abusos de niños, seguid cooperando con las autoridades civiles en el ámbi-

to de su competencia. Está claro que los superiores religiosos deben hacer lo mismo. También ellos participaron en las recientes reuniones en Roma con el propósito de establecer un enfoque claro y coherente de estas cuestiones. Es necesario revisar y actualizar constantemente las normas de la Iglesia en Irlanda para la protección de los niños y aplicarlas plena e imparcialmente, en conformidad con el derecho canónico.

Sólo una acción decidida llevada a cabo con total honradez y transparencia restablecerá el respeto y el aprecio del pueblo irlandés por la Iglesia a la que hemos consagrado nuestra vida. Debe brotar, en primer lugar, de vuestro examen de conciencia personal, de la purificación interna y de la renovación espiritual. El pueblo de Irlanda, con razón, espera que seáis hombres de Dios, que seáis santos, que viváis con sencillez y busquéis día tras día la conversión personal. Para ellos, en palabras de san Agustín, sois obispos, y sin embargo, con ellos estáis llamados a ser discípulos de Cristo (cf. *Sermón* 340, 1). Os exhorto, por tanto, a renovar vuestro sentido de responsabilidad ante Dios, para crecer en solidaridad con vuestro pueblo y profundizar vuestra solicitud pastoral por todos los miembros de vuestro rebaño. En particular, preocupaos por la vida espiritual y moral de cada uno de vuestros sacerdotes. Servidles de ejemplo con vuestra propia vida, estad cerca de ellos, escuchad sus preocupaciones, ofrecedles aliento en este momento de dificultad

y alimentad la llama de su amor a Cristo y su compromiso al servicio de sus hermanos y hermanas.

Asimismo, hay que alentar a los laicos a que desempeñen el papel que les corresponde en la vida de la Iglesia. Asegurad su formación para que puedan dar razón del Evangelio, de modo articulado y convincente, en medio de la sociedad moderna (cf. *1 P* 3, 15), y cooperen más plenamente en la vida y en la misión de la Iglesia. Esto, a su vez, os ayudará a volver a ser guías y testigos creíbles de la verdad redentora de Cristo.

## 12. *A todos los fieles de Irlanda*

La experiencia que un joven hace de la Iglesia debería fructificar siempre en un encuentro personal y vivificador con Jesucristo, dentro de una comunidad que lo ama y lo sustenta. En este entorno, hay que animar a los jóvenes a alcanzar su plena estatura humana y espiritual, a aspirar a altos ideales de santidad, caridad y verdad, y a inspirarse en la riqueza de una gran tradición religiosa y cultural. En nuestra sociedad cada vez más secularizada, en la que incluso los cristianos a menudo encontramos difícil hablar de la dimensión trascendente de nuestra existencia, tenemos que encontrar nuevos modos de transmitir a los jóvenes la belleza y la riqueza de la amistad con Jesucristo en la comunión de su Iglesia. Al afrontar la crisis actual, las medidas para contrarrestar adecuadamente los

delitos individuales son esenciales, pero por sí solos no bastan: hace falta una nueva visión que inspire a la generación actual y a las futuras a atesorar el don de nuestra fe común. Siguiendo el camino indicado por el Evangelio, observando los mandamientos y conformando vuestra vida cada vez más a la persona de Jesucristo, experimentaréis seguramente la renovación profunda que necesita con urgencia nuestra época. Os invito a todos a perseverar en este camino.

13. Queridos hermanos y hermanas en Cristo, profundamente preocupado por todos vosotros en este momento de dolor, en que la fragilidad de la condición humana se revela tan claramente, os he querido ofrecer estas palabras de aliento y apoyo. Espero que las aceptéis como un signo de mi cercanía espiritual y de mi confianza en vuestra capacidad de afrontar los retos del momento actual, recurriendo, como fuente de renovada inspiración y fortaleza, a las nobles tradiciones de Irlanda de fidelidad al Evangelio, perseverancia en la fe y determinación en la búsqueda de la santidad. Juntamente con todos vosotros, oro con insistencia para que, con la gracia de Dios, se curen las heridas infligidas a tantas personas y familias, y para que la Iglesia en Irlanda experimente una época de renacimiento y renovación espiritual.

14. Quiero proponeros, además, algunas medidas concretas para afrontar la situación.

Al final de mi reunión con los obispos de Irlanda, les pedí que la Cuaresma de este año se considerara tiempo de oración para una efusión de la misericordia de Dios y de los dones de santidad y fortaleza del Espíritu Santo sobre la Iglesia en vuestro país. Ahora os invito a todos a ofrecer durante un año, desde ahora hasta la Pascua de 2011, las penitencias de los viernes para este fin. Os pido que ofrezcáis vuestro ayuno, vuestras oraciones, vuestra lectura de la Sagrada Escritura y vuestras obras de misericordia para obtener la gracia de la curación y la renovación de la Iglesia en Irlanda. Os animo a redescubrir el sacramento de la Reconciliación y a aprovechar con más frecuencia el poder transformador de su gracia.

Hay que prestar también especial atención a la adoración eucarística, y en cada diócesis debe haber iglesias o capillas específicamente dedicadas a este fin. Pido a las parroquias, seminarios, casas religiosas y monasterios que organicen tiempos de adoración eucarística, para que todos tengan la oportunidad de participar. Con la oración ferviente ante la presencia real del Señor, podéis llevar a cabo la reparación por los pecados de abusos que han causado tanto daño y, al mismo tiempo, implorar la gracia de una fuerza renovada y un sentido más profundo de misión por parte de todos los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles.

Estoy seguro de que este programa llevará a un renacimiento de la Iglesia

en Irlanda en la plenitud de la verdad misma de Dios, porque es la verdad la que nos hace libres (cf. *Jn* 8, 32).

Además, después de haber orado y consultado sobre esta cuestión, tengo la intención de convocar una visita apostólica en algunas diócesis de Irlanda, así como en seminarios y congregaciones religiosas. La visita tiene por finalidad ayudar a la Iglesia local en su camino de renovación y se hará en cooperación con las oficinas competentes de la Curia romana y de la Conferencia episcopal irlandesa. Los detalles se anunciarán a su debido tiempo.

También propongo que se convoque una Misión a nivel nacional para todos los obispos, sacerdotes y religiosos. Espero que gracias a la competencia de predicadores expertos y organizadores de retiros de Irlanda y de otros lugares, y examinando nuevamente los documentos conciliares, los ritos litúrgicos de la ordenación y la profesión, y las recientes enseñanzas pontificias, lleguéis a un aprecio más profundo de vuestras vocaciones respectivas, a fin de redescubrir las raíces de vuestra fe en Jesucristo y de beber en abundancia en las fuentes de agua viva que os ofrece a través de su Iglesia.

En este Año dedicado a los sacerdotes, os propongo de forma especial la figura de san Juan María Vianney, que comprendió tan profundamente el misterio del sacerdocio. “El sacerdote -escribió- tiene la llave de los tesoros

del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes”. El cura de Ars entendió perfectamente la gran bendición que supone para una comunidad un sacerdote bueno y santo: “Un buen pastor, un pastor según el corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”. Que por la intercesión de san Juan María Vianney se revitalice el sacerdocio en Irlanda y toda la Iglesia en Irlanda crezca en la estima del gran don del ministerio sacerdotal.

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias anticipadamente a todos aquellos que se implicarán en la tarea de organizar la visita apostólica y la Misión, así como a los numerosos hombres y mujeres que en toda Irlanda ya están trabajando para proteger a los niños en los ambientes eclesiales. Desde que se comenzó a entender plenamente la gravedad y la magnitud del problema de los abusos sexuales de niños en instituciones católicas, la Iglesia ha llevado a cabo una cantidad inmensa de trabajo en muchas partes del mundo para hacerle frente y ponerle remedio. Aunque no se debe escatimar ningún esfuerzo para mejorar y actualizar los procedimientos existentes, me anima el hecho de que las prácticas vigentes de tutela adoptadas por las Iglesias locales se consideran en algunas partes del mundo un modelo para otras instituciones.

Quiero concluir esta carta con una *Oración especial por la Iglesia en Irlanda*, que os envió con la solicitud de un padre por sus hijos y con el afecto de un cristiano como vosotros, escandalizado y herido por lo que ha ocurrido en nuestra amada Iglesia. Que, cuando recéis esta oración en vuestras familias, parroquias y comunidades, la santísima Virgen María os proteja y guíe a cada uno a una unión más íntima con su Hijo, crucificado y resucitado. Con gran afecto y firme confianza en las promesas de Dios, de corazón os imparto a todos mi bendición apostólica como prenda de fortaleza y paz en el Señor.

*Vaticano, 19 de marzo de 2010, solemnidad de San José.*

### **ORACIÓN POR LA IGLESIA EN IRLANDA**

Dios de nuestros padres, renuévanos en la fe que es nuestra vida y salvación, en la esperanza que promete perdón y renovación interior, en la caridad que purifica y abre nuestro corazón a amar-te a ti, y en ti, a todos nuestros hermanos y hermanas.

Señor Jesucristo, que la Iglesia en Irlanda renueve su compromiso milenar-io en la formación de nuestros jóvenes en el camino de la verdad y la bondad, la santidad y el servicio generoso a la sociedad.

Espíritu Santo, consolador, defensor y guía, inspira una nueva primavera de

santidad y celo apostólico para la Iglesia en Irlanda.

Que nuestro dolor y nuestras lágrimas, nuestro sincero esfuerzo por corregir los errores del pasado y nuestro firme propósito de enmienda, den una cosecha abundante de gracia para la profundización de la fe en nuestras familias, parroquias, escuelas y comunidades, para el progreso espiritual de la sociedad irlandesa, y el crecimiento de la caridad, la justicia, la alegría y la paz en toda la familia humana.

A ti, Trinidad, con plena confianza en la amorosa protección de María, Reina de Irlanda, Madre nuestra, y de san Patricio, santa Brígida y todos los santos, nos encomendamos nosotros mismos, y a nuestros hijos así como las necesidades de la Iglesia en Irlanda. Amén.

### ***Carta del Papa, Benedicto XVI, al Cardenal Stanislaw Rylko con ocasión del X Forum Internacional de los jóvenes***

*Al venerable hermano Cardenal, Stanislaw Rylko, Presidente del Consejo pontificio para los laicos*

Me complace enviarle mi cordial saludo a usted, a los colaboradores del Consejo pontificio para los laicos y a cuantos participan en el X Foro internacional de los jóvenes, que se celebra esta

semana en Rocca di Papa sobre el tema “Aprender a amar”. Con especial afecto, me dirijo a los jóvenes delegados de las Conferencias episcopales y de varios movimientos, asociaciones y comunidades internacionales, procedentes de los cinco continentes. Hago extensivo mi saludo a los reconocidos ponentes, que aportan al encuentro la contribución de su competencia y experiencia.

“Aprender a amar”: este tema es central en la fe y en la vida cristiana y me alegro de que tengáis ocasión de profundizar en él juntos. Como sabéis, el punto de partida de toda reflexión sobre el amor es el misterio mismo de Dios, pues el corazón de la revelación cristiana es este: *Deus caritas est*. Cristo, en su Pasión, en su entrega total, nos ha revelado el rostro de Dios que es Amor.

La contemplación del misterio de la Trinidad nos permite entrar en este misterio de Amor eterno, que es fundamental para nosotros. Las primeras páginas de la Biblia afirman, de hecho, que “Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó: hombre y mujer los creó” (*Gn 1, 27*). Por el hecho mismo de que Dios es amor y el hombre es su imagen, comprendemos la identidad profunda de la persona, su vocación al amor. El hombre está hecho para amar; su vida sólo se realiza plenamente si se vive en el amor. Después de una larga búsqueda, santa Teresa del Niño Jesús entendió así el sentido de su existencia: “Mi vocación es el Amor” (*Manuscrito b*, hoja 3).

Exhorto a los jóvenes presentes en este *Foro* a que traten, con todo el corazón, de descubrir su vocación al amor, como personas y como bautizados. Ésta es la clave de toda la existencia. Que inviertan todas sus energías en acercarse a esa meta día tras día, sostenidos por la Palabra de Dios y por los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía.

La vocación al amor adquiere distintas formas según los estados de vida. En este Año sacerdotal, me complace recordar las palabras del santo cura de Ars: “El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús”. Siguiendo a Jesús, los sacerdotes dan la vida para que los fieles puedan vivir del amor de Cristo. Llamadas por Dios a entregarse completamente a él, con corazón indiviso, las personas consagradas en el celibato son también un signo elocuente del amor de Dios al mundo y de la vocación a amar a Dios sobre todas las cosas.

Deseo además exhortar a los jóvenes delegados a descubrir la grandeza y la belleza del matrimonio: la relación entre el hombre y la mujer refleja el amor divino de manera muy especial; por ello el vínculo conyugal asume una dignidad inmensa. Mediante el sacramento del matrimonio, los esposos son unidos por Dios y con su relación manifiestan el amor de Cristo, que dio su vida para la salvación del mundo. En un contexto cultural en el que muchas personas consideran el matrimonio como un contrato a plazo que se puede romper, es de vital importancia comprender



que el amor verdadero es fiel, don definitivo de sí. Dado que Cristo consagra el amor de los esposos cristianos y se compromete con ellos, esta fidelidad no sólo es posible, sino que es el camino para entrar en una caridad cada vez mayor. Así, en la vida diaria de pareja y de familia, los esposos aprenden a amar como Cristo ama. Para corresponder a esta vocación es necesario un itinerario educativo serio y también este *Foro* se sitúa en esa perspectiva.

Estos días de formación mediante el encuentro, la escucha de las conferencias y la oración común deben ser también un estímulo para todos los jóvenes delegados a ser testigos ante sus coetáneos de lo que han visto y oído. Se trata de una auténtica responsabilidad, para la cual la Iglesia cuenta con ellos. Tienen un papel importante que cumplir en la evangelización de los jóvenes de sus países, para que respondan con alegría y fidelidad al mandamiento de Cristo: “que os améis los unos a los otros como yo os he amado” (*Jn* 15, 12).

Invitando a los jóvenes a perseverar en el camino de la caridad siguiendo a Cristo, los cito el próximo domingo en la plaza de San Pedro, donde tendrá lugar la solemne celebración del domingo de Ramos y de la XXV Jornada mundial de la juventud.

Este año, el tema de reflexión es: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?” (*Mc* 10, 17). A esta pregunta, planteada por un joven rico, Jesús responde con una mirada de amor y una invitación a la entrega total de sí, por amor a Dios. Que este encuentro contribuya a la respuesta generosa de cada delegado a la llamada y a los dones del Señor.

Con este fin, aseguro mi oración por toda la juventud y de corazón le envío a usted, venerado hermano, y a cuantos participan en el *Foro* internacional una bendición apostólica especial.

*Vaticano, 20 de marzo de 2010*

## DISCURSOS

***Lectio Divina del Papa, Benedicto XVI, durante un encuentro con el clero de Roma***

*Aula de las Bendiciones. Jueves, 18 de febrero de 2010*

*Eminencia; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio:*

Iniciar siempre la Cuaresma con mi presbiterio, con los presbíteros de Roma, es una tradición que me llena de gozo, y también es importante para mí.



Así, como Iglesia particular de Roma, pero también como Iglesia universal, podemos emprender este camino esencial con el Señor hacia la Pasión, hacia la cruz, el camino pascual.

Este año, queremos meditar los pasajes de la carta a los Hebreos que acabamos de leer. El autor de esta carta abrió un camino nuevo para entender el Antiguo Testamento como libro que habla de Cristo. La tradición precedente había visto a Cristo sobre todo, esencialmente, según la clave de la promesa davídica, del verdadero David, del verdadero Salomón, del verdadero rey de Israel, verdadero rey porque era hombre y Dios. Y la inscripción en la cruz realmente había anunciado al mundo esta realidad: ya está presente el verdadero rey de Israel, que es el rey del mundo; el rey de los judíos está colgado en la cruz. Es una proclamación de la realeza de Jesús, del cumplimiento de la espera mesiánica del Antiguo Testamento, que, en el fondo del corazón, es una expectativa de todos los hombres que esperan al verdadero rey, que da justicia, amor y fraternidad.

Pero el autor de la carta a los Hebreos descubrió una cita del salmo 110, 4 que hasta ese momento había pasado desapercibida: "Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec". Esto significa que Jesús no sólo cumple la promesa davídica, la espera del verdadero rey de Israel y del mundo, sino que realiza también la promesa del verdadero Sacerdote. En parte

del Antiguo Testamento, sobre todo también en *Qumrán*, existen dos líneas separadas de espera: el Rey y el Sacerdote. El autor de la carta a los Hebreos, al descubrir este versículo, comprendió que en Cristo están unidas las dos promesas: Cristo es el verdadero Rey, el Hijo de Dios -según el salmo 2, 7 que cita- pero es también el verdadero Sacerdote.

Así, todo el mundo cultural, toda la realidad de los sacrificios, del sacerdocio, que se encuentra en búsqueda del verdadero sacerdocio, del verdadero sacrificio, encuentra en Cristo su clave, su cumplimiento y, con esta clave, puede releer el Antiguo Testamento y mostrar que precisamente también la ley cultural, que quedó abolida después de la destrucción del Templo, en realidad iba hacia Cristo; por lo tanto, no quedó simplemente abolida, sino que fue renovada, transformada, puesto que en Cristo todo encuentra su sentido. El sacerdocio se muestra entonces en su pureza y en su verdad profunda.

De este modo, la carta a los Hebreos presenta el tema del sacerdocio de Cristo, Cristo sacerdote, en tres niveles: el sacerdocio de Aarón, el del Templo; Melquisedec; y Cristo mismo, como el verdadero sacerdote. También el sacerdocio de Aarón, pese a ser diferente del de Cristo; pese a ser, por decirlo así, sólo una búsqueda, un caminar en dirección a Cristo, en cualquier caso es "camino" hacia Cristo, y ya en este sacerdocio se delinean los elementos

esenciales. Luego Melquisedec -volveremos sobre este punto- que es un pagano. El mundo pagano entra en el Antiguo Testamento, entra con una figura misteriosa, sin padre, sin madre -dice la carta a los Hebreos-, sencillamente aparece, y en él aparece la verdadera veneración del Dios Altísimo, del Creador del cielo y de la tierra. Así, también del mundo pagano viene la espera y la prefiguración profunda del misterio de Cristo. En Cristo mismo, todo queda sintetizado, purificado y guiado a su fin, a su verdadera esencia.

Veamos ahora, en la medida de lo posible, cada elemento acerca del sacerdocio. De la Ley, del sacerdocio de Aarón aprendemos dos cosas, nos dice el autor de la carta a los Hebreos: para ser realmente mediador entre Dios y el hombre, el sacerdote debe ser hombre. Esto es fundamental y el Hijo de Dios se hizo hombre precisamente para ser sacerdote, para poder realizar la misión del sacerdote. Debe ser hombre -volveremos sobre este punto-, pero por sí mismo no puede hacerse mediador hacia Dios. El sacerdote necesita una autorización, una institución divina, y sólo perteneciendo a las dos esferas -la de Dios y la del hombre- puede ser mediador, puede ser "puente". Ésta es la misión del sacerdote: combinar, conectar estas dos realidades aparentemente tan separadas, es decir, el mundo de Dios -lejano a nosotros, a menudo desconocido para el hombre- y nuestro mundo humano. La misión del sacerdocio es ser mediador, puente que

enlaza, y así llevar al hombre a Dios, a su redención, a su verdadera luz, a su verdadera vida.

Como primer punto, por lo tanto, el sacerdote debe estar de la parte de Dios, y solamente en Cristo se realiza plenamente esta necesidad, esta condición de la mediación. Por eso era necesario este Misterio: el Hijo de Dios se hace hombre para que haya un verdadero puente, una verdadera mediación. Los demás deben tener al menos una autorización de Dios o, en el caso de la Iglesia, el Sacramento, es decir, introducir nuestro ser en el ser de Cristo, en el ser divino. Sólo podemos realizar nuestra misión con el Sacramento, el acto divino que nos crea sacerdotes en comunión con Cristo. Y esto me parece un primer punto de meditación para nosotros: la importancia del Sacramento. Nadie se hace sacerdote por sí mismo; sólo Dios puede atraerme, puede autorizarme, puede introducirme en la participación en el misterio de Cristo; sólo Dios puede entrar en mi vida y tomarme en sus manos. Este aspecto del don, de la precedencia divina, de la acción divina, que nosotros no podemos realizar, esta pasividad nuestra -ser elegidos y tomados de la mano por Dios- es un punto fundamental en el cual entrar. Debemos volver siempre al Sacramento, volver a este don en el cual Dios me da todo lo que yo no podría dar nunca: la participación, la comunión con el ser divino, con el sacerdocio de Cristo.

Hagamos que esta realidad sea también un factor práctico de nuestra vida: si es así, un sacerdote debe ser realmente un hombre de Dios, debe conocer a Dios de cerca, y lo conoce en comunión con Cristo. Por lo tanto, debemos vivir esta comunión; y la celebración de la santa misa, la oración del Breviario, toda la oración personal, son elementos del estar con Dios, del ser hombres de Dios. Nuestro ser, nuestra vida, nuestro corazón deben estar fijos en Dios, en este punto del cual no debemos salir, y esto se realiza, se refuerza día a día, también con breves oraciones en las cuales nos unimos de nuevo a Dios y nos hacemos cada vez más hombres de Dios, que viven en su comunión y así pueden hablar de Dios y guiar hacia Dios.

El otro elemento es que el sacerdote debe ser hombre. Hombre en todos los sentidos, es decir, debe vivir una verdadera humanidad, un verdadero humanismo; debe tener una educación, una formación humana, virtudes humanas; debe desarrollar su inteligencia, su voluntad, sus sentimientos, sus afectos; debe ser realmente hombre, hombre según la voluntad del Creador, del Redentor, porque sabemos que el ser humano está herido y la cuestión “qué es el hombre” queda ofuscada por el hecho del pecado, que ha herido hasta lo más íntimo la naturaleza humana. Así se dice: “ha mentado”, “es humano”; “ha robado”, “es humano”; pero éste no es el verdadero ser humano. Humano es ser generoso, es ser bueno, es ser

hombre de justicia, de prudencia verdadera, de sabiduría. Por tanto, salir, con la ayuda de Cristo, de este ofuscamiento de nuestra naturaleza para alcanzar el verdadero ser humano a imagen de Dios, es un proceso de vida que debe comenzar en la formación al sacerdocio, pero que después debe realizarse y continuar en toda nuestra vida. Pienso que las dos cosas fundamentalmente van juntas: ser de Dios, estar con Dios, y ser realmente hombre, en el verdadero sentido que ha querido el Creador al plasmar esta criatura que somos nosotros.

Ser hombre: la carta a los Hebreos subraya nuestra humanidad de un modo que nos sorprende, porque dice: debe ser una persona con “compasión hacia los ignorantes y extraviados, por estar también él envuelto en flaqueza” (5, 2) y también -todavía mucho más fuerte- “habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su temor reverencial” (5, 7). Para la carta a los Hebreos, un elemento esencial de nuestro ser hombre es la compasión, el sufrir con los demás: ésta es la verdadera humanidad. No es el pecado, porque el pecado nunca es solidaridad, sino que siempre es falta de solidaridad, es vivir la vida para sí mismo, en lugar de darla. La verdadera humanidad es participar realmente en el sufrimiento del ser humano, significa ser un hombre de compasión -*metriopathein*, dice el texto griego-, es decir, estar en el

centro de la pasión humana, llevar realmente con los demás sus sufrimientos, las tentaciones de este tiempo: “Dios, ¿dónde estás tú en este mundo?”.

Esta humanidad del sacerdote no responde al ideal platónico y aristotélico, según el cual el verdadero hombre es el que vive sólo en la contemplación de la verdad, y así es dichoso, feliz, porque tiene amistad sólo con las cosas hermosas, con la belleza divina, pero “el trabajo” lo hacen otros. Eso es una suposición, mientras que aquí se supone que el sacerdote, como Cristo, debe entrar en la miseria humana, llevarla consigo, visitar a las personas que sufren, ocuparse de ellas, y no sólo exteriormente, sino tomando sobre sí mismo interiormente, recogiendo en sí mismo, la “pasión” de su tiempo, de su parroquia, de las personas que le han sido encomendadas. Así mostró Cristo el verdadero humanismo. Ciertamente su corazón siempre está fijo en Dios, ve siempre a Dios, siempre habla íntimamente con él, pero al mismo tiempo él lleva todo el ser, todo el sufrimiento humano, dentro de la Pasión. Hablando, viendo a los hombres que son pequeños, que andan sin pastor, sufre con ellos y nosotros los sacerdotes no podemos retirarnos en un Elíseo, sino que estamos inmersos en la pasión de este mundo y, con la ayuda de Cristo y en comunión con él, debemos intentar transformarlo, llevarlo hacia Dios.

Precisamente esto hay que decirlo, con el siguiente texto realmente esti-

mulante: “Ofreció ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas” (*Hb* 5, 7). No se trata sólo de una alusión a la hora de la angustia en el Monte de los Olivos, sino que es un resumen de toda la historia de la pasión, que abarca toda la vida de Jesús. Lágrimas: Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, estaba realmente conmovido en su interior por el misterio de la muerte, por el terror de la muerte. Hay personas que pierden a su hermano, como en este caso, a su madre, a su hijo, a un amigo: todo el horror de la muerte, que destruye el amor, que destruye las relaciones, que es un signo de nuestra finitud, de nuestra pobreza. Jesús pasa por la prueba y se confronta hasta lo más íntimo de su alma con este misterio, con esta tristeza que es la muerte, y llora. Lloro ante Jerusalén, viendo la destrucción de la hermosa ciudad a causa de la desobediencia; llora viendo todas las destrucciones de la historia en el mundo; llora viendo como los hombres se destruyen a sí mismos y sus ciudades con la violencia, con la desobediencia.

Jesús llora, con fuertes gritos. Sabemos por los Evangelios que Jesús gritó desde la cruz; gritó: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mc* 15, 34; cf. *Mt* 27, 46), y gritó otra vez al final. Y este grito responde a una dimensión fundamental de los Salmos: en los momentos terribles de la vida humana, muchos Salmos son un grito fuerte a Dios: “¿Ayúdanos, escúchanos!”. Precisamente hoy, en el Breviario, acabamos de rezar en este sentido: ¿Dónde estás

Dios? “Nos entregas como ovejas a la matanza” (*Sal* 44, 12). Un grito de la humanidad que sufre. Y Jesús, que es el verdadero sujeto de los Salmos, lleva realmente este grito de la humanidad a Dios, a los oídos de Dios: “¡Ayúdanos y escuchanos!”. Él transforma todo el sufrimiento humano, tomándolo sobre sí mismo, en un grito a los oídos de Dios.

Y así, vemos que precisamente de este modo realiza el sacerdocio, la función de mediador, llevando en sí mismo, asumiendo en sí mismo el sufrimiento -la pasión- del mundo, transformándolo en grito hacia Dios, llevándolo ante los ojos de Dios y poniéndolo en sus manos, llevándolo así realmente al momento de la Redención.

En realidad, la carta a los Hebreos dice que “ofreció ruegos y súplicas”, “gritos y lágrimas” (5, 7). Es una traducción correcta del verbo *prospherein*, que es una palabra cultual y expresa el acto de la ofrenda de los dones humanos a Dios, expresa precisamente el acto del ofertorio, del sacrificio. Así, con este término cultual aplicado a los ruegos y las lágrimas de Cristo, demuestra que las lágrimas de Cristo, la angustia del Monte de los Olivos, el grito de la cruz, todo su sufrimiento no son algo añadido a su gran misión. Precisamente de este modo él ofrece el sacrificio, actúa como sacerdote. La carta a los Hebreos con este “ofreció” -*prospherein*- nos dice: esta es la realización de su sacerdocio, así lleva a la hu-

manidad a Dios, así se hace mediador, así se hace sacerdote.

Decimos, con razón, que Jesús no ofreció algo a Dios, sino que se ofreció a sí mismo y esta ofrenda de sí mismo se realiza precisamente en esta compasión, que transforma en oración y en grito al Padre el sufrimiento del mundo. En este sentido, tampoco nuestro sacerdocio se limita al acto cultual de la santa misa, en el cual todo se pone en manos de Cristo, sino que toda nuestra compasión hacia el sufrimiento de este mundo tan alejado de Dios, es acto sacerdotal, es *prospherein*, es ofrecer. En este sentido, creo que debemos comprender y aprender a aceptar más profundamente los sufrimientos de la vida pastoral, porque precisamente esto es acción sacerdotal, es mediación, es entrar en el misterio de Cristo, es comunicación con el misterio de Cristo, muy real y esencial, existencial y también sacramental.

En este contexto, es importante una segunda palabra. Se dice que Cristo así -mediante esta obediencia- llega a ser perfecto, en griego *teleiotheis* (cf. *Hb* 5, 8-9). Sabemos que en toda la Torá, es decir, en toda la legislación cultual, la palabra *teleion*, usada aquí, indica la ordenación sacerdotal. Es decir, la carta a los Hebreos nos dice que precisamente al hacer esto Jesús fue hecho sacerdote, se realizó su sacerdocio. Nuestra ordenación sacerdotal sacramental debe realizarse y concretarse existencialmente, pero también de modo cristológico,

precisamente en este llevar el mundo con Cristo y a Cristo y, con Cristo, a Dios: así nos convertimos realmente en sacerdotes, *teleiotheis*. Por lo tanto, el sacerdocio no es una actividad de algunas horas, sino que se realiza precisamente en la vida pastoral, en sus sufrimientos y en sus debilidades, en sus tristezas y, naturalmente, también en las alegrías. Así llegamos a ser cada vez más sacerdotes en comunión con Cristo.

La carta a los Hebreos resume, por último, toda esta compasión en la palabra *hupakoen*, obediencia: todo esto es obediencia. Es una palabra, que no nos gusta. En nuestro tiempo la obediencia parece una alienación, una actitud servil. Uno no usa su libertad, su libertad se somete a otra voluntad; por lo tanto, uno ya no es libre, sino que está determinado por otro, mientras que la autodeterminación, la emancipación sería la verdadera existencia humana. En lugar de la palabra “obediencia”, nosotros queremos como palabra clave antropológica la de “libertad”. Pero considerando de cerca este problema, vemos que las dos cosas van juntas: la obediencia de Cristo es conformidad de su voluntad con la voluntad del Padre; es llevar la voluntad humana a la voluntad divina, a la conformación de nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

San Máximo, el Confesor, en su interpretación del Monte de los Olivos, de la angustia expresada precisamente

en la oración de Jesús, “no mi voluntad, sino tu voluntad”, ha descrito este proceso, que Cristo lleva en sí mismo como verdadero hombre, con la naturaleza, la voluntad humana; en este acto - “no mi voluntad, sino tu voluntad” - Jesús resume todo el proceso de su vida, es decir, de llevar la vida natural humana a la vida divina y, de este modo, transformar al hombre: divinización del hombre y así redención del hombre, porque la voluntad de Dios no es una voluntad tirana, no es una voluntad que está fuera de nuestro ser, sino que es precisamente la voluntad creadora, es precisamente el lugar donde encontramos nuestra verdadera identidad.

Dios nos ha creado y somos nosotros mismos si actuamos conforme a su voluntad; sólo así entramos en la verdad de nuestro ser y no estamos alienados. Al contrario, la alienación tiene lugar precisamente si nos apartamos de la voluntad de Dios, porque, de ese modo, nos apartamos del designio de nuestro ser, ya no somos nosotros mismos y caemos en el vacío. En verdad, la obediencia a Dios, es decir, la conformidad, la verdad de nuestro ser, es la verdadera libertad, porque es la divinización. Jesús, llevando el hombre, el ser hombre, en sí mismo y consigo, en la conformidad con Dios, en la perfecta obediencia, es decir, en la perfecta conformación entre las dos voluntades, nos redimió y la redención siempre es este proceso de llevar la voluntad humana a la comunión con la voluntad

divina. Es un proceso por el cual oramos cada día: “Hágase tu voluntad”. Y queremos pedir realmente al Señor que nos ayude a ver íntimamente que ésta es la libertad, y a entrar así con alegría en esta obediencia y a “recoger” al ser humano para llevarlo -con nuestro ejemplo, con nuestra humildad, con nuestra oración, con nuestra acción pastoral- a la comunión con Dios.

Prosiguiendo la lectura, encontramos una frase difícil de interpretar. El autor de la carta a los Hebreos dice que Jesús oró intensamente, con gritos y lágrimas, a Dios que podía salvarlo de la muerte, y por su completo abandono fue escuchado (cf. 5, 7). Aquí quisiéramos decir: “No, no es verdad, no fue escuchado, murió”. Jesús pidió ser liberado de la muerte, pero no fue liberado, murió de modo extremadamente cruel. Por eso, el gran teólogo liberal Harnack dijo: “Aquí falta un *no*”, hay que escribir: “No fue escuchado” y Bultmann aceptó esta interpretación. Pero se trata de una solución que no es exégesis, sino forzar el texto. En ninguno de los manuscritos aparece “no”, sino sólo “fue escuchado”; por tanto, debemos aprender a comprender qué significa este “ser escuchado”, a pesar de la cruz.

Yo veo tres niveles para entender esta expresión. En un primer nivel el texto griego se puede traducir así: “Fue redimido de su angustia” y, en este sentido, Jesús fue escuchado. Sería, por consiguiente, una alusión a lo

que nos narra san Lucas, que “un ángel confortó a Jesús” (cf. *Lc* 22, 43), de modo que, después del momento de la angustia, pudiera ir directamente y sin temor hacia su hora, como nos describen los Evangelios, sobre todo el de san Juan. Sería escuchado en el sentido de que Dios le da la fuerza para llevar todo este peso; así es escuchado. Pero a mí me parece que esta respuesta no es del todo suficiente. Escuchado, en sentido más profundo -ha subrayado el padre Vanhoye- significa decir: “fue redimido de la muerte”, pero no en el momento, no en ese momento, sino para siempre, en la Resurrección: la verdadera respuesta de Dios al ruego de ser redimido de la muerte es la Resurrección y la humanidad es redimida de la muerte precisamente en la Resurrección, que es la verdadera curación de nuestros sufrimientos, del misterio terrible de la muerte.

Aquí ya está presente un tercer nivel de comprensión: la Resurrección de Jesús no es sólo un acontecimiento personal. Me parece que puede ayudar tener presente el breve texto en el cual san Juan, en el capítulo 12 de su Evangelio, presenta y narra, de modo muy resumido, el hecho del Monte de los Olivos. Jesús dice: “Mi alma está turbada” (*Jn* 12, 27), y, en toda la angustia del Monte de los Olivos, ¿qué voy a decir?: “Sálvame de esta hora, o glorifica tu nombre” (cf. *Jn* 12, 27-28). Es la misma oración que encontramos en los Sinópticos: “Si es posible sálvame, pero hágase tu voluntad” (cf. *Mt* 26, 42; *Mc*



14, 36; *Lc* 22, 42), que en el lenguaje de san Juan es justamente: “O sálvame, o glorifica”. Y Dios responde: “Te he glorificado y te glorificaré de nuevo” (cf. *Jn* 12, 28). Ésta es la respuesta, la confirmación de que Dios lo escucha: glorificaré la cruz; es la presencia de la gloria divina, porque es el acto supremo del amor. En la cruz, Jesús es elevado sobre toda la tierra y atrae la tierra a sí; en la cruz aparece ahora el “*Kabod*”, la verdadera gloria divina del Dios que ama hasta llegar a la cruz y así transforma la muerte y crea la Resurrección.

La oración de Jesús fue escuchada, en el sentido de que realmente su muerte se convierte en vida, se convierte en el lugar desde donde redime al hombre, desde donde atrae al hombre a sí. Si la respuesta divina en san Juan dice: “te glorificaré”, significa que esta gloria trasciende y atraviesa toda la historia siempre y de nuevo: desde tu cruz, presente en la Eucaristía, transforma la muerte en gloria. Ésta es la gran promesa que se realiza en la santa Eucaristía, que abre siempre de nuevo el cielo. Ser servidor de la Eucaristía es, por tanto, profundidad del misterio sacerdotal.

Todavía unas pocas palabras, al menos sobre Melquisedec. Es una figura misteriosa que entra en la historia sagrada en Génesis 14: después de la victoria de Abraham sobre algunos reyes, aparece el rey de *Salem*, de Jerusalén, Melquisedec, y lleva pan y vino. Un episodio no comentado y un poco in-

comprensible, que sólo aparece de nuevo en el Salmo 110, como ya hemos dicho, pero se entiende que, después el judaísmo, el agnosticismo y el cristianismo hayan querido reflexionar profundamente sobre esta palabra y hayan creado sus interpretaciones. La carta a los Hebreos no especula, sino que refiere solamente lo que dice la Escritura y son varios elementos: es rey de justicia, vive en la paz, es rey de donde está la paz, venera y adora al Dios Altísimo, al Creador del cielo y de la tierra, y lleva pan y vino (cf. *Hb* 7, 1-3; *Gn* 14, 18-20). No se comenta que aquí aparece el sumo sacerdote del Dios Altísimo, rey de la paz, que adora con pan y vino al Dios Creador del cielo y de la tierra. Los Padres han subrayado que es uno de los santos paganos del Antiguo Testamento y esto muestra que también desde el paganismo existe un camino hacia Cristo y los criterios son: adorar al Dios Altísimo, al Creador, cultivar la justicia y la paz, y venerar a Dios de modo puro. Así, con estos elementos fundamentales, también el paganismo está en camino hacia Cristo, en cierto modo hace presente la luz de Cristo.

En el canon romano, después de la consagración, tenemos la oración *supra quae*, que menciona algunas prefiguraciones de Cristo, de su sacerdocio y de su sacrificio: Abel, el primer mártir, con su cordero; Abraham, que sacrifica en la intención a su hijo Isaac, sustituido por el cordero que da Dios; y Melquisedec, sumo sacerdote del Dios Altísimo, que lleva pan y vino. Esto significa que



Cristo es la novedad absoluta de Dios y, al mismo tiempo, está presente en toda la historia, a través de la historia, y la historia va hacia el encuentro con Cristo. Y no sólo la historia del pueblo elegido, que es la verdadera preparación querida por Dios, en la que se revela el misterio de Cristo, sino también desde el paganismo se prepara el misterio de Cristo, existen caminos hacia Cristo, el cual lleva todo en sí mismo.

Esto me parece importante en la celebración de la Eucaristía: aquí está recogida toda la oración humana, todo el deseo humano, toda la verdadera devoción humana, la verdadera búsqueda de Dios, que se encuentra finalmente realizada en Cristo. Por último, es preciso decir que ahora el cielo está abierto, el culto ya no es enigmático, en signos relativos, sino que es verdadero, porque el cielo está abierto y no se ofrece algo, sino que el hombre se convierte en uno con Dios y este es el verdadero culto. Así dice la carta a los Hebreos: “Nuestro sacerdote está a la derecha del trono, del santuario, de la tienda verdadera, que el Señor Dios mismo ha construido” (cf. 8, 1-2).

Volvamos al dato de que Melquisedec es rey de *Salem*. Toda la tradición davídica se ha referido a esto diciendo: “Éste es el lugar, Jerusalén es el lugar del culto verdadero, la concentración del culto en Jerusalén viene ya de los tiempos de Abraham, Jerusalén es el lugar verdadero de la auténtica veneración de Dios”.

Demos otro paso: la verdadera Jerusalén, el *Salem* de Dios, es el Cuerpo de Cristo; la Eucaristía es la paz de Dios con el hombre. Sabemos que san Juan, en el Prólogo, llama a la humanidad de Jesús “la tienda de Dios”, *eskenosen en hemin* (Jn 1, 14). Aquí Dios mismo ha creado su tienda en el mundo y esta tienda, esta Jerusalén nueva y verdadera está al mismo tiempo en la tierra y en cielo, porque este Sacramento, este sacrificio se realiza siempre entre nosotros y llega siempre hasta el trono de la Gracia, a la presencia de Dios. Aquí está la verdadera Jerusalén, al mismo tiempo celestial y terrestre: la tienda que es el Cuerpo de Dios, que como Cuerpo resucitado sigue siendo siempre Cuerpo y abraza la humanidad; y, al mismo tiempo, al ser Cuerpo resucitado, nos une a Dios. Todo esto se realiza siempre de nuevo en la Eucaristía. Y nosotros como sacerdotes estamos llamados a ser ministros de este gran Misterio, en el Sacramento y en la vida. Roguemos al Señor que nos haga entender este Misterio cada vez mejor, vivir cada vez mejor este Misterio y ofrecer así nuestra ayuda para que el mundo se abra a Dios, para que el mundo sea redimido. Gracias.

En su «lectio divina», Benedicto XVI partió de los pasajes de la *Carta a los Hebreos* que señalamos a continuación:

*Hb* 5, 1-10;

*Hb* 7, 26-28;

*Hb* 8, 1-2.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
como conclusión de los ejercicios  
espirituales de la Curia Romana***

*Capilla "Redemptoris Mater". Sábado,  
27 de febrero de 2010*

*Queridos hermanos; querido don Enrico:*

En nombre de todos los aquí presentes quiero darle las gracias de todo corazón a usted, don Enrico, por estos ejercicios, por el modo apasionado y muy personal con el que nos ha guiado en el camino hacia Cristo, en el camino de renovación de nuestro sacerdocio.

Usted escogió como punto de partida, como trasfondo siempre presente, como punto de llegada -lo hemos visto ahora- la oración de Salomón por "un corazón que escucha". En realidad me parece que aquí se resume toda la visión cristiana del hombre. El hombre no es perfecto en sí mismo; el hombre necesita la relación; es un ser en relación. Su *cogito* no puede *cogitare* toda la realidad. Necesita la escucha, la escucha del otro, sobre todo del Otro con mayúscula, de Dios. Sólo así se conoce a sí mismo, sólo así llega a ser él mismo.

Desde mi lugar, aquí, siempre he visto a la Madre del Redentor, la *Sedes Sapientiae*, el trono vivo de la sabiduría, con la Sabiduría encarnada en su seno. Y como hemos visto, san Lucas presenta a María precisamente como

mujer de corazón a la escucha, que está inmersa en la Palabra de Dios, que escucha la Palabra, la medita (*synballen*), la compone y la conserva, la custodia en su corazón. Los Padres de la Iglesia dicen que, en el momento de la concepción del Verbo eterno en el seno de la Virgen, el Espíritu Santo entró en María a través del oído. En la escucha concibió la Palabra eterna, dio su carne a esta Palabra. Y así nos dice lo que es tener un corazón a la escucha.

Aquí María está rodeada de los padres y las madres de la Iglesia, de la comunión de los santos. Y así vemos y hemos entendido precisamente en estos días que en el *yo* aislado no podemos escuchar realmente la Palabra: sólo en el *nosotros* de la Iglesia, en el *nosotros* de la comunión de los santos.

Y usted, querido don Enrico, nos ha mostrado, ha dado voz a cinco figuras ejemplares del sacerdocio, comenzando por san Ignacio de Antioquía hasta el querido y venerable Papa, Juan Pablo II. Así realmente hemos percibido de nuevo lo que quiere decir ser sacerdote, convertirse cada vez más en sacerdotes.

También ha destacado usted que la consagración se orienta a la misión, está destinada a convertirse en misión. En estos días, con la ayuda de Dios, hemos profundizado en nuestra consagración. Así queremos afrontar ahora con nuevo valor nuestra misión. Que el Señor nos ayude. Gracias don Enrico por su ayuda.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los dirigentes, al personal y a los  
voluntarios de la Protección Civil  
Nacional italiana***

*Sala Pablo VI. Sábado, 6 de marzo  
de 2010*

*Queridos amigos:*

Es para mí una gran alegría acogeros y daros mi cordial bienvenida a cada uno. Saludo a los hermanos en el episcopado y en el sacerdocio y a todas las autoridades. Saludo al subsecretario de Estado de la Presidencia del Consejo de ministros y jefe del departamento de la Protección civil, Guido Bertolaso, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todos, así como todo lo que hace en favor de la sociedad civil y por todos nosotros. Saludo al subsecretario de la Presidencia del Consejo de ministros, Gianni Letta, presente en este encuentro. Dirijo mi afectuoso saludo a los numerosos voluntarios y voluntarias y a los representantes de algunas secciones del Servicio nacional de la Protección civil.

Antes de este encuentro se ha tenido un alegre momento de fiesta, animado también con las ejecuciones musicales de la Institución sinfónica de Los Abruzos. A todos expreso mi agradecimiento. Habéis querido recordar la actividad llevada a cabo por la Protección civil a lo largo de los últimos diez años, tanto con ocasión de emergencias nacionales e internacionales, como en la actividad

de apoyo a acontecimientos grandes y especiales. ¿Cómo no recordar, a este propósito, las intervenciones a favor de los afectados por los terremotos de San Giuliano di Puglia y, sobre todo, de Los Abruzos? Yo mismo, al visitar Onna y L'Aquila el mes de abril del año pasado, pude constatar personalmente con cuánto empeño os habéis prodigado para socorrer a quienes habían perdido a sus seres queridos y sus casas. Me parecen apropiadas las palabras que os dirigí en aquella ocasión: "Gracias por lo que habéis hecho y sobre todo por el amor con que lo habéis hecho. Gracias por el ejemplo que habéis dado" (*Discurso en el encuentro con los fieles y el personal dedicado a las actividades de socorro*, 28 de abril de 2009: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 1 de mayo de 2009, p. 13). Y ¿cómo no pensar con admiración en los numerosos voluntarios y voluntarias que garantizaron la asistencia y la seguridad a la multitud inmensa de jóvenes, y no tan jóvenes, presente en la inolvidable Jornada mundial de la juventud del año 2000, o que vino a Roma para dar el último adiós al Papa, Juan Pablo II?

Queridos voluntarios y voluntarias de la Protección civil: sé que habéis deseado mucho este encuentro; puedo aseguraros que este era también mi vivo deseo. Vosotros constituís una de las expresiones más recientes y maduras de la larga tradición de solidaridad que hunde sus raíces en el altruismo y en la generosidad del pueblo italiano. El voluntariado de la Protección civil se ha

convertido en un fenómeno nacional, que ha asumido formas de participación y de organización particularmente significativas y hoy comprende cerca de un millón trescientos mil miembros, subdivididos en más de tres mil organizaciones. Las finalidades y los propósitos de vuestra asociación han encontrado reconocimiento en normas legislativas apropiadas, que han contribuido a la formación de una identidad nacional del voluntariado de la Protección civil, atenta a las necesidades primarias de la persona y del bien común.

Los términos “protección” y “civil” representan unas coordenadas precisas y expresan de manera profunda vuestra misión, yo diría vuestra “vocación”: proteger a las personas y su dignidad -bienes centrales de la sociedad civil- en los casos trágicos de calamidades y de emergencia que amenazan la vida y la seguridad de familias o de comunidades enteras. Esta misión no consiste sólo en la gestión de la emergencia, sino en una contribución puntual y meritoria a la realización del bien común, que representa siempre el horizonte de la convivencia humana, también -y sobre todo- en los momentos de las grandes pruebas. Estas son una ocasión de *discernimiento* y no de desesperación. Brindan la oportunidad de formular *nuevos proyectos* sociales, más orientados a la virtud y al bien de todos.

Las dos dimensiones de la protección, que se expresan tanto durante la emergencia como después, están bien

expresadas en la figura del buen samaritano, esbozada en el Evangelio de san Lucas (cf. *Lc* 10, 30-35). Este personaje demuestra, ciertamente, caridad, humildad y valentía socorriendo al desventurado en el momento de máxima necesidad. Y esto cuando todos -algunos por indiferencia, otros por dureza de corazón- miran hacia otro lado. Pero el buen samaritano enseña a ir más allá de la emergencia y a preparar, podríamos decir, la vuelta a la normalidad. En efecto, vended las heridas del hombre tendido en el suelo, pero después se preocupa de encomendarlo al posadero, para que se pueda restablecer una vez pasada la emergencia.

Como nos enseña la página evangélica, el amor al prójimo no se puede delegar: el Estado y la política, aunque dispongan las necesarias atenciones de la asistencia social, no pueden sustituirlo. Como escribí en la encíclica *Deus caritas est*: “El amor siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay ningún orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo” (n. 28). El amor requiere y requerirá siempre el compromiso personal y voluntario. Precisamente por eso, los voluntarios no son “suplentes”

en la red social, sino personas que contribuyen verdaderamente a delinear el rostro humano y cristiano de la sociedad. Sin voluntariado, el bien común y la sociedad no pueden durar mucho, porque su progreso y su dignidad en gran medida dependen precisamente de esas personas que hacen más que cumplir estrictamente su deber.

Queridos amigos, vuestro compromiso es un servicio a la dignidad del hombre fundada en su condición de ser creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn* 1, 26). Como nos ha mostrado el episodio del buen samaritano, hay miradas que pueden dirigirse al vacío o incluso llegar al desprecio, pero también hay miradas que pueden expresar amor. Además de vigilantes del territorio, sed cada vez más iconos vivos del buen samaritano, prestando atención al prójimo, recordando la dignidad del hombre y suscitando esperanza. Cuando una persona no se limita sólo a cumplir con su deber en la profesión y en la familia, sino que se compromete por los demás, su corazón se dilata. Quien ama y sirve gratuitamente al otro como prójimo, vive y actúa según el Evangelio y participa en la misión de la Iglesia, que siempre mira al hombre en su integridad y quiere ayudarle a sentir el amor de Dios.

Queridos voluntarios y voluntarias, la Iglesia y el Papa sostienen vuestro valioso servicio. Que la Virgen María, que va “con prontitud” a casa de su prima Isabel para ayudarla (cf. *Lc* 1, 39), sea vuestro modelo. Os encomiendo a la intercesión de vuestro patrono,

san Pío de Pietrelcina; os aseguro mi recuerdo en la oración, y con afecto os imparto la bendición apostólica a vosotros y a vuestros seres queridos.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,  
al Consejo Pastoral de la parroquia  
romana de San Juan de la Cruz  
durante la visita pastoral***

*Domingo, 7 de marzo de 2010*

Queridos hermanos y hermanas, de todo corazón os doy las gracias por esta bella experiencia pre-pascual que me habéis brindado en la mañana de este domingo. He leído un poco sobre la historia de vuestra parroquia, que empezó de cero; habéis construido entretanto un gran centro pastoral, habéis construido los edificios, las infraestructuras, pero sobre todo habéis construido una Iglesia viva, de piedras vivas. Ahora es bello ver cómo aquí la Iglesia es viva: vive de la Palabra de Dios, de la participación en la santa Eucaristía, con tantos componentes de la vida espiritual, todos los movimientos unidos en un único proyecto pastoral en la común Iglesia de Cristo.

Por ello, estoy muy agradecido y os ruego que continuéis en este sentido: construir siempre la Iglesia de piedras vivas, y ser así también un centro de irradiación de la Palabra de Dios en nuestro mundo, que tiene tanta necesidad de esta Palabra de Dios, de la vida que procede de Dios.

Hoy, en la primera lectura, hemos oído precisamente esta auto-presentación de Dios, que entra en la historia, se hace uno de nosotros. Y hemos oído que Dios es un Dios que nos escucha, que no está lejos, que se interesa por nosotros, que está *por* nosotros y *con* nosotros. Y esto exige nuestra respuesta, exige que también nosotros escuchemos a Dios, que también nosotros estemos abiertos a su presencia; así cielo y tierra se comunican y se unen más, y el mundo se hace más luminoso, más bello.

¡Gracias por todo vuestro trabajo! Os deseo una buena Pascua y más progresos espirituales en la comunión con Cristo y en la comunidad de los sacerdotes, sobre todo de vuestro querido párroco. He oído cómo comenzó, yendo al supermercado para ver quién había, y así creció la parroquia. Gracias monseñor párroco, gracias a todos vosotros. ¡Buena Pascua!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en el curso sobre el fuero interno organizado por la Penitenciaría Apostólica***

*Sala Clementina. Jueves, 11 de marzo de 2010*

*Queridos amigos:*

Me alegra encontrarme con vosotros y daros mi bienvenida a cada uno, con ocasión del curso anual sobre el fuero interno, organizado por la Peniten-

ciaría apostólica. Saludo cordialmente a monseñor Fortunato Baldelli, que, por primera vez como penitenciario mayor, ha guiado vuestras sesiones de estudio, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Saludo también a monseñor Gianfranco Girotti, regente, al personal de la Penitenciaría y a todos vosotros que, con la participación en esta iniciativa, manifestáis la fuerte exigencia de profundizar una temática esencial para el ministerio y la vida de los presbíteros.

Vuestro curso se realiza, providencialmente, durante el Año sacerdotal, que convoqué con ocasión del 150° aniversario del nacimiento al cielo de san Juan María Vianney, quien ejerció de modo heroico y fecundo el ministerio de la Reconciliación. Como afirmé en la carta de proclamación: “Todos los sacerdotes hemos de considerar como dirigidas personalmente a nosotros las palabras que él [el cura de Ars] ponía en boca de Jesús: “Encargaré a mis ministros que anuncien a los pecadores que estoy siempre dispuesto a recibirlos, que mi misericordia es infinita”. Los sacerdotes no sólo podemos aprender del santo cura de Ars una confianza infinita en el sacramento de la Penitencia, que nos impulse a ponerlo en el centro de nuestras preocupaciones pastorales, sino también el método del “diálogo de la salvación” que en él se debe entablar” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 19 de junio de 2009, p. 7). ¿Dónde hunden sus raíces la heroicidad y la fecundidad

con las cuales san Juan María Vianney vivió su ministerio de confesor? Ante todo en una intensa dimensión penitencial personal. La conciencia de su propia limitación y la necesidad de recurrir a la Misericordia divina para pedir perdón, para convertir el corazón y para ser sostenidos en el camino de santidad, son fundamentales en la vida del sacerdote: sólo quien ha experimentado personalmente su grandeza puede ser un anunciador y administrador convencido de la Misericordia de Dios. Todo sacerdote se convierte en ministro de la Penitencia por su configuración ontológica a Cristo, sumo y eterno Sacerdote, que reconcilia a la humanidad con el Padre; sin embargo, la fidelidad al administrar el sacramento de la Reconciliación se confía a la responsabilidad del presbítero.

Vivimos en un contexto cultural marcado por la mentalidad hedonista y relativista, que tiende a eliminar a Dios del horizonte de la vida, no favorece la adquisición de un marco claro de valores de referencia y no ayuda a discernir el bien del mal y a madurar un sentido correcto del pecado. Esta situación hace todavía más urgente el servicio de administradores de la Misericordia divina. No debemos olvidar que existe una especie de círculo vicioso entre el ofuscamiento de la experiencia de Dios y la pérdida del sentido del pecado. Sin embargo, si nos fijamos en el contexto cultural en el que vivió san Juan María Vianney, vemos que, en varios aspectos, no era muy distinto del nuestro.

De hecho, también en su tiempo existía una mentalidad hostil a la fe, expresada por fuerzas que incluso querían impedir el ejercicio del ministerio. En esas circunstancias, el santo cura de Ars hizo “de la iglesia su casa”, para llevar a los hombres a Dios. Vivió con radicalidad el espíritu de oración, la relación personal e íntima con Cristo, la celebración de la santa misa, la adoración eucarística y la pobreza evangélica; así fue para sus contemporáneos un signo tan evidente de la presencia de Dios, que impulsó a numerosos penitentes a acercarse a su confesionario. En las condiciones de libertad en las que hoy se puede ejercer el ministerio sacerdotal, es necesario que los presbíteros vivan “de modo alto” su respuesta a la vocación, porque sólo quien es cada día presencia viva y clara del Señor puede suscitar en los fieles el sentido del pecado, infundir valentía y despertar el deseo del perdón de Dios.

Queridos hermanos, es preciso volver al confesionario, como lugar en el cual celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en el que “habitar” más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía. La “crisis” del sacramento de la Penitencia, de la que se habla con frecuencia, interpela ante todo a los sacerdotes y su gran responsabilidad de educar al pueblo de Dios en las exigencias radicales del Evangelio.



En particular, les pide que se dediquen generosamente a la escucha de las confesiones sacramentales; que guíen el rebaño con valentía, para que no se acomode a la mentalidad de este mundo (cf. *Rm* 12, 2), sino que también sepa tomar decisiones contracorriente, evitando acomodamientos o componendas. Por esto, es importante que el sacerdote viva una tensión ascética permanente, alimentada por la comunión con Dios, y se dedique a una actualización constante en el estudio de la teología moral y de las ciencias humanas.

San Juan María Vianney sabía instaurar un verdadero “diálogo de salvación” con los penitentes, mostrando la belleza y la grandeza de la bondad del Señor y suscitando el deseo de Dios y del cielo que los santos son los primeros en llevar. Afirmaba: “El buen Dios lo sabe todo. Antes incluso de que se lo confeséis, sabe ya que pecaréis nuevamente y sin embargo os perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro, con tal de perdonarnos!” (Monnin A., *Il Curato d’Ars. Vita di Gian-Battista-Maria Vianney*, vol. I, Torino 1870, p. 130). El sacerdote tiene la tarea de favorecer la experiencia del “diálogo de salvación”, que nace de la certeza de ser amados por Dios y ayuda al hombre a reconocer su pecado y a introducirse, progresivamente, en la dinámica estable de conversión del corazón que lleva a la renuncia radical al mal y a una vida según Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1431).

Queridos sacerdotes, ¡qué extraordinario ministerio nos ha confiado el Señor! Como en la celebración eucarística, él se pone en manos del sacerdote para seguir estando presente en medio de su pueblo, de forma análoga en el sacramento de la Reconciliación se confía al sacerdote para que los hombres experimenten el abrazo con el que el padre acoge al hijo pródigo, restituyéndole la dignidad filial y la herencia (cf. *Lc* 15, 11-32). Que la Virgen María y el santo cura de Ars nos ayuden a experimentar en nuestra vida la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios (cf. *Ef* 3, 18-19), para que seamos administradores fieles y generosos de este amor. Os doy las gracias a todos de corazón y os imparto de buen grado mi bendición.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en un Congreso organizado por la Congregación para el Clero.***

*Aula de las Bendiciones. Viernes, 12 de marzo de 2010*

*Señores cardenales; queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; estimados presentes:*

Me alegra encontrarme con vosotros en esta ocasión particular y os saludo a todos con afecto. Dirijo un saludo especial al cardenal Cláudio Hummes, prefecto de la Congregación para el cle-



ro, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Expreso mi gratitud a todo el dicasterio por el empeño con el que coordina las múltiples iniciativas del Año sacerdotal, entre ellas este congreso teológico sobre el tema: “Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”. Me congratulo por esta iniciativa en la que participan más de cincuenta obispos y más de quinientos sacerdotes, muchos de los cuales son responsables nacionales o diocesanos del clero y de la formación permanente. Vuestra atención a los temas relativos al sacerdocio ministerial es uno de los frutos de este Año especial, que he querido convocar precisamente para “promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo” (*Carta para la convocatoria del Año sacerdotal*).

El tema de la identidad sacerdotal, objeto de vuestra primera jornada de estudio es determinante para el ejercicio del sacerdocio ministerial en el presente y en el futuro. En una época como la nuestra, tan “policéntrica” e inclinada a atenuar todo tipo de concepción que afirme una identidad, que muchos consideran contraria a la libertad y a la democracia, es importante tener muy clara la peculiaridad teológica del ministerio ordenado para no caer en la tentación de reducirlo a las categorías culturales dominantes. En un contexto de secularización generalizada, que excluye progresivamente a Dios del ámbito público, y tiende a excluirlo también

de la conciencia social compartida, con frecuencia el sacerdote parece “extraño” al sentir común, precisamente por los aspectos más fundamentales de su ministerio, como los de ser un hombre de lo sagrado, tomado del mundo para interceder en favor del mundo, y constituido en esa misión por Dios y no por los hombres (cf. *Hb* 5, 1). Por este motivo, es importante superar peligrosos “reduccionismos” que, en los decenios pasados, utilizando categorías más funcionales que ontológicas, han presentado al sacerdote casi como a un “agente social”, con el riesgo de traicionar incluso el sacerdocio de Cristo. La hermenéutica de la continuidad se revela cada vez más urgente para comprender de modo adecuado los textos del concilio ecuménico Vaticano II y, análogamente, resulta necesaria una hermenéutica que podríamos definir “de la continuidad sacerdotal”, la cual, partiendo de Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, y pasando por los dos mil años de la historia de grandeza y de santidad, de cultura y de piedad, que el sacerdocio ha escrito en el mundo, ha de llegar hasta nuestros días.

Queridos hermanos sacerdotes, en el tiempo en que vivimos es especialmente importante que la llamada a participar en el único sacerdocio de Cristo en el ministerio ordenado florezca en el “carisma de la profecía”: hay gran necesidad de sacerdotes que hablen de Dios al mundo y que presenten el mundo a Dios; hombres no sujetos a efímeras modas culturales, sino capaces

de vivir auténticamente la libertad que sólo la certeza de la pertenencia a Dios puede dar. Como ha subrayado muy bien vuestro congreso, hoy la profecía más necesaria es la de la fidelidad que, partiendo de la fidelidad de Cristo a la humanidad, mediante la Iglesia y el sacerdocio ministerial, lleve a vivir el propio sacerdocio en la adhesión total a Cristo y a la Iglesia. De hecho, el sacerdote ya no se pertenece a sí mismo, sino que, por el carácter sacramental recibido (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1563 y 1582), es “propiedad” de Dios. Este “ser de Otro” deben poder reconocerlo todos, gracias a un testimonio límpido.

En el modo de pensar, de hablar, de juzgar los hechos del mundo, de servir y de amar, de relacionarse con las personas, incluso en el hábito, el sacerdote debe sacar fuerza profética de su pertenencia sacramental, de su ser profundo. Por consiguiente, debe poner sumo esmero en preservarse de la mentalidad dominante, que tiende a asociar el valor del ministro no a su persona, sino sólo a su función, negando así la obra de Dios, que incide en la identidad profunda de la persona del sacerdote, configurándolo a sí de modo definitivo (cf. *ib.*, n. 1583).

El horizonte de la pertenencia ontológica a Dios constituye, además, el marco adecuado para comprender y reafirmar, también en nuestros días, el valor del celibato sagrado, que en la Iglesia latina es un carisma requerido

por el Orden sagrado (cf. *Presbyterorum ordinis*, 16) y que las Iglesias orientales tienen en grandísima consideración (cf. *Código de cánones de las Iglesias orientales*, can. 373). Es una auténtica profecía del Reino, signo de la consagración con corazón indiviso al Señor y a las “cosas del Señor” (1 Co 7, 32), expresión de la entrega de uno mismo a Dios y a los demás (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1579).

La vocación del sacerdote, por tanto, es altísima y sigue siendo un gran misterio incluso para quienes la hemos recibido como don. Nuestras limitaciones y debilidades deben inducirnos a vivir y a custodiar con profunda fe este don precioso, con el que Cristo nos ha configurado a sí, haciéndonos partícipes de su misión salvífica. De hecho, la comprensión del sacerdocio ministerial está vinculada a la fe y requiere, de modo cada vez más firme, una continuidad radical entre la formación recibida en el seminario y la formación permanente. La vida profética, sin componendas, con la que serviremos a Dios y al mundo, anunciando el Evangelio y celebrando los sacramentos, favorecerá la venida del reino de Dios ya presente y el crecimiento del pueblo de Dios en la fe.

Queridos sacerdotes, los hombres y las mujeres de nuestro tiempo sólo nos piden que seamos sacerdotes de verdad y nada más. Los fieles laicos encontrarán en muchas otras personas aquello que humanamente necesitan, pero

sólo en el sacerdote podrán encontrar la Palabra de Dios que siempre deben tener en los labios (cf. *Presbyterorum ordinis*, 4); la misericordia del Padre, abundante y gratuitamente dada en el sacramento de la Reconciliación; y el Pan de vida nueva, “alimento verdadero dado a los hombres” (cf. Himno del Oficio en la solemnidad del *Corpus Christi* del Rito romano).

Pidamos a Dios, por intercesión de la santísima Virgen María y de san Juan María Vianney, que nos conceda agradecerle cada día el gran don de la vocación y vivir con plena y gozosa fidelidad nuestro sacerdocio. Gracias a todos por este encuentro. Os imparto de buen grado a cada uno la bendición apostólica.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,  
durante la visita a la Iglesia  
Evangélica Luterana de Roma***

*Domingo, 14 de marzo de 2010*

*Queridas hermanas y queridos hermanos:*

Quiero dar las gracias de corazón a toda la comunidad, a vuestros responsables, y en particular al párroco Kruse, por haberme invitado a celebrar con vosotros este domingo *Laetare*, este día en que el elemento determinante es la esperanza, que mira a la luz que irrumpe de la resurrección de Cristo en las

tinieblas de nuestra cotidianidad, en las cuestiones no resueltas de nuestra vida. Usted, querido párroco Kruse, nos ha expuesto el mensaje de esperanza de san Pablo. El Evangelio, tomado del capítulo 12 de san Juan, que trataré de explicar, es también un Evangelio de esperanza y, al mismo tiempo, es un Evangelio de la cruz. Estas dos dimensiones van siempre juntas: dado que el Evangelio se refiere a la cruz, habla de la esperanza y, dado que da esperanza, debe hablar de la cruz.

Narra san Juan que Jesús subió a Jerusalén para celebrar la Pascua; luego dice: “Había algunos griegos de los que subían a adorar en la fiesta” (*Jn* 12, 20). Seguramente eran miembros del grupo de los *phoboumenoi ton Theon*, los “temerosos de Dios” (cf. *Hch* 10, 2) que, más allá del politeísmo de su mundo, buscaban al Dios auténtico, que es verdaderamente Dios; buscaban al único Dios, al que pertenece el mundo entero y que es el Dios de todos los hombres. Y habían encontrado a aquel Dios por el que preguntaban, al que buscaban, al que todo hombre anhela en silencio, en la Biblia de Israel, reconociendo en él al Dios que creó el mundo. Él es el Dios de todos los hombres y, al mismo tiempo, eligió un pueblo concreto y un lugar para estar presente desde allí entre nosotros. Son buscadores de Dios, y han llegado a Jerusalén para adorar al único Dios, para saber algo de su misterio. Además, el evangelista nos narra que estas personas oyen hablar de Jesús, acuden a Fe-

lipe, el apóstol procedente de Betsaida, en la que la mitad de la gente hablaba en griego, y le dicen: “Queremos ver a Jesús” (*Jn 12, 21*). Su deseo de conocer a Dios los impulsa a querer ver a Jesús y a través de él a conocer más de cerca a Dios. “Queremos ver a Jesús”: una expresión que nos conmueve, porque todos quisiéramos verlo y conocerlo verdaderamente cada vez más.

Creo que esos griegos nos interesan por dos motivos: por una parte, su situación es también la nuestra, pues también nosotros somos peregrinos que nos preguntamos sobre Dios, que buscamos a Dios. También nosotros quisiéramos conocer a Jesús más de cerca, verlo de verdad. Sin embargo, también es verdad que, como Felipe y Andrés, deberíamos ser amigos de Jesús, amigos que lo conocen y pueden abrir a los demás el camino que lleva a él. Por eso, creo que ahora deberíamos orar así: Señor, ayúdanos a ser hombres en camino hacia ti. Señor, concédenos que podamos verte cada vez más. Ayúdanos a ser tus amigos, que abren a los demás la puerta hacia ti. San Juan no nos dice si esto llevó efectivamente a un encuentro entre Jesús y esos griegos. La respuesta de Jesús, que él nos refiere, va mucho más allá de ese momento contingente. Se trata de una doble respuesta: habla de la glorificación de Jesús, que comenzaba entonces: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo de hombre” (*Jn 12, 23*). El Señor explica este concepto de la glorificación con la parábola del grano de

trigo: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (*Jn 12, 24*). De hecho, el grano de trigo debe morir, en cierto modo romperse en la tierra, para absorber en sí las fuerzas de la tierra y así llegar a ser tallo y fruto.

Por lo que concierne al Señor, ésta es la parábola de su propio misterio. Él mismo es el grano de trigo venido de Dios, el grano de trigo divino, que se deja caer en tierra, que se deja romper en la muerte y, precisamente de esta forma, se abre y puede dar fruto en todo el mundo. Ya no se trata sólo de un encuentro con esta o aquella persona por un momento. Ahora, en cuanto resucitado, es “nuevo” y rebasa los límites espaciales y temporales. Ahora llega de verdad a los griegos. Ahora se les muestra y habla con ellos, y ellos hablan con él; así nace la fe, crece la Iglesia a partir de todos los pueblos, la comunidad de Jesucristo resucitado, que se convertirá en su cuerpo vivo, fruto del grano de trigo. En esta parábola, encontramos también una referencia al misterio de la Eucaristía: él, que es el grano de trigo, cae en tierra y muere.

Así nace la santa multiplicación del pan en la Eucaristía, en la que él se convierte en pan para los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares.

Lo que aquí, en esta parábola cristológica, el Señor dice de sí mismo, lo

aplica a nosotros en otros dos versículos: “El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna” (*Jn* 12, 25). Creo que, cuando escuchamos esto, en un primer momento no nos agrada. Quisiéramos decir al Señor: “Pero, ¿qué dices, Señor? ¿Debemos odiar nuestra vida, odiarnos a nosotros mismos? ¿Nuestra vida no es un don de Dios? ¿No hemos sido creados a tu imagen? ¿No deberíamos estar agradecidos y alegres porque nos has dado la vida?”. Pero la palabra de Jesús tiene otro significado. Naturalmente, el Señor nos ha dado la vida, y por ello le estamos agradecidos. Gratitud y alegría son actitudes fundamentales de la existencia cristiana. Sí, podemos estar alegres porque sabemos que mi vida procede de Dios. No es una casualidad sin sentido. Soy querido y soy amado. Cuando Jesús dice que deberíamos odiar nuestra propia vida, quiere decir algo muy diferente. Piensa en dos actitudes fundamentales. La primera es la de quien quiere tener para sí mismo su propia vida, de quien considera su vida casi como una propiedad suya, de quien se considera a sí mismo como una propiedad suya, por lo cual quiere disfrutar al máximo de esta vida, vivirla intensamente sólo para sí mismo. Quien actúa así, quien vive para sí mismo, y sólo piensa y se quiere a sí mismo, no se encuentra, se pierde. Y es precisamente lo contrario: no tomar la vida, sino darla. Esto es lo que nos dice el Señor. Y no es que tomando la vida para nosotros, la recibamos, sino dándola, yendo más

allá de nosotros mismos, no mirándonos a nosotros mismos, sino entregándonos al otro en la humildad del amor, dándole nuestra vida a él y a los demás. Así nos enriquecemos alejándonos de nosotros mismos, liberándonos de nosotros mismos. Entregando la vida, y no tomándola, recibimos de verdad la vida.

El Señor prosigue, afirmando en un segundo versículo: “Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre lo honrará” (*Jn* 12, 26). Este entregarse, que en realidad es la esencia del amor, es idéntico a la cruz. En efecto, la cruz no es más que esta ley fundamental del grano de trigo que muere, la ley fundamental del amor: que nosotros sólo llegamos a ser nosotros mismos cuando nos entregamos. Sin embargo, el Señor añade que este entregarse, este aceptar la cruz, este alejarse de sí mismos, es estar con él, pues nosotros, yendo en pos de él y siguiendo el camino del grano de trigo, encontramos el camino del amor, que en un primer momento parece un camino de tribulación y de sufrimiento, pero precisamente por eso es el camino de la salvación.

El seguimiento, el estar con él, que es el camino, la verdad y la vida, forma parte del camino de la cruz, que es el camino del amor, del perderse y del entregarse. Este concepto incluye también el hecho de que este seguimiento se realiza en el “nosotros”, que

ninguno de nosotros tiene su propio Cristo, su propio Jesús, sino que sólo lo podemos seguir si caminamos todos juntos con él, entrando en este “nosotros” y aprendiendo con él su amor que entrega. El seguimiento se realiza en este “nosotros”. El “ser nosotros” en la comunidad de sus discípulos forma parte del ser cristianos. Y esto nos plantea la cuestión del ecumenismo: la tristeza por haber roto este “nosotros”, por haber subdividido el único camino en muchos caminos, pues así se ofusca el testimonio que deberíamos dar, y el amor no puede encontrar su expresión plena.

¿Qué deberíamos decir al respecto? Hoy escuchamos muchas quejas por el hecho de que el ecumenismo habría llegado a una situación de estancamiento, acusaciones mutuas. A pesar de ello, yo creo que ante todo deberíamos estar agradecidos por la gran unidad que ya existe. Es hermoso que hoy, domingo *Laetare*, podamos orar juntos, entonar los mismos himnos, escuchar la misma Palabra de Dios, explicarla y tratar de comprenderla juntos; que miremos al único Cristo que vemos y al que queremos pertenecer, y que de este modo ya demos testimonio de que él es el único, el que nos ha llamado a todos, y al que, en lo más profundo, todos pertenecemos. Creo que, sobre todo, deberíamos mostrar al mundo esto: no contiendas y conflictos de todo tipo, sino alegría y gratitud por el hecho de que el Señor nos da esto y porque existe una unidad real, que puede llegar a

ser cada vez más profunda y que debe ser cada vez más un testimonio de la Palabra de Cristo, del camino de Cristo en este mundo.

Naturalmente, no debemos contentarnos con esto, aunque debemos estar llenos de gratitud por estar juntos. Sin embargo, el hecho de que en cosas esenciales, en la celebración de la santa Eucaristía no podemos beber del mismo cáliz, no podemos estar en torno al mismo altar, nos debe llenar de tristeza porque llevamos esta culpa, porque ofuscamos este testimonio. Nos debe dejar intranquilos interiormente, en el camino hacia una mayor unidad, conscientes de que, en el fondo, sólo el Señor puede dárnosla, porque una unidad concordada por nosotros sería obra humana y, por tanto, frágil, como todo lo que realizan los hombres. Nosotros nos entregamos a él, tratamos de conocerlo y amarlo cada vez más, de verlo, y dejamos que él nos lleve así verdaderamente a la unidad plena, por la cual oramos a él con todo apremio en este momento.

Queridos amigos, una vez más deseo expresar mi agradecimiento por esta invitación, que me habéis hecho; por la cordialidad con la que me habéis acogido -y también por sus palabras, señora Esch-. Demos gracias por haber podido orar y cantar juntos. Oremos los unos por los otros. Oremos juntos para que el Señor nos conceda la unidad y ayude al mundo para que crea. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,  
a los miembros de la Unión de  
Industriales de Roma***

*Sala Clementina. Jueves 18 marzo de  
2010.*

*Estimado presidente; ilustres señores y  
señoras:*

Me alegra daros una cordial bienvenida a cada uno de vosotros, en la víspera de la fiesta de san José, que es un ejemplo para todos aquellos que actúan en el mundo del trabajo. Dirijo mi deferente saludo al presidente de la Unión de industriales y empresas de Roma, Aurelio Regina, agradeciéndole las amables palabras que me ha dirigido. Saludo también a la Junta y al Consejo directivo de la agrupación.

La realidad empresarial romana, formada en gran parte por pequeñas y medianas empresas, es una de las más importantes asociaciones territoriales pertenecientes a la Confindustria, que hoy actúa -como otras entidades- en un contexto caracterizado por la globalización, por los efectos negativos de la reciente crisis financiera, y por la llamada “financiarización” de la economía y de las propias empresas. Se trata de una situación compleja, porque la crisis actual ha puesto a dura prueba los sistemas económicos y productivos de los distintos países. Sin embargo, es preciso vivirla con confianza, porque se puede conside-

rar una oportunidad desde el punto de vista de la revisión de los modelos de desarrollo y de una nueva organización del mundo de las finanzas, un “tiempo nuevo” -como se ha dicho- de profunda reflexión.

En la encíclica social, *Caritas in veritate*, observé que venimos de una fase de desarrollo en la que se ha privilegiado lo que es material y técnico respecto a lo que es ético y espiritual, y animé a poner en el centro de la economía y de las finanzas a la persona (cf. n. 25), que Cristo revela en su dignidad más profunda. Proponiendo, además, que la política no esté subordinada a los mecanismos financieros, solicité la reforma y la creación de ordenamientos jurídicos y políticos internacionales (cf. n. 67), proporcionados a las estructuras globales de la economía y de las finanzas, para conseguir más eficazmente el bien común de la familia humana. Siguiendo los pasos de mis predecesores, subrayé que el aumento del desempleo, especialmente juvenil, el empobrecimiento económico de muchos trabajadores y la aparición de nuevas formas de esclavitud, exigen como objetivo prioritario el acceso a un trabajo digno para todos (cf. nn. 32 y 63). Lo que guía a la Iglesia, al hacerse promotora de semejante meta, es el convencimiento de que el trabajo es un bien para el hombre, para la familia y para la sociedad, y es fuente de libertad y de responsabilidad. Para alcanzar estos objetivos,



obviamente han de involucrarse, junto con otros sujetos sociales, los empresarios, a los que es preciso alentar particularmente en su compromiso al servicio de la sociedad y del bien común.

Nadie ignora cuántos sacrificios hay que afrontar para abrir o mantener la propia empresa en el mercado, como “comunidad de personas” que produce bienes y servicios y que, por tanto, no tiene como único objetivo el lucro, aunque sea necesario. En particular, las pequeñas y medianas empresas necesitan cada vez más financiación, mientras que el crédito parece menos accesible y es muy fuerte la competencia en los mercados globalizados, especialmente por parte de aquellos países donde no existen -o son mínimos- los sistemas de protección social para los trabajadores. Como consecuencia, el elevado coste del trabajo conlleva una pérdida de competitividad en los productos y servicios, y se requieren grandes sacrificios para no despedir a los propios empleados y permitirles la actualización profesional.

En ese contexto, es importante saber vencer la mentalidad individualista y materialista que sugiere desviar las inversiones de la economía real para privilegiar el uso de los propios capitales en mercados financieros, con vistas a rendimientos más fáciles y rápidos. Me permito recordar que, en cambio, los caminos más seguros para contrastar la decadencia del sistema empresarial del

propio territorio consisten en entrar en red con otras realidades sociales, invertir en investigación e innovación, no practicar una competencia injusta entre empresas, no olvidar los propios deberes sociales e incentivar una productividad de calidad para responder a las necesidades reales de la gente. Existen varias evidencias de que la vida de una empresa depende de su atención a todos los sujetos con los que entabla relaciones, del carácter ético de su proyecto y de su actividad. La misma crisis financiera ha mostrado que dentro de un mercado sacudido por quiebras en cadena, han resistido los sujetos económicos capaces de atenerse a comportamientos morales y atentos a las necesidades del propio territorio. El éxito del empresariado italiano, especialmente en algunas regiones, siempre se ha caracterizado por la importancia asignada a la red de relaciones que ha sabido tejer con los trabajadores y con las demás realidades empresariales, mediante relaciones de colaboración y confianza recíproca. La empresa puede ser vital y producir “riqueza social” si tanto los empresarios como los gerentes tienen una mirada previsor, que prefiere la inversión a largo plazo a los beneficios especulativos y que promueve la innovación en lugar de pensar en acumular riqueza sólo para sí mismos.

El empresario atento al bien común está llamado a ver siempre su actividad en el marco de un todo plural. Ese enfoque genera, mediante la dedicación personal y la fraternidad vi-



vida concretamente en las opciones económicas y financieras, un mercado más competitivo y a la vez más civil, animado por el espíritu de servicio. Está claro que una lógica de empresa de este tipo presupone ciertas motivaciones, una cierta visión del hombre y de la vida; es decir, un humanismo que nazca de la conciencia de estar llamados como individuos y como comunidad a formar parte de la única familia de Dios, que nos ha creado a su imagen y semejanza y nos ha redimido en Cristo; un humanismo que avive la caridad y se deje guiar por la verdad; un humanismo abierto a Dios y precisamente por eso abierto al hombre y a una vida entendida como tarea solidaria y alegre (cf. n. 78). El desarrollo, en cualquier sector de la existencia humana, implica también la apertura a lo trascendente, a la dimensión espiritual de la vida, a la confianza en Dios, al amor, a la fraternidad, a la acogida, a la justicia, a la paz (cf. n. 79). Me complace subrayar todo esto durante el tiempo de Cuaresma, un tiempo propicio para la revisión de las propias actitudes profundas y para preguntarse sobre la coherencia entre los fines a los que tendemos y los medios que utilizamos.

Estimados señores y señoras, os dejo estas reflexiones. Os agradezco vuestra visita y os deseo todo bien para la actividad económica, al igual que para la asociativa; y de buen grado os imparto mi bendición a vosotros y a vuestros seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el concierto con ocasión de su onomástico***

*Sala Clementina. Viernes, 19 de marzo de 2010*

*Queridos amigos:*

Al término de una escucha tan intensa y espiritualmente profunda, lo mejor sería guardar silencio y prolongar la meditación. Con todo, me alegra dirigiros un saludo y agradeceros a cada uno vuestra presencia en el día de mi fiesta onomástica, de modo particular a cuantos me han ofrecido este gratísimo regalo. Expreso mi cordial agradecimiento al cardenal Tarcisio Bertone, mi secretario de Estado, por las hermosas palabras que me ha dirigido. Saludo con afecto a los demás cardenales, al cardenal decano Sodano, así como a los obispos y prelados presentes. Manifiesto mi gratitud en especial a los músicos, empezando por el maestro José Peris Lacasa, compositor estrechamente vinculado a la Casa Real española. Tiene el mérito de haber elaborado una versión de *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz* de Franz Joseph Haydn, que retoma la versión para cuarteto de cuerda y la realizada en forma de oratorio, escritas todas por el propio Haydn. Me congratulo también con el Cuarteto Henschel por la notable ejecución, y con la señora Susanne Kelling, que ha puesto su extraordinaria voz al servicio de las palabras santas del Señor Jesús.

La elección de esta obra ha sido realmente acertada. De hecho, si por una parte su austera belleza es digna de la solemnidad de san José -cuyo nombre llevaba también el insigne compositor-; por otra, su contenido es muy adecuado al tiempo cuaresmal; más aún, nos debe predisponer a vivir el Misterio central de la fe cristiana. *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz* es, de hecho, uno de los ejemplos más sublimes, en el campo musical, de cómo se pueden unir el arte y la fe. La invención del músico está plenamente inspirada y casi “dirigida” por los textos evangélicos, que culminan en las palabras pronunciadas por Jesús crucificado, antes de exhalar el último suspiro. Pero, más que del texto, el compositor estaba sujeto también a las condiciones precisas exigidas por quienes le encargaron la obra, dictadas para el tipo particular de celebración en el que la música sería ejecutada. Y precisamente a partir de estos condicionamientos tan estrechos el genio creativo pudo manifestarse en toda su excelencia: teniendo que imaginar siete sonatas de carácter dramático y meditativo, Haydn se centra en la intensidad, como escribió él mismo en una carta de la época, donde dice: “Cada sonata, o cada texto, está expresado únicamente con los medios de la música instrumental, de forma tal que suscitará necesariamente la impresión más profunda en el alma del oyente, incluso del menos atento” (*Carta a W. Forster*, 8 de abril de 1787).

Hay aquí algo parecido a la labor del escultor, que debe modelar constante-

mente la materia sobre la que trabaja -pensemos en el mármol de la Piedad de Miguel Ángel-, y con todo consigue que esa materia hable, que surja una síntesis singular e irrepetible de pensamiento y de emoción, una expresión artística absolutamente original, pero que, al mismo tiempo, está totalmente al servicio de ese preciso contenido de fe, está como dominada por el acontecimiento que representa, en nuestro caso por las siete palabras y por su contexto.

Aquí se esconde una ley universal de la expresión artística: saber comunicar una belleza, que es también un bien y una verdad, a través de un medio sensible: una pintura, una música, una escultura, un texto escrito, una danza, etc. Bien mirado, es la misma ley que siguió Dios para comunicarse a sí mismo a nosotros y para comunicarnos su amor: se encarnó en nuestra carne humana y realizó la mayor obra de arte de toda la creación: “el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús”, como escribe san Pablo (*1 Tm 2, 5*). Cuanto más “dura” es la materia, tanto más estrechos son los vínculos de la expresión y más resalta el genio del artista. Así, en la “dura” cruz Dios pronunció en Cristo la Palabra de amor más bella y más verdadera, que es Jesús en su entrega plena y definitiva: él es la última Palabra de Dios, no en sentido cronológico, sino cualitativo. Es la Palabra universal, absoluta, pero fue pronunciada en ese hombre concreto, en ese tiempo y en ese lugar,

en esa “hora”, dice el Evangelio de san Juan. Esta vinculación a la historia, a la carne, es signo por excelencia de fidelidad, de un amor tan libre que no tiene miedo de vincularse para siempre, de expresar el infinito en lo finito, el todo en el fragmento. Esta ley, que es la ley del amor, es también la ley del arte en sus expresiones más altas.

Queridos amigos, quizás he ido demasiado lejos con esta reflexión, pero la culpa -o tal vez el mérito- es de Franz Joseph Haydn. Demos gracias al Señor por estos grandes genios artísticos, que han sabido y querido medirse con su Palabra, Jesucristo, y con sus palabras, las Sagradas Escrituras. Renuevo mi agradecimiento a cuantos han ideado y preparado este homenaje: que el Señor recompense abundantemente a cada uno.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro preparatorio de la XXV Jornada Mundial de la Juventud***

*Plaza de San Pedro. Jueves, 25 de marzo de 2010*

**P.** *Santo Padre, el joven del Evangelio preguntó a Jesús: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?”. Yo no sé qué es la vida eterna. No logro imaginármela, pero sé una cosa: que no quiero desperdiciar mi vida, quiero vivirla a fondo y no yo sola.*

*Tengo miedo de que esto no suceda así, tengo miedo de pensar sólo en mí misma, de equivocarme en todo y de encontrarme sin una meta que alcanzar, viviendo al día. ¿Es posible hacer de mi vida algo hermoso y grande?*

Queridos jóvenes, antes de responder a la pregunta quiero daros las gracias de corazón por vuestra presencia, por este maravilloso testimonio de la fe, de querer vivir en comunión con Jesús, por vuestro entusiasmo al seguir a Jesús y vivir bien. ¡Gracias!

Y ahora respondo a la pregunta. Ella ha dicho que no sabe lo que es la vida eterna y que no logra imaginársela. Ninguno de nosotros puede imaginar la vida eterna, porque está fuera de nuestra experiencia. Sin embargo, podemos comenzar a comprender qué es la vida eterna, y pienso que ella, con su pregunta, nos ha hecho una descripción de lo esencial de la vida eterna, es decir, de la verdadera vida: no desperdiciar la vida, vivirla en profundidad, no vivir para uno mismo, no vivir al día, sino vivir realmente la vida en su riqueza y en su totalidad. ¿Cómo hacerlo? Ésta es la gran pregunta, con la cual también el joven rico del Evangelio acudió al Señor (cf. *Mc* 10, 17). A primera vista, la respuesta del Señor parece muy tajante. A fin de cuentas, le dice: guarda los mandamientos (cf. *Mc* 10, 19). Pero si reflexionamos bien, si escuchamos bien al Señor, en la globalidad del Evangelio, encontramos detrás la gran sabiduría de la Palabra de Dios, de Je-

sús. Los mandamientos, según otra Palabra de Jesús, se resumen en un único mandamiento: amar a Dios con toda el alma, con toda la mente, con toda la existencia, y amar al prójimo como a sí mismo. Amar a Dios supone conocer a Dios, reconocer a Dios. Y éste es el primer paso que debemos dar: tratar de conocer a Dios. Y así sabemos que nuestra vida no existe por casualidad, no es una casualidad. Dios ha querido mi vida desde la eternidad. Soy amado, soy necesario. Dios tiene un proyecto para mí en la totalidad de la historia; tiene un proyecto precisamente para mí. Mi vida es importante y también necesaria. El amor eterno me ha creado en profundidad y me espera. Por lo tanto, éste es el primer punto: conocer, tratar de conocer a Dios y entender así que la vida es un don, que vivir es un bien. Luego, lo esencial es el amor. Amar a este Dios que me ha creado, que ha creado este mundo, que gobierna entre todas las dificultades del hombre y de la historia, y que me acompaña. Y amar al prójimo.

Los diez mandamientos a los que hace referencia Jesús en su respuesta son sólo una especificación del mandamiento del amor. Son, por decirlo así, reglas del amor, indican el camino del amor con estos puntos esenciales: la familia, como fundamento de la sociedad; la vida, que es preciso respetar como don de Dios; el orden de la sexualidad, de la relación entre un hombre y una mujer; el orden social y, finalmente, la verdad. Estos elemen-

tos esenciales especifican el camino del amor, explicitan cómo amar realmente y cómo encontrar el camino recto. Por tanto, Dios tiene una voluntad fundamental para todos nosotros, que es idéntica para todos nosotros. Pero su aplicación es distinta en cada vida, porque Dios tiene un proyecto preciso para cada hombre. San Francisco de Sales dijo una vez: la perfección -es decir, ser buenos, vivir la fe y el amor- es substancialmente una, pero con formas muy distintas. Son muy distintas la santidad de un monje cartujo y la de un hombre político, la de un científico o la de un campesino, etc. Así, para cada hombre Dios tiene su proyecto y yo debo encontrar, en mis circunstancias, mi modo de vivir esta voluntad única y común de Dios, cuyas grandes reglas están indicadas en estas explicitaciones del amor. Por tanto, tratar de cumplir lo que es la esencia del amor, es decir, no tomar la vida para mí, sino dar la vida; no “quedarme” con la vida, sino hacer de la vida un don; no buscarme a mí mismo, sino dar a los demás. Esto es lo esencial, e implica renuncias, es decir, salir de mí mismo y no buscarme a mí mismo. Y encuentro la verdadera vida precisamente no buscándome a mí, sino dándome para las cosas grandes y verdaderas. Así cada uno encontrará, en su vida, las distintas posibilidades: comprometerse en el voluntariado, en una comunidad de oración, en un movimiento, en la acción de su parroquia, en la propia profesión. Encontrar mi vocación y vivirla en todo lugar es importante y funda-

mental, tanto si soy un gran científico como si soy un campesino. Todo es importante a los ojos de Dios: es bello si se vive a fondo con el amor que realmente redime al mundo.

Al final, quiero contaros una pequeña anécdota de santa Josefina Bakhita, la pequeña santa africana que en Italia encontró a Dios y a Cristo, y que siempre me impresiona mucho. Era monja en un convento italiano y, un día, el obispo del lugar visita ese monasterio, ve a esta pequeña monja negra, de la cual parece no saber nada y dice: “Hermana, ¿qué hace usted aquí?” Y Bakhita responde: “Lo mismo que usted, excelencia”. El obispo visiblemente irritado dice: “Hermana, ¿cómo que hace lo mismo que yo?”. “Sí -dice la religiosa-, ambos queremos hacer la voluntad de Dios, ¿no es así?”. Al final, éste es el punto esencial: conocer, con la ayuda de la Iglesia, de la Palabra de Dios y de los amigos, la voluntad de Dios, tanto en sus grandes líneas, comunes para todos, como en mi vida personal concreta. Así la vida, quizá no es demasiado fácil, pero se convierte en una vida hermosa y feliz. Pidamos al Señor que nos ayude siempre a encontrar su voluntad y a seguirla con alegría.

**P.** *El Evangelio nos ha dicho que Jesús fijó su mirada en ese joven y lo amó. Santo Padre, ¿qué significa ser mirados con amor por Jesús? ¿Cómo podemos hacer esta experiencia también nosotros hoy? ¿Es realmente posible vivir esta experiencia también en esta vida de hoy?*

Naturalmente yo diría que sí, porque el Señor siempre está presente y nos mira a cada uno de nosotros con amor. Sólo que nosotros debemos encontrar esa mirada y encontrarnos con él. ¿Cómo? Creo que el primer punto para encontrarnos con Jesús, para experimentar su amor, es conocerlo. Conocer a Jesús implica distintos caminos. Una primera condición es conocer la figura de Jesús tal como se nos presenta en los Evangelios, que nos proporcionan un retrato muy rico de la figura de Jesús; en las grandes parábolas, como en la del hijo pródigo, en la del samaritano, en la de Lázaro, etc. En todas las parábolas, en todas sus palabras, en el sermón de la montaña, encontramos realmente el rostro de Jesús, el rostro de Dios hasta la cruz donde, por amor a nosotros, se da totalmente hasta la muerte y al final puede decir: “En tus manos, Padre, pongo mi vida, mi alma” (cf. Lc 23, 46).

Por lo tanto: conocer, meditar sobre Jesús junto con los amigos, con la Iglesia, y conocer a Jesús no sólo de modo académico, teórico, sino con el corazón, es decir, hablar con Jesús en la oración. No puedo conocer a una persona del mismo modo que estudio matemáticas. Para las matemáticas es necesaria y suficiente la razón, pero para conocer a una persona, sobre todo la gran persona de Jesús, Dios y hombre, hace falta la razón pero, al mismo tiempo, también el corazón. Sólo abriéndole el corazón a él, sólo con el conocimiento del conjunto de lo que dijo e hizo, con nuestro amor,

con nuestro ir hacia él, podemos ir conociéndolo cada vez más y así también hacer la experiencia de ser amados.

Por tanto: escuchar la Palabra de Jesús, escucharla en la comunión de la Iglesia, en su gran experiencia y responder con nuestra oración, con nuestro diálogo personal con Jesús, en el que le hablamos de lo que no entendemos, de nuestras necesidades y de nuestras preguntas. En un diálogo verdadero, podemos encontrar cada vez más este camino del conocimiento, que se convierte en amor. Naturalmente forma parte del camino hacia Jesús no sólo pensar, no sólo rezar, sino también hacer: obrar el bien, comprometerse en favor del prójimo. Hay distintos caminos; cada uno conoce sus posibilidades, en la parroquia y en la comunidad en la que vive, para comprometerse también con Cristo y por los demás, por la vitalidad de la Iglesia, para que la fe sea verdaderamente una fuerza formativa de nuestro ambiente y, así, de nuestro tiempo. Por consiguiente, yo diría estos elementos: escuchar, responder, entrar en la comunidad creyente, comunión con Cristo en los sacramentos, donde se da a nosotros, tanto en la Eucaristía como en la Confesión, etc., y, por último, hacer, realizar las palabras de la fe de modo que se conviertan en fuerza de mi vida, y también a mí se muestra verdaderamente la mirada de Jesús y su amor me ayuda, me transforma.

*P. Jesús invitó al joven rico a dejarlo todo y a seguirlo, pero él se marchó triste.*

*También a mí, igual que a él, me cuesta seguirlo, porque tengo miedo de dejar mis cosas y a veces la Iglesia me pide renuncias difíciles. Santo Padre, ¿cómo puedo encontrar la fuerza para las decisiones valientes, y quién me puede ayudar?*

Comencemos con esta palabra dura para nosotros: renuncias. Las renuncias son posibles y, al final, son incluso bellas si tienen un porqué y si este porqué justifica también la dificultad de la renuncia. San Pablo usó, en este contexto, la imagen de las olimpiadas y de los atletas que compiten en las olimpiadas (cf. *1 Co 9, 24-25*). Dice: ellos, para conseguir finalmente la medalla -en aquel tiempo la corona- deben vivir una disciplina muy dura, deben renunciar a muchas cosas, deben entrenarse en el deporte que practican y hacen grandes sacrificios y renuncias porque tienen una motivación, y vale la pena. Aunque al final quizá no estén entre los vencedores, vale la pena haberse sometido a una disciplina y haber sido capaz de hacer estas cosas con cierta perfección. Lo que vale, con esta imagen de san Pablo, para las olimpiadas, para todo el deporte, vale también para todas las demás cosas de la vida. Una buena vida profesional no se puede alcanzar sin renuncias, sin una preparación adecuada, que siempre exige una disciplina, exige renunciar a algo, y así en todo, también en el arte y en todos los aspectos de la vida. Todos comprendemos que para alcanzar un objetivo, tanto profesional como deportivo, tanto artístico como cultural, debemos renunciar, aprender

para avanzar. También el arte de vivir, de ser uno mismo, el arte de ser hombre exige renunciaciones, y las verdaderas renunciaciones, que nos ayudan a encontrar el camino de la vida, el arte de la vida, se nos indican en la Palabra de Dios y nos ayudan a no caer -digamos- en el abismo de la droga, del alcohol, de la esclavitud de la sexualidad, de la esclavitud del dinero, de la pereza.

Todas estas cosas, en un primer momento, parecen actos de libertad, pero en realidad no son actos de libertad, sino el inicio de una esclavitud cada vez más insuperable. Lograr renunciar a la tentación del momento, avanzar hacia el bien crea la verdadera libertad y hace que la vida sea valiosa. En este sentido, me parece, debemos ver que sin un “no” a ciertas cosas no crece el gran “sí” a la verdadera vida, como la vemos en las figuras de los santos. Pensemos en

san Francisco, pensemos en los santos de nuestro tiempo, en la madre Teresa, en don Gnocchi y en tantos otros, que han renunciado y han vencido, y no sólo han llegado a ser libres ellos mismos, sino que se han convertido también en una riqueza para el mundo y nos muestran cómo se puede vivir.

De modo que a la pregunta “quién me ayuda”, yo diría que nos ayudan las grandes figuras de la historia de la Iglesia, nos ayuda la Palabra de Dios, nos ayuda la comunidad parroquial, el movimiento, el voluntariado, etc. Y nos ayudan las amistades de hombres que “van delante de nosotros”, que ya han avanzado en el camino de la vida y que pueden convencernos de que caminar así es el camino apropiado. Pidamos al Señor que nos dé siempre amigos, comunidades que nos ayuden a ver el camino del bien y a encontrar así la vida bella y gozosa.

## HOMILIAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Santa Misa durante la visita  
pastoral a la parroquia romana de  
San Juan de la Cruz***

*Domingo, 7 de marzo de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas:*

“Convertíos, dice el Señor, porque está cerca el reino de los cielos” hemos

proclamado antes del Evangelio de este tercer domingo de Cuaresma, que nos presenta el tema fundamental de este “tiempo fuerte” del año litúrgico: la invitación a la conversión de nuestra vida y a realizar obras de penitencia dignas. Jesús, como hemos escuchado, evoca dos episodios de sucesos: una represión brutal de la policía romana dentro del templo (cf. Lc 13, 1) y la tragedia de dieciocho muertos al derrumbarse la



torre de Siloé (v. 4). La gente interpreta estos hechos como un castigo divino por los pecados de sus víctimas, y, considerándose justa, cree estar a salvo de esa clase de incidentes, pensando que no tiene nada que convertir en su vida. Pero Jesús denuncia esta actitud como una ilusión: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo” (vv. 2-3). E invita a reflexionar sobre esos acontecimientos, para un compromiso mayor en el camino de conversión, porque es precisamente el hecho de cerrarse al Señor, de no recorrer el camino de la conversión de uno mismo, que lleva a la muerte, la del alma. En Cuaresma, Dios nos invita a cada uno de nosotros a dar un cambio de rumbo a nuestra existencia, pensando y viviendo según el Evangelio, corrigiendo algunas cosas en nuestro modo de rezar, de actuar, de trabajar y en las relaciones con los demás. Jesús nos llama a ello no con una severidad sin motivo, sino precisamente porque está preocupado por nuestro bien, por nuestra felicidad, por nuestra salvación. Por nuestra parte, debemos responder con un esfuerzo interior sincero, pidiéndole que nos haga entender en qué puntos en particular debemos convertirnos.

La conclusión del pasaje evangélico retoma la perspectiva de la misericordia, mostrando la necesidad y la urgencia de volver a Dios, de renovar la vida

según Dios. Refiriéndose a un uso de su tiempo, Jesús presenta la parábola de una higuera plantada en una viña; esta higuera resulta estéril, no da frutos (cf. *Lc* 13, 6-9). El diálogo entre el dueño y el viñador, manifiesta, por una parte, la misericordia de Dios, que tiene paciencia y deja al hombre, a todos nosotros, un tiempo para la conversión; y, por otra, la necesidad de comenzar en seguida el cambio interior y exterior de la vida para no perder las ocasiones que la misericordia de Dios nos da para superar nuestra pereza espiritual y corresponder al amor de Dios con nuestro amor filial.

También san Pablo, en el pasaje que hemos escuchado, nos exhorta a no hacernos ilusiones: no basta con haber sido bautizados y comer en la misma mesa eucarística, si no vivimos como cristianos y no estamos atentos a los signos del Señor (cf. *1 Co* 10, 1-4).

Queridos hermanos y hermanas de la parroquia de San Juan de la Cruz, estoy muy contento de estar entre vosotros hoy, para celebrar con vosotros el día del Señor. Saludo cordialmente al cardenal vicario, al obispo auxiliar del sector, a vuestro párroco, don Enrico Gemma, a quien agradezco las hermosas palabras que me ha dirigido en nombre de todos, y a los demás sacerdotes que lo coadyuvan. Quiero extender mi saludo a todos los habitantes del barrio, especialmente a los ancianos, los enfermos, las personas solas y que pasan dificultades. Los recuerdo al



Señor a todos y cada uno en esta santa misa.

Sé que vuestra parroquia es una comunidad joven. De hecho, comenzó su actividad pastoral en 1989, durante un periodo de doce años en un local provisorio, y después en el complejo parroquial nuevo. Ahora que tenéis un edificio sagrado nuevo, mi visita desea alentáros a construir cada vez mejor esa Iglesia de piedras vivas que sois vosotros. Sé que la experiencia de los primeros doce años ha marcado un estilo de vida que permanece todavía hoy. La falta de estructuras adecuadas y de tradiciones consolidadas os ha impulsado a encomendaros a la fuerza de la Palabra de Dios, que ha sido lámpara para el camino y ha dado frutos concretos de conversión, de participación en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía dominical, y de servicio. Os exhorto a hacer de esta Iglesia un lugar en el que se aprende cada vez mejor a escuchar al Señor que nos habla en las sagradas Escrituras. Que sean siempre el centro vivificante de la vuestra comunidad, para que esta sea escuela continua de vida cristiana, de la que parte toda actividad pastoral.

La construcción del nuevo templo parroquial os ha impulsado a un compromiso apostólico coral, con una especial atención al campo de la catequesis y de la liturgia. Me alegro de los esfuerzos pastorales que estáis realizando. Sé que varios grupos de fieles se reúnen para rezar, formarse en la escuela

del Evangelio, participar en los sacramentos -sobre todo de la Penitencia y de la Eucaristía- y vivir esa dimensión esencial para la vida cristiana que es la caridad. Pienso con gratitud en cuantos contribuyen a que las celebraciones litúrgicas sean más vivas y participadas, y también a cuantos, con la Cáritas parroquial y el grupo de san Egidio, intentan responder a las numerosas exigencias del territorio, especialmente a las de los más pobres y necesitados. Pienso, por último, en las encomiables iniciativas a favor de las familias, de la educación cristiana de los hijos y de todos los que frecuentan el oratorio.

Desde su nacimiento, esta parroquia se ha abierto a los movimientos y a las nuevas comunidades eclesiales, madurando así una amplia conciencia de Iglesia y experimentando nuevas formas de evangelización. Os exhorto a proseguir con valentía en esta dirección, pero comprometiéndoos a implicar a todas las realidades presentes en un proyecto pastoral unitario. Me alegra saber que vuestra comunidad se propone promover, respetando las vocaciones y el papel de los consagrados y de los laicos, la corresponsabilidad de todos los miembros del pueblo de Dios. Como ya he recordado, esto exige un cambio de mentalidad, sobre todo respecto de los laicos, “pasando de considerarles «colaboradores» del clero a reconocerlos realmente como «corresponsables» del ser y actuar de la Iglesia, favoreciendo así la consolidación de un laicado maduro y comprometido” (cf.

*Discurso de apertura de la Asamblea pastoral de la diócesis de Roma, 26 de mayo de 2009).*

Queridas familias cristianas, queridos jóvenes que vivís en este barrio y que frecuentáis la parroquia, dejaos llevar cada vez más por el deseo de anunciar a todos el Evangelio de Jesucristo. No esperéis que otros vengan a transmitir otros mensajes, que no llevan a la vida, más bien sed vosotros mismos misioneros de Cristo para los hermanos, donde viven, trabajan, estudian o simplemente pasan el tiempo libre. Poned en marcha también aquí una pastoral vocacional capilar y orgánica, hecha de educación de las familias y de los jóvenes a la oración y a vivir la vida como un don que proviene de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, el tiempo fuerte de la Cuaresma nos invita a cada uno de nosotros a reconocer el misterio de Dios, que se hace presente en nuestra vida, como hemos escuchado en la primera lectura. Moisés ve en el desierto una zarza que arde, pero no se consume. En un primer momento, impulsado por la curiosidad, se acerca para ver este acontecimiento misterioso y entonces de la zarza sale una voz que lo llama, diciendo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob” (*Ex 3, 6*). Y es precisamente este Dios quien lo manda de nuevo a Egipto con la misión de llevar al pueblo de Israel a la tierra prometida, pidiendo al faraón, en su nombre, la liberación de Israel.

En ese momento, Moisés pregunta a Dios cuál es su nombre, el nombre con el que Dios muestra su autoridad especial, para poderse presentar al pueblo y después al faraón. La respuesta de Dios puede parecer extraña; parece que responde pero no responde. Simplemente dice de sí mismo: “Yo soy el que soy”. “Él es” y esto tiene que ser suficiente. Por lo tanto, Dios no ha rechazado la petición de Moisés, manifiesta su nombre, creando así la posibilidad de la invocación, de la llamada, de la relación. Revelando su nombre Dios entabla una relación entre él y nosotros. Nos permite invocarlo, entra en relación con nosotros y nos da la posibilidad de estar en relación con él. Esto significa que se entrega, de alguna manera, a nuestro mundo humano, haciéndose accesible, casi uno de nosotros. Afronta el riesgo de la relación, del estar con nosotros. Lo que comenzó con la zarza ardiente en el desierto se cumple en la zarza ardiente de la cruz, donde Dios, ahora accesible en su Hijo hecho hombre, hecho realmente uno de nosotros, se entrega en nuestras manos y, de ese modo, realiza la liberación de la humanidad. En el Gólgota Dios, que durante la noche de la huída de Egipto, se reveló como aquél que libera de la esclavitud, se revela como Aquel que abraza a todo hombre con el poder salvífico de la cruz y de la Resurrección y lo libera del pecado y de la muerte, lo acepta en el abrazo de su amor.

Permanezcamos en la contemplación de este misterio del nombre de

Dios para comprender mejor el misterio de la Cuaresma, y vivir personalmente y como comunidad en permanente conversión, para ser en el mundo una constante epifanía, testimonio del Dios vivo, que libera y salva por amor. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor***

*Plaza de San Pedro. XXV Jornada Mundial de la Juventud. Domingo, 28 de marzo de 2010*

*Queridos hermanos y hermanas; queridos jóvenes:*

El Evangelio de la bendición de los ramos, que hemos escuchado reunidos aquí en la plaza de San Pedro, comienza diciendo que “Jesús marchaba por delante subiendo a Jerusalén” (Lc 19, 28). En seguida al inicio de la liturgia de este día, la Iglesia anticipa su respuesta al Evangelio, diciendo: “Sigamos al Señor”. Así se expresa claramente el tema del domingo de Ramos. Es el seguimiento. Ser cristianos significa considerar el camino de Cristo como el camino justo para ser hombres, como el camino que lleva a la meta, a una humanidad plenamente realizada y auténtica. De modo especial, quiero repetir a todos los jóvenes, en esta XXV Jornada mundial de la juventud, que ser cristianos es un camino, o mejor,

una peregrinación, un caminar junto a Jesucristo, un caminar en la dirección que él nos ha indicado y nos indica.

Pero ¿de qué dirección se trata? ¿Cómo se encuentra esta dirección? La frase de nuestro Evangelio nos da dos indicaciones al respecto. En primer lugar, dice que se trata de una subida. Esto tiene ante todo un significado muy concreto. Jericó, donde comenzó la última parte de la peregrinación de Jesús, se encuentra a 250 metros bajo el nivel del mar, mientras que Jerusalén -la meta del camino- está a 740-780 metros sobre el nivel del mar: una subida de casi mil metros. Pero este camino exterior es sobre todo una imagen del movimiento interior de la existencia, que se realiza en el seguimiento de Cristo: es una subida a la verdadera altura del ser hombres. El hombre puede escoger un camino cómodo y evitar toda fatiga. También puede bajar, hasta lo vulgar. Puede hundirse en el pantano de la mentira y de la deshonestidad. Jesús camina delante de nosotros y va hacia lo alto. Él nos guía hacia lo que es grande, puro; nos guía hacia el aire saludable de las alturas: hacia la vida según la verdad; hacia la valentía que no se deja intimidar por la charlatanería de las opiniones dominantes; hacia la paciencia que soporta y sostiene al otro. Nos guía hacia la disponibilidad para con los que sufren, con los abandonados; hacia la fidelidad que está de la parte del otro incluso cuando la situación se pone difícil. Guía hacia la disponibilidad a prestar ayuda; hacia

la bondad que no se deja desarmar ni siquiera por la ingratitud. Nos lleva hacia el amor, nos lleva hacia Dios.

Jesús “marchaba por delante subiendo a Jerusalén”. Si leemos estas palabras del Evangelio en el contexto del camino de Jesús en su conjunto -un camino que prosigue hasta el final de los tiempos- podemos descubrir distintos niveles en la indicación de la meta “Jerusalén”. Naturalmente, ante todo debe entenderse simplemente el lugar “Jerusalén”: es la ciudad en la que se encuentra el Templo de Dios, cuya unicidad debía aludir a la unicidad de Dios mismo. Este lugar anuncia, por tanto, dos cosas: por un lado, dice que Dios es uno solo en todo el mundo, supera inmensamente todos nuestros lugares y tiempos; es el Dios al que pertenece toda la creación. Es el Dios al que buscan todos los hombres en lo más íntimo y al que, de alguna manera, también todos conocen. Pero este Dios se ha dado un nombre. Se nos ha dado a conocer: comenzó una historia con los hombres; eligió a un hombre -Abraham- como punto de partida de esta historia. El Dios infinito es al mismo tiempo el Dios cercano. Él, que no puede ser encerrado en ningún edificio, quiere sin embargo habitar entre nosotros, estar totalmente con nosotros.

Si Jesús junto con el Israel peregrino sube hacia Jerusalén, es para celebrar con Israel la Pascua: el memorial de la liberación de Israel, memorial que, al mismo tiempo, siempre es esperanza de

la libertad definitiva, que Dios dará. Y Jesús va hacia esta fiesta consciente de que él mismo es el Cordero en el que se cumplirá lo que dice al respecto el *libro del Éxodo*: un cordero sin defecto, macho, que al ocaso, ante los ojos de los hijos de Israel, es inmolado “como rito perenne” (cf. *Ex* 12, 5-6.14). Y, por último, Jesús sabe que su camino irá más allá: no acabará en la cruz. Sabe que su camino rasgará el velo entre este mundo y el mundo de Dios; que él subirá hasta el trono de Dios y reconciliará a Dios y al hombre en su cuerpo. Sabe que su cuerpo resucitado será el nuevo sacrificio y el nuevo Templo; que en torno a él, con los ángeles y los santos, se formará la nueva Jerusalén que está en el cielo y, sin embargo, también ya en la tierra, porque con su pasión él abrió la frontera entre cielo y tierra. Su camino lleva más allá de la cima del monte del Templo, hasta la altura de Dios mismo: esta es la gran subida a la cual nos invita a todos. Él permanece siempre con nosotros en la tierra y ya ha llegado a Dios; él nos guía en la tierra y más allá de la tierra.

Así, en la amplitud de la subida de Jesús se hacen visibles las dimensiones de nuestro seguimiento, la meta a la cual él quiere llevarnos: hasta las alturas de Dios, a la comunión con Dios, al estar-con-Dios. Esta es la verdadera meta, y la comunión con él es el camino. La comunión con él es estar en camino, una subida permanente hacia la verdadera altura de nuestra llamada. Caminar junto con Jesús siempre es

al mismo tiempo caminar en el “nosotros” de quienes queremos seguirlo. Nos introduce en esta comunidad. Porque el camino hasta la vida verdadera, hasta ser hombres conformes al modelo del Hijo de Dios Jesucristo supera nuestras propias fuerzas; este caminar también significa siempre ser llevados. Nos encontramos, por decirlo así, en una cordada con Jesucristo, junto a él en la subida hacia las alturas de Dios. Él tira de nosotros y nos sostiene. Integrarnos en esa cordada, aceptar que no podemos hacerla solos, forma parte del seguimiento de Cristo. Forma parte de él este acto de humildad: entrar en el “nosotros” de la Iglesia; aferrarse a la cordada, la responsabilidad de la comunión: no romper la cuerda con la testarudez y la pedantería. El humilde creer con la Iglesia, estar unidos en la cordada de la subida hacia Dios, es una condición esencial del seguimiento. También forma parte de este ser llamados juntos a la cordada el no comportarse como dueños de la Palabra de Dios, no ir tras una idea equivocada de emancipación. La humildad de “estar-con” es esencial para la subida. También forma parte de ella dejar siempre que el Señor nos tome de nuevo de la mano en los sacramentos; dejarnos purificar y corroborar por él; aceptar la disciplina de la subida, aunque estemos cansados.

Por último, debemos decir también: la cruz forma parte de la subida hacia la altura de Jesucristo, de la subida hasta la altura de Dios mismo. Al igual que

en las vicisitudes de este mundo no se pueden alcanzar grandes resultados sin renuncia y duro ejercicio; y al igual que la alegría por un gran descubrimiento del conocimiento o por una verdadera capacidad operativa va unida a la disciplina, más aún, al esfuerzo del aprendizaje, así el camino hacia la vida misma, hacia la realización de la propia humanidad está vinculado a la comunión con Aquél que subió a la altura de Dios mediante la cruz. En último término, la cruz es expresión de lo que el amor significa: sólo se encuentra quien se pierde a sí mismo.

Resumiendo: el seguimiento de Cristo requiere como primer paso despertar la nostalgia por el auténtico ser hombres y, así, despertar para Dios. Requiere también entrar en la cordada de quienes suben, en la comunión de la Iglesia. En el “nosotros” de la Iglesia entramos en comunión con el “tú” de Jesucristo y así alcanzamos el camino hacia Dios. Además, se requiere escuchar la Palabra de Jesucristo y vivirla: con fe, esperanza y amor. Así estamos en camino hacia la Jerusalén definitiva y ya desde ahora, de algún modo, nos encontramos allá, en la comunión de todos los santos de Dios.

Nuestra peregrinación siguiendo a Jesucristo no va hacia una ciudad terrena, sino hacia la nueva ciudad de Dios que crece en medio de este mundo. La peregrinación hacia la Jerusalén terrestre, sin embargo, puede ser también para nosotros, los cristianos, un ele-

mento útil para ese viaje más grande. Yo mismo atribuí a mi peregrinación a Tierra Santa del año pasado tres significados. Ante todo, pensé que a nosotros nos podía suceder en esa ocasión lo que san Juan dice al inicio de su *primera carta*: lo que hemos oído, de alguna manera lo podemos contemplar y tocar con nuestras manos (cf. *1 Jn* 1, 1). La fe en Jesucristo no es una invención legendaria. Se funda en una historia que ha acontecido verdaderamente. Esta historia nosotros, por decirlo así, la podemos contemplar y tocar. Es conmovedor encontrarse en Nazaret en el lugar donde el ángel se apareció a María y le transmitió la misión de convertirse en la Madre del Redentor. Es conmovedor estar en Belén en el lugar donde el Verbo se hizo carne, vino a habitar entre nosotros; pisar el terreno santo en el cual Dios quiso hacerse hombre y niño. Es conmovedor subir la escalera hacia el Calvario hasta el lugar en el que Jesús murió por nosotros en la cruz. Y, por último, estar ante el sepulcro vacío; rezar donde su cuerpo inerte descansó y donde, al tercer día, tuvo lugar la resurrección. Seguir los caminos exteriores de Jesús debe ayudarnos a caminar con más alegría y con una nueva certeza por el camino interior que él nos ha indicado y que es él mismo.

Pero cuando vamos a Tierra Santa como peregrinos, también vamos -y éste es el segundo aspecto- como mensajeros de la paz, con la oración por la paz; con la fuerte invitación, dirigida

a todos, a hacer en aquel lugar, que lleva en su nombre la palabra “paz”, todo lo posible a fin de que llegue a ser verdaderamente un lugar de paz. Así esta peregrinación es al mismo tiempo -como tercer aspecto- un aliento para los cristianos a permanecer en el país de sus orígenes y a comprometerse intensamente por la paz allí.

Volvamos una vez más a la liturgia del domingo de Ramos. En la oración con la que se bendicen los ramos de palma, rezamos para que en la comunión con Cristo podamos dar fruto de buenas obras. De una interpretación equivocada de san Pablo se desarrolló repetidamente, a lo largo de la historia y también hoy, la opinión de que las buenas obras no forman parte del ser cristianos, de que en cualquier caso son insignificantes para la salvación del hombre. Pero, aunque san Pablo dice que las obras no pueden justificar al hombre, con esto no se opone a la importancia del obrar correcto y, a pesar de que habla del fin de la Ley, no declara superados e irrelevantes los diez mandamientos. No es necesario ahora reflexionar sobre toda la amplitud de la cuestión que interesaba al Apóstol. Es importante observar que con el término “Ley” no entiende los diez mandamientos, sino el complejo estilo de vida mediante el cual Israel se debía proteger contra las tentaciones del paganismo. Sin embargo, ahora Cristo ha llevado a Dios a los paganos. A ellos, no se les impone esa forma de distinción. Para ellos, la Ley es únicamente Cristo.

Pero esto significa el amor a Dios y al prójimo y a todo lo que forma parte de ese amor. Forman parte de este amor los mandamientos leídos de un modo nuevo y más profundo a partir de Cristo, los mandamientos que no son sino reglas fundamentales del verdadero amor: ante todo y como principio fundamental la adoración de Dios, la primacía de Dios, que expresan los primeros tres mandamientos. Nos dicen: sin Dios no se logra nada como debe ser. A partir de la persona de Jesucristo, sabemos quién es ese Dios y cómo es. Siguen luego la santidad de la familia (cuarto mandamiento), la santidad de la vida (quinto mandamiento), el ordenamiento del matrimonio (sexto mandamiento), el ordenamiento social (séptimo mandamiento) y, por último, la inviolabilidad de la verdad (octavo mandamiento). Todo esto hoy revisite máxima actualidad y precisamente también en el sentido de san Pablo, si leemos todas sus cartas. “Dar fruto con buenas obras”: al inicio de la Semana santa pidamos al Señor que nos conceda cada vez más a todos este fruto.

Al final del Evangelio para la bendición de los ramos, escuchamos la aclamación con la que los peregrinos saludan a Jesús a las puertas de Jerusalén. Son palabras del *Salmo* 118, que originariamente los sacerdotes proclamaban desde la ciudad santa a los peregrinos, pero que, mientras tanto, se había convertido en expresión de la esperanza mesiánica: “Bendito el que viene en nombre del Señor” (*Sal* 118, 26; *Lc*

19, 38). Los peregrinos ven en Jesús al Esperado, al que viene en nombre del Señor, más aún, según el Evangelio de san Lucas, introducen una palabra más: “Bendito el que viene, el rey, en nombre del Señor”. Y prosiguen con una aclamación que recuerda el mensaje de los ángeles en Navidad, pero lo modifican de una manera que hace reflexionar. Los ángeles habían hablado de la gloria de Dios en las alturas y de la paz en la tierra para los hombres a los que Dios ama. Los peregrinos en la entrada de la ciudad santa dicen: “Paz en el cielo y gloria en las alturas”. Saben muy bien que en la tierra no hay paz. Y saben que el lugar de la paz es el cielo; saben que ser lugar de paz forma parte de la esencia del cielo. Así, esta aclamación es expresión de una profunda pena y, a la vez, es oración de esperanza: que Aquél que viene en nombre del Señor traiga a la tierra lo que está en el cielo. Que su realeza se convierta en la realeza de Dios, presencia del cielo en la tierra. La Iglesia, antes de la consagración eucarística, canta las palabras del *Salmo* con las que se saluda a Jesús antes de su entrada en la ciudad santa: saluda a Jesús como el rey que, al venir de Dios, en nombre de Dios entra en medio de nosotros. Este saludo alegre sigue siendo también hoy súplica y esperanza. Pidamos al Señor que nos traiga el cielo: la gloria de Dios y la paz de los hombres. Entendemos este saludo en el espíritu de la petición del Padre Nuestro: “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”. Sabemos que el cielo es cielo, lugar de la gloria y



de la paz, porque allí reina totalmente la voluntad de Dios. Y sabemos que la tierra no es cielo hasta que, en ella, se realice la voluntad de Dios. Por tanto, saludemos a Jesús que viene del cielo y pidámosle que nos ayude a conocer y a hacer la voluntad de Dios. Que la realeza de Dios entre en el mundo y así el mundo se colme del esplendor de la paz. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,  
en la Capilla Papal, en el V  
Aniversario de la muerte del Siervo  
de Dios, Juan Pablo II***

*Basílica Vaticana. Lunes, 29 de marzo de 2010*

*Venerados hermanos en el episcopado  
y en el sacerdocio; queridos hermanos y  
hermanas:*

Nos hemos reunido en torno al altar, junto a la tumba del apóstol san Pedro, para ofrecer el sacrificio eucarístico en sufragio por el alma elegida del venerable Juan Pablo II, en el quinto aniversario de su muerte. Lo hacemos con algunos días de antelación porque el 2 de abril será este año Viernes santo. Estamos, por lo tanto, en Semana santa, contexto muy propicio para el recogimiento y la oración, en el que la liturgia nos permite revivir con mayor intensidad los últimos días de la vida terrena de Jesús. Deseo expresar mi agradecimiento a todos vosotros, que

participáis en esta santa misa. Saludo cordialmente a los cardenales -de manera especial al arzobispo Stanislaw Dziwisz-, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, así como a los peregrinos que han llegado para la ocasión desde Polonia, a los muchos jóvenes y a los numerosos fieles que no han querido faltar a esta celebración.

En la primera lectura bíblica que se ha proclamado, el profeta Isaías presenta la figura de un “siervo de Dios” que es a la vez su elegido, en quien se complace. El siervo actuará con firmeza inquebrantable, con una energía que no desfallece hasta que él haya cumplido la tarea que se le ha confiado. Sin embargo, no tendrá a su disposición los medios humanos que parecen indispensables para la realización de un plan tan grandioso. Él se presentará con la fuerza de la convicción, y será el Espíritu que Dios ha puesto en él quien le dará la capacidad de obrar con suavidad y con fuerza, asegurándole el éxito final. Lo que el profeta inspirado dice del siervo lo podemos aplicar al amado Juan Pablo II: el Señor lo llamó a su servicio y, confiándole tareas de responsabilidad cada vez mayor, lo acompañó también con su gracia y con su asistencia continua. Durante su largo pontificado, se prodigó en proclamar el derecho con firmeza, sin debilidades ni titubeos, sobre todo cuando tenía que afrontar resistencias, hostilidades y rechazos. Sabía que el Señor lo había tomado de la mano, y esto le permitió ejercer un ministerio muy fecundo, por



el que, una vez más, damos fervientes gracias a Dios.

El Evangelio recién proclamado nos conduce a Betania, donde, como apunta el evangelista, Lázaro, Marta y María ofrecieron una cena al Maestro (cf. *Jn* 12, 1). Este banquete en casa de los tres amigos de Jesús se caracteriza por los presentimientos de la muerte inminente: los seis días antes de Pascua, la insinuación del traidor Judas, la respuesta de Jesús que recuerda uno de los piadosos actos de la sepultura anticipado por María, la alusión a que no lo tendrían siempre con ellos, el propósito de eliminar a Lázaro, en el que se refleja la voluntad de matar a Jesús. En este relato evangélico, hay un gesto sobre el que deseo llamar la atención: María de Betania, “tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos” (12, 3). El gesto de María es la expresión de fe y de amor grandes por el Señor: para ella, no es suficiente lavar los pies del Maestro con agua, sino que los unge con una gran cantidad de perfume precioso que -como protestará Judas- se habría podido vender por trescientos denarios; y no unge la cabeza, como era costumbre, sino los pies: María ofrece a Jesús cuanto tiene de mayor valor y lo hace con un gesto de profunda devoción. El amor no calcula, no mide, no repara en gastos, no pone barreras, sino que sabe donar con alegría, busca sólo el bien del otro, vence la mezquindad, la cicatería, los resentimientos, la cerrazón que el

hombre lleva a veces en su corazón. María se pone a los pies de Jesús en humilde actitud de servicio, como hará el propio Maestro en la última Cena, cuando, como dice el cuarto Evangelio, “se levantó de la mesa, se quitó sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echó agua en una jofaina y se puso a lavar los pies de los discípulos” (*Jn* 13, 4-5), para que -dijo- “también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (v. 15): la regla de la comunidad de Jesús es la del amor que sabe servir hasta el don de la vida. Y el perfume se difunde: “Toda la casa -anota el evangelista- se llenó del olor del perfume” (*Jn* 12, 3). El significado del gesto de María, que es respuesta al amor infinito de Dios, se expande entre todos los convidados; todo gesto de caridad y de devoción auténtica a Cristo no se limita a un hecho personal, no se refiere sólo a la relación entre el individuo y el Señor, sino a todo el cuerpo de la Iglesia; es contagioso: infunde amor, alegría y luz.

“Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron” (*Jn* 1, 11): al acto de María, se contraponen la actitud y las palabras de Judas, quien, bajo el pretexto de la ayuda a los pobres oculta el egoísmo y la falsedad del hombre cerrado en sí mismo, encadenado por la avidez de la posesión, que no se deja envolver por el buen perfume del amor divino. Judas calcula allí donde no se puede calcular, entra con ánimo mezquino en el espacio reservado al amor, al don, a la entrega total. Y Jesús, que

hasta aquel momento había permanecido en silencio, interviene a favor del gesto de María: “Déjala, que lo guarde para el día de mi sepultura” (*Jn* 12, 7). Jesús comprende que María ha intuitido el amor de Dios e indica que ya se acerca su “hora”, la “hora” en la que el Amor hallará su expresión suprema en el madero de la cruz: el Hijo de Dios se entrega a sí mismo para que el hombre tenga vida, desciende a los abismos de la muerte para llevar al hombre a las alturas de Dios, no teme humillarse “haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz” (*Flp* 2, 8). San Agustín, en el Sermón en el que comenta este pasaje evangélico, nos dirige a cada uno, con palabras apremiantes, la invitación a entrar en este circuito de amor, imitando el gesto de María y situándonos concretamente en el seguimiento de Jesús. Escribe san Agustín: “Toda alma que quiera ser fiel, únase a María para ungir con perfume precioso los pies del Señor... Unja los pies de Jesús: siga las huellas del Señor llevando una vida digna. Seque los pies con los cabellos: si tienes cosas superfluas, dadas a los pobres, y habrás enjugado los pies del Señor” (*In Ioh. evang.*, 50, 6).

Queridos hermanos y hermanas, toda la vida del venerable Juan Pablo II se desarrolló en el signo de esta caridad, de la capacidad de entregarse de manera generosa, sin reservas, sin medida, sin cálculo. Lo que lo movía era el amor a Cristo, a quien había consagrado su vida, un amor sobreabundante e incondicional. Y precisamente

porque se acercó cada vez más a Dios en el amor, pudo hacerse compañero de viaje para el hombre de hoy, extendiendo en el mundo el perfume del amor de Dios. Quien tuvo la alegría de conocerlo y frecuentarlo, pudo palpar cuán viva era en él la certeza “de contemplar la bondad del Señor en la tierra de los vivos”, como hemos escuchado en el Salmo responsorial (27, 13); certeza que lo acompañó a lo largo de toda su vida y que, de forma especial, se manifestó durante el último período de su peregrinación terrena: de hecho, la progresiva debilidad física jamás hizo mella en su fe incommovible, en su luminosa esperanza, en su ferviente caridad. Se dejó consumir por Cristo, por la Iglesia, por el mundo entero: el suyo fue un sufrimiento vivido hasta el final por amor y con amor.

En la homilía con ocasión del XXV aniversario de su pontificado, confió que en el momento de la elección había sentido fuertemente en su corazón la pregunta de Jesús a Pedro: “¿Me amas? ¿Me amas más que estos...?” (*Jn* 21, 15-16); y añadió: “Cada día se repite en mi corazón el mismo diálogo entre Jesús y Pedro. En espíritu, contemplo la mirada benévola de Cristo resucitado. Él, consciente de mi fragilidad humana, me anima a responder con confianza, como Pedro: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero” (*Jn* 21, 17). Y después me invita a asumir las responsabilidades que él mismo me ha confiado” (16 de octubre de 2003: *L’Osservatore Romano*, edición en len-

gua española, 24 de octubre de 2003, p. 3). Son palabras cargadas de fe y de amor, el amor de Dios, que todo lo vence.

Deseo, por último, saludar a los polacos aquí presentes. Os reunís numerosos en torno a la tumba del venerable siervo de Dios con un sentimiento especial, como hijas e hijos de la misma tierra, formados en la misma cultura y tradición espiritual. La vida y la obra de Juan Pablo II, gran polaco, puede ser para vosotros un motivo de orgullo. Pero es necesario que recordéis que representa asimismo una gran llamada a ser testigos fieles de la fe, de la esperan-

za y del amor que él enseñó sin cesar. Que, por intercesión de Juan Pablo II, os sostenga siempre la bendición del Señor.

Mientras proseguimos la celebración eucarística, disponiéndonos a vivir los días gloriosos de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, encomendémonos con confianza -a ejemplo del venerable Juan Pablo II- a la intercesión de la santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, para que nos sostenga en el compromiso de ser, en toda circunstancia, apóstoles incansables de su Hijo divino y de su Amor misericordioso. Amén.

## MENSAJES

### *Mensaje del Papa, Benedicto XVI, para la XXV Jornada Mundial de la Juventud*

«Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Mc 10,17)

*Queridos amigos:*

Este año celebramos el 25 aniversario de la institución de la Jornada Mundial de la Juventud, querida por el Siervo de Dios, Juan Pablo II, como una cita anual de los jóvenes creyentes de todo el mundo. Fue una iniciativa profética que ha dado abundantes frutos, ofreciendo a las nuevas generacio-

nes la oportunidad de encontrarse, de ponerse a la escucha de la Palabra de Dios, de descubrir la belleza de la Iglesia y de vivir experiencias fuertes de fe, que han llevado a muchos a la decisión de entregarse totalmente a Cristo.

Esta XXV Jornada representa una etapa hacia el próximo Encuentro Mundial de jóvenes, que tendrá lugar en agosto de 2011 en Madrid, con la esperanza de que seáis muchos los que podáis vivir este evento de gracia.

Para prepararnos a esta celebración, quisiera proponeros algunas reflexiones sobre el tema de este año, tomado

del pasaje evangélico del encuentro de Jesús con el joven rico: “*Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?*” (Mc 10,17). Un tema que ya trató, en 1985, el Papa Juan Pablo II en una Carta bellísima, la primera dirigida a los jóvenes.

### 1. Jesús encuentra a un joven

«*Cuando salía Jesús al camino, -cuenta el Evangelio de San Marcos- se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”. Jesús le contestó: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno mas que Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre”. Él replicó: “Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño”. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres -así tendrás un tesoro en el cielo-, y luego sígueme”. Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico» (Mc 10, 17-22).*

Esta narración expresa de manera eficaz la gran atención de Jesús hacia los jóvenes, hacia vosotros, hacia vuestras ilusiones, vuestras esperanzas, y pone de manifiesto su gran deseo de encontraros personalmente y de dialogar con cada uno de vosotros. De hecho, Cristo interrumpe su camino para responder a la pregunta de su interlocutor, manifestando una total disponi-

bilidad hacia aquel joven que, movido por un ardiente deseo de hablar con el «Maestro bueno», quiere aprender de Él a recorrer el camino de la vida. Con este pasaje evangélico, mi Predecesor quería invitar a cada uno de vosotros a «desarrollar el propio coloquio con Cristo, un coloquio que es de importancia fundamental y esencial para un joven» (*Carta a los jóvenes*, n. 2).

### 2. Jesús lo miró y lo amó

En la narración evangélica, San Marcos subraya como «*Jesús se le quedó mirando con cariño*» (Mc 10,21). La mirada del Señor es el centro de este especialísimo encuentro y de toda la experiencia cristiana. De hecho lo más importante del cristianismo no es una moral, sino la experiencia de Jesucristo, que nos ama personalmente, seamos jóvenes o ancianos, pobres o ricos; que nos ama incluso cuando le volvemos la espalda.

Comentando esta escena, el Papa Juan Pablo II añadía, dirigiéndose a vosotros, jóvenes: «¡Deseo que experimentéis una mirada así! ¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!» (*Carta a los jóvenes*, n. 7). Un amor, que se manifiesta en la Cruz de una manera tan plena y total, que san Pablo llegó a escribir con asombro: «me amó y se entregó a sí mismo por mí» (*Ga 2,20*). «La conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, -sigue escribiendo-

do el Papa Juan Pablo II-, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana» (*Carta a los jóvenes*, n. 7), y nos hace superar todas las pruebas: el descubrimiento de nuestros pecados, el sufrimiento, la falta de confianza.

En este amor, se encuentra la fuente de toda la vida cristiana y la razón fundamental de la evangelización: si realmente hemos encontrado a Jesús, ¡no podemos renunciar a dar testimonio de él ante quienes todavía no se han cruzado con su mirada!

### 3. El descubrimiento del proyecto de vida

En el joven del evangelio, podemos ver una situación muy parecida a la de cada uno de vosotros. También vosotros sois ricos de cualidades, de energías, de sueños, de esperanzas: ¡recursos que tenéis en abundancia! Vuestra misma edad constituye una gran riqueza, no sólo para vosotros, sino también para los demás, para la Iglesia y para el mundo.

El joven rico le pregunta a Jesús: «¿Qué tengo que hacer?». La etapa de la vida en la que estáis es un tiempo de descubrimiento: de los dones que Dios os ha dado y de vuestras propias responsabilidades. También es tiempo de opciones fundamentales para construir vuestro proyecto de vida. Por tanto, es el momento de interrogaros sobre el sentido auténtico de la existencia y de

preguntaros: «¿Estoy satisfecho de mi vida? ¿Me falta algo?».

Como el joven del evangelio, quizá también vosotros vivís situaciones de inestabilidad, de confusión o de sufrimiento, que os llevan a desear una vida que no sea mediocre y a preguntaros: ¿Qué es una vida plena? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cuál puede ser mi proyecto de vida? «¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?» (*ibíd.*, n. 3).

¡No tengáis miedo a enfrentaros con estas preguntas! Ya que mas que causar angustia, expresan las grandes aspiraciones que hay en vuestro corazón. Por eso hay que escucharlas. Esperan respuestas que no sean superficiales, sino capaces de satisfacer vuestras auténticas esperanzas de vida y de felicidad.

Para descubrir el proyecto de vida que realmente os puede hacer felices, poneos a la escucha de Dios, que tiene un designio de amor para cada uno de vosotros. Decidle con confianza: «Señor, ¿cuál es tu designio de Creador y de Padre sobre mi vida? ¿Cuál es tu voluntad? Yo deseo cumplirla». Tened la seguridad de que os responderá. ¡No tengáis miedo de su respuesta! «*Dios es mayor que nuestra conciencia y lo sabe todo*» (1Jn 3,20).

### 4. ¡Ven y sígueme!

Jesús invita al joven rico a ir mucho más allá de la satisfacción de sus aspira-

ciones y proyectos personales, y le dice: «¡Ven y sígueme!». La vocación cristiana nace de una propuesta de amor del Señor, y sólo puede realizarse gracias a una respuesta de amor: «Jesús invita a sus discípulos a la entrega total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una confianza sin reservas en Dios. Los santos aceptan esta exigente invitación y emprenden, con humilde docilidad, el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe a veces humanamente incomprensible, consiste en no ponerse ellos mismos en el centro, sino en optar por ir contracorriente viviendo según el Evangelio» (Benedicto XVI, *Homilía* en ocasión de las canonizaciones, 11 de octubre de 2009).

Siguiendo el ejemplo de tantos discípulos de Cristo, también vosotros, queridos amigos, acoged con alegría la invitación al seguimiento, para vivir intensamente y con fruto en este mundo. En efecto, con el bautismo, Él llama a cada uno a seguirle con acciones concretas, a amarlo sobre todas las cosas y a servirle en los hermanos. El joven rico, desgraciadamente, no acogió la invitación de Jesús y se fue triste. No tuvo el valor de desprenderse de los bienes materiales para encontrar el bien más grande que le ofrecía Jesús.

La tristeza del joven rico del evangelio es la que nace en el corazón de cada uno cuando no se tiene el valor de seguir a Cristo, de tomar la opción justa. ¡Pero nunca es demasiado tarde para responderle!

Jesús nunca se cansa de dirigir su mirada de amor y de llamar a ser sus discípulos, pero a algunos les propone una opción más radical. En este Año Sacerdotal, quisiera invitar a los jóvenes y adolescentes a estar atentos por si el Señor les invita a recibir un don más grande, en la vida del Sacerdocio ministerial, y a estar dispuestos a acoger con generosidad y entusiasmo este signo de especial predilección, iniciando el necesario camino de discernimiento con un sacerdote, con un director espiritual. No tengáis miedo, queridos jóvenes y queridas jóvenes, si el Señor os llama a la vida religiosa, monástica, misionera o de una especial consagración: ¡Él sabe dar un gozo profundo a quien responde con generosidad!

También invito, a quienes sienten la vocación al matrimonio, a acogerla con fe, comprometiéndose a poner bases sólidas para vivir un amor grande, fiel y abierto al don de la vida, que es riqueza y gracia para la sociedad y para la Iglesia.

## 5. Orientados hacia la vida eterna

«¿Qué haré para heredar la vida eterna?». Esta pregunta del joven del Evangelio parece lejana de las preocupaciones de muchos jóvenes contemporáneos, porque, como observaba mi Predecesor, «¿no somos nosotros la generación a la que el mundo y el progreso temporal llenan completamente el horizonte de la existencia?» (*Carta a los jóvenes*, n. 5). Pero la pregunta sobre

la «vida eterna» aparece en momentos particularmente dolorosos de la existencia, cuando sufrimos la pérdida de una persona cercana o cuando vivimos la experiencia del fracaso.

Pero, ¿qué es la «vida eterna» de la que habla el joven rico? Nos contesta Jesús cuando, dirigiéndose a sus discípulos, afirma: *«volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría»* (Jn 16,22). Son palabras que indican una propuesta rebo-sante de felicidad sin fin, del gozo de ser colmados por el amor divino para siempre.

Plantearse el futuro definitivo que nos espera a cada uno de nosotros da sentido pleno a la existencia, porque orienta el proyecto de vida hacia horizontes no limitados y pasajeros, sino amplios y profundos, que llevan a amar el mundo, que tanto ha amado Dios, a dedicarse a su desarrollo, pero siempre con la libertad y el gozo que nacen de la fe y de la esperanza. Son horizontes que ayudan a no absolutizar la realidad terrena, sintiendo que Dios nos prepara un horizonte más grande, y a repetir con san Agustín: «Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo» (*Comentario al Evangelio de San Juan*, Homilía 35, 9). Teniendo fija la mirada en la vida eterna, el beato Pier Giorgio Frassati, que falleció en 1925 a la edad de 24 años, decía: «¡Quiero vivir y no ir tirando!» y sobre la foto de una subida a la montaña, enviada a un

amigo, escribía: «Hacia lo alto», aludiendo a la perfección cristiana, pero también a la vida eterna.

Queridos jóvenes, os invito a no olvidar esta perspectiva en vuestro proyecto de vida: estamos llamados a la eternidad. Dios nos ha creado para estar con Él, para siempre. Esto os ayudará a dar un sentido pleno a vuestras opciones y a dar calidad a vuestra existencia.

## **6. Los mandamientos, camino del amor auténtico**

Jesús le recuerda al joven rico los diez mandamientos, como condición necesaria para «heredar la vida eterna». Son un punto de referencia esencial para vivir en el amor, para distinguir claramente entre el bien y el mal, y construir un proyecto de vida sólido y duradero. Jesús os pregunta, también a vosotros, si conocéis los mandamientos, si os preocupáis de formar vuestra conciencia según la ley divina y si los ponéis en práctica.

Es verdad, se trata de preguntas que van contracorriente respecto a la mentalidad actual que propone una libertad desvinculada de valores, de reglas, de normas objetivas, y que invita a rechazar todo lo que suponga un límite a los deseos momentáneos. Pero este tipo de propuesta, en lugar de conducir a la verdadera libertad, lleva a la persona a ser esclava de sí misma, de sus deseos inmediatos, de los ídolos como el po-



der, el dinero, el placer desenfrenado y las seducciones del mundo, haciéndola incapaz de seguir su innata vocación al amor.

Dios nos da los mandamientos porque nos quiere educar en la verdadera libertad, porque quiere construir con nosotros un reino de amor, de justicia y de paz. Escucharlos y ponerlos en práctica no significa alienarse, sino encontrar el auténtico camino de la libertad y del amor, porque los mandamientos no limitan la felicidad, sino que indican cómo encontrarla. Jesús, al principio del diálogo con el joven rico, recuerda que la ley dada por Dios es buena, porque «Dios es bueno».

## 7. Os necesitamos

Quien vive hoy la condición juvenil tiene que afrontar muchos problemas derivados de la falta de trabajo, de la falta de referentes e ideales ciertos y de perspectivas concretas para el futuro. A veces se puede tener la sensación de impotencia frente a las crisis y a las desorientaciones actuales. A pesar de las dificultades, ¡no os desaniméis, ni renunciéis a vuestros sueños! Al contrario, cultivad en el corazón grandes deseos de fraternidad, de justicia y de paz. El futuro está en las manos de quienes saben buscar y encontrar razones fuertes de vida y de esperanza. Si queréis, el futuro está en vuestras manos, porque los dones y las riquezas que el Señor ha puesto en el corazón de cada uno de vosotros, moldeados por el encuentro

con Cristo, ¡pueden ofrecer la auténtica esperanza al mundo! La fe en su amor os hará fuertes y generosos, y os dará la fuerza para afrontar con serenidad el camino de la vida y para asumir las responsabilidades familiares y profesionales. Comprometeos a construir vuestro futuro siguiendo proyectos serios de formación personal y de estudio, para servir con competencia y generosidad al bien común.

En mi reciente Carta encíclica -*Caritas in veritate*- sobre el desarrollo humano integral, he enumerado algunos grandes retos actuales, que son urgentes y esenciales para la vida de este mundo: el uso de los recursos de la tierra y el respeto de la ecología, la justa distribución de los bienes y el control de los mecanismos financieros, la solidaridad con los países pobres en el ámbito de la familia humana, la lucha contra el hambre en el mundo, la promoción de la dignidad del trabajo humano, el servicio a la cultura de la vida, la construcción de la paz entre los pueblos, el diálogo interreligioso, el buen uso de los medios de comunicación social.

Son retos a los que estáis llamados a responder para construir un mundo más justo y fraterno. Son retos que requieren un proyecto de vida exigente y apasionante, en el que emplear toda vuestra riqueza según el designio que Dios tiene para cada uno de vosotros. No se trata de realizar gestos heroicos ni extraordinarios, sino de actuar haciendo fructificar los propios talentos



y las propias posibilidades, comprometiéndose a progresar constantemente en la fe y en el amor.

En este Año Sacerdotal, os invito a conocer la vida de los santos, sobre todo la de los santos sacerdotes. Veréis que Dios los ha guiado y que han encontrado su camino día tras día, precisamente en la fe, la esperanza y el amor. Cristo os llama a cada uno de vosotros a un compromiso con Él y a asumir las propias responsabilidades para construir la civilización del amor. Si seguís su palabra, también vuestro camino se iluminará y os conducirá a metas altas, que colman de alegría y plenitud la vida.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, os acompañe con su protección. Os aseguro mi recuerdo en la oración y con gran afecto os bendigo.

*Vaticano, 22 de febrero de 2010*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,  
para la XLVII Jornada Mundial de  
oración por las vocaciones***

**Tema: *El testimonio suscita vocaciones***

*Venerados Hermanos en el Episcopado  
y en el Sacerdocio; queridos hermanos y  
hermanas*

La 47 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará en

el IV domingo de Pascua, domingo del “Buen Pastor”, el 25 de abril de 2010, me ofrece la oportunidad de proponer a vuestra reflexión un tema en sintonía con el Año Sacerdotal: *El testimonio suscita vocaciones*. La fecundidad de la propuesta vocacional, en efecto, depende primariamente de la acción gratuita de Dios, pero, como confirma la experiencia pastoral, está favorecida también por la cualidad y la riqueza del testimonio personal y comunitario de cuantos han respondido ya a la llamada del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida consagrada, puesto que su testimonio puede suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo. Este tema está, pues, estrechamente unido a la vida y a la misión de los sacerdotes y de los consagrados. Por tanto, quisiera invitar a todos los que el Señor ha llamado a trabajar en su viña a renovar su fiel respuesta, sobre todo en este Año Sacerdotal, que he convocado con ocasión del 150 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, el Cura de Ars, modelo siempre actual de presbítero y de párroco.

Ya en el Antiguo Testamento, los profetas eran conscientes de estar llamados a dar testimonio con su vida de lo que anunciaban, dispuestos a afrontar incluso la incomprensión, el rechazo, la persecución. La misión que Dios les había confiado los implicaba completamente, como un incontenible “fuego ardiente” en el corazón (cf. Jr 20, 9), y por eso, estaban dispuestos a entregar al Señor no solamente la voz, sino toda su existen-

cia. En la plenitud de los tiempos, será Jesús, el enviado del Padre (cf. *Jn* 5, 36), el que con su misión dará testimonio del amor de Dios hacia todos los hombres, sin distinción, con especial atención a los últimos, a los pecadores, a los marginados, a los pobres. Él es el Testigo por excelencia de Dios y de su deseo de que todos se salven. En la aurora de los tiempos nuevos, Juan Bautista, con una vida enteramente entregada a preparar el camino a Cristo, da testimonio de que en el Hijo de María de Nazaret se cumplen las promesas de Dios. Cuando lo ve acercarse al río Jordán, donde estaba bautizando, lo muestra a sus discípulos como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (*Jn* 1, 29). Su testimonio es tan fecundo, que dos de sus discípulos “oyéndole decir esto, siguieron a Jesús” (*Jn* 1, 37).

También la vocación de Pedro, según escribe el evangelista Juan, pasa a través del testimonio de su hermano Andrés, el cual, después de haber encontrado al Maestro y haber respondido a la invitación de permanecer con Él, siente la necesidad de comunicarle inmediatamente lo que ha descubierto en su “permanecer” con el Señor: “Hemos encontrado al Mesías -que quiere decir Cristo- y lo llevó a Jesús” (*Jn* 1, 41-42). Lo mismo sucede con Natanael, Bartolomé, gracias al testimonio de otro discípulo, Felipe, el cual comunica con alegría su gran descubrimiento: “Hemos encontrado a aquél de quien escribió Moisés, en el libro de la ley, y del que hablaron los Profetas: es Jesús, el hijo de José, el de

Nazaret” (*Jn* 1, 45). La iniciativa libre y gratuita de Dios encuentra e interpela la responsabilidad humana de cuantos acogen su invitación para convertirse con su propio testimonio en instrumentos de la llamada divina. Esto acontece también hoy en la Iglesia: Dios se sirve del testimonio de los sacerdotes, fieles a su misión, para suscitar nuevas vocaciones sacerdotales y religiosas al servicio del Pueblo de Dios. Por esta razón deseo señalar tres aspectos de la vida del presbítero, que considero esenciales para un testimonio sacerdotal eficaz.

Elemento fundamental y reconocible de toda vocación al sacerdocio y a la vida consagrada es la amistad con Cristo. Jesús vivía en constante unión con el Padre, y esto era lo que suscitaba en los discípulos el deseo de vivir la misma experiencia, aprendiendo de Él la comunión y el diálogo incesante con Dios. Si el sacerdote es el “hombre de Dios”, que pertenece a Dios y que ayuda a conocerlo y amarlo, no puede dejar de cultivar una profunda intimidad con Él, permanecer en su amor, dedicando tiempo a la escucha de su Palabra. La oración es el primer testimonio que suscita vocaciones. Como el apóstol Andrés, que comunica a su hermano haber conocido al Maestro, igualmente quien quiere ser discípulo y testigo de Cristo debe haberlo “visto” personalmente, debe haberlo conocido, debe haber aprendido a amarlo y a estar con Él.

Otro aspecto de la consagración sacerdotal y de la vida religiosa es el don

total de sí mismo a Dios. Escribe el apóstol Juan: “En esto, hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (1 Jn 3, 16). Con estas palabras, el apóstol invita a los discípulos a entrar en la misma lógica de Jesús que, a lo largo de su existencia, ha cumplido la voluntad del Padre hasta el don supremo de sí mismo en la cruz. Se manifiesta aquí la misericordia de Dios en toda su plenitud; amor misericordioso que ha vencido las tinieblas del mal, del pecado y de la muerte. La imagen de Jesús que en la Última Cena se levanta de la mesa, se quita el manto, toma una toalla, se la ciñe a la cintura y se inclina para lavar los pies a los apóstoles, expresa el sentido del servicio y del don manifestados en su entera existencia, en obediencia a la voluntad del Padre (cfr Jn 13, 3-15). Siguiendo a Jesús, quien ha sido llamado a la vida de especial consagración debe esforzarse en dar testimonio del don total de sí mismo a Dios. De ahí brota la capacidad de darse luego a los que la Providencia le confíe en el ministerio pastoral, con entrega plena, continua y fiel, y con la alegría de hacerse compañero de camino de tantos hermanos, para que se abran al encuentro con Cristo y su Palabra se convierta en luz en su sendero. La historia de cada vocación va unida casi siempre con el testimonio de un sacerdote que vive con alegría el don de sí mismo a los hermanos por el Reino de los Cielos. Y esto porque la cercanía y la palabra de un sacerdote son capaces de suscitar interrogantes y

conducir a decisiones incluso definitivas (cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. post-sinodal, *Pastores dabo vobis*, 39).

Por último, un tercer aspecto que no puede dejar de caracterizar al sacerdote y a la persona consagrada es el vivir la comunión. Jesús indicó, como signo distintivo de quien quiere ser su discípulo, la profunda comunión en el amor: “Por el amor que os tengáis los unos a los otros, reconocerán todos que sois discípulos míos” (Jn 13, 35). De manera especial, el sacerdote debe ser hombre de comunión, abierto a todos, capaz de caminar unido con toda la grey que la bondad del Señor le ha confiado, ayudando a superar divisiones, a reparar fracturas, a suavizar contrastes e incomprendimientos, a perdonar ofensas. En julio de 2005, en el encuentro con el Clero de Aosta, tuve la oportunidad de decir que si los jóvenes ven sacerdotes muy aislados y tristes, no se sienten animados a seguir su ejemplo. Se sienten indecisos cuando se les hace creer que ése es el futuro de un sacerdote. En cambio, es importante llevar una vida indivisa, que muestre la belleza de ser sacerdote. Entonces, el joven dirá: “sí, este puede ser un futuro también para mí, así se puede vivir” (*Insegnamenti* I, [2005], 354). El Concilio Vaticano II, refiriéndose al testimonio que suscita vocaciones, subraya el ejemplo de caridad y de colaboración fraterna que deben ofrecer los sacerdotes (cf. *Optatam totius*, 2).

Me es grato recordar lo que escribió mi venerado Predecesor, Juan Pablo II:

“La vida misma de los presbíteros, su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia -un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual-, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional” (*Pastores dabo vobis*, 41). Se podría decir que las vocaciones sacerdotales nacen del contacto con los sacerdotes, casi como un patrimonio precioso comunicado con la palabra, el ejemplo y la vida entera.

Esto vale también para la vida consagrada. La existencia misma de los religiosos y de las religiosas habla del amor de Cristo, cuando le siguen con plena fidelidad al Evangelio y asumen con alegría sus criterios de juicio y conducta. Llegan a ser “signo de contradicción” para el mundo, cuya lógica está inspirada muchas veces por el materialismo, el egoísmo y el individualismo. Su fidelidad y la fuerza de su testimonio, porque se dejan conquistar por Dios renunciando a sí mismos, sigue suscitando en el alma de muchos jóvenes el deseo de seguir a Cristo para siempre, generosa y totalmente. Imitar a Cristo casto, pobre y obediente, e identificarse con Él: he aquí el ideal de la vida consagrada, testimonio de la primacía absoluta de Dios en la vida y en la historia de los hombres.

Todo presbítero, todo consagrado y toda consagrada, fieles a su vocación, transmiten la alegría de servir a Cristo, e invitan a todos los cristianos a respon-

der a la llamada universal a la santidad. Por tanto, para promover las vocaciones específicas al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa, para hacer más vigoroso e incisivo el anuncio vocacional, es indispensable el ejemplo de todos los que ya han dicho su “sí” a Dios y al proyecto de vida que Él tiene sobre cada uno. El testimonio personal, hecho de elecciones existenciales y concretas, animará a los jóvenes a tomar decisiones comprometidas que determinen su futuro. Para ayudarles es necesario el arte del encuentro y del diálogo capaz de iluminarles y acompañarles, a través sobre todo de la ejemplaridad de la existencia vivida como vocación. Así lo hizo el Santo Cura de Ars, el cual, siempre en contacto con sus parroquianos, “enseñaba, sobre todo, con el testimonio de su vida. De su ejemplo aprendían los fieles a orar” (*Carta para la convocación del Año Sacerdotal*, 16 junio 2009).

Que esta Jornada Mundial ofrezca de nuevo una preciosa oportunidad a muchos jóvenes para reflexionar sobre su vocación, entregándose a ella con sencillez, confianza y plena disponibilidad. Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, custodie hasta el más pequeño germen de vocación en el corazón de quienes el Señor llama a seguirle más de cerca, hasta que se convierta en árbol frondoso, colmado de frutos para bien de la Iglesia y de toda la humanidad. Rezo por esta intención, a la vez que imparto a todos la Bendición Apostólica.

Vaticano, 13 de noviembre de 2009

SANTA SEDE**CONGREGACIONES. PONTIFICIA COMISIÓN PARA AMÉRICA LATINA****Mensaje con motivo del Día de Hispanoamérica en las Diócesis de España  
“Sacerdotes, discípulos y misioneros”**

1. La Pontificia Comisión para América Latina dirige un saludo cordial a todos los fieles de España por la celebración del Día de Hispanoamérica y, de manera especial, en este Año dedicado al don maravilloso del ministerio sacerdotal, a todos aquellos que por medio del sacramento del Orden han sido configurados a Cristo, Buen Pastor, para dedicar su vida al servicio de la Iglesia, tanto en ese querido país como más allá de sus fronteras.

Un saludo con particular afecto y consideración se extiende a aquellos sacerdotes que, a través de la obra que realiza la OCSHA, han entregado su vida por completo al anuncio del Evangelio en los diversos países de América Latina. Que el Señor, que con misericordia infinita los llamó, hoy “haga crecer su alegría y aumente su gozo” (cf. *Is* 9, 2).

2. El lema elegido para la celebración de este año, “Sacerdotes, discípulos y misioneros”, hace eco del acento pastoral y misionero que los obispos de América Latina quisieron plasmar en la última Conferencia general del Episcopado latinoamericano celebrada en Aparecida (Brasil) y, al mismo tiempo,

se coloca en explícita consonancia con el Año sacerdotal convocado por Su Santidad Benedicto XVI el 16 de junio de 2009, en la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, cuya finalidad es la de “contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo” (*Carta de Benedicto XVI para la convocación del Año sacerdotal con ocasión del 150 ° aniversario del “Dies natalis” del santo cura de Ars*).

Este año sacerdotal constituye para todos los hijos de la Iglesia una ocasión privilegiada para dar gracias a Dios porque en su misericordia infinita ha querido llamar a algunos para que se unan de manera más profunda al corazón sacerdotal de Cristo y, al mismo tiempo, para que ofrezcan sus vidas como sacrificio por el bien espiritual de todos los miembros de su Cuerpo místico. En efecto, la vocación al sacerdocio es un regalo inestimable para toda la Iglesia.

Igualmente esta celebración ha de servir para que todo el pueblo de Dios tome conciencia de la necesidad apremiante que hay en todo el mundo de

obreros que decidan responder, con generosidad y valentía, a la invitación del Señor a trabajar en su viña (cf. *Mt* 20, 1 ss). Se trata, en efecto, de una responsabilidad que concierne a todos los fieles y, de manera especial, a la institución familiar, lugar en el que se debe enseñar y promover la actitud de disposición y libertad interior para responder al llamado de Dios.

En la última reunión plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina, celebrada en Roma en febrero del 2009, los miembros y consejeros durante la sesión conclusiva expresaron la necesidad urgente de “comprometer a todo el presbiterio, a los seminaristas mismos y a la comunidad eclesial en general en este campo de la pastoral vocacional y orar intensamente al Señor, dueño de la mies, para que suscite estas vocaciones al servicio de la Iglesia” (Pontificia Comisión para América Latina, *La formación sacerdotal en los seminarios de América Latina*, Ciudad del Vaticano 2009, Libreria Editrice Vaticana, p. 329)

Los obispos y los sacerdotes, sin embargo, tienen que ser los primeros “testigos cercanos y gozosos de Cristo Buen Pastor” (*Aparecida* 187), y han de reflejar con su misma presencia y su palabra la fuerza atrayente de la persona de Cristo. Palabra y testimonio deben estar siempre presentes. El Papa Pablo VI decía que el testimonio es insuficiente “si no es esclarecido, justificado y explicitado por un anuncio claro e

inequívoco del Señor Jesús” (*Evangelii nuntiandi*, 22).

3. Por otra parte, este Año está profundamente vinculado a la fascinante figura de san Juan María Vianney, el santo cura de Ars, de quien se celebra el 150° aniversario de su tránsito a la casa paterna, o *Dies Natalis*.

La fisonomía espiritual de este humilde párroco de una zona rural de Francia nos convence de lo que se puede lograr, aun contando con escasos recursos humanos y materiales, si se tiene la conciencia de la fuerza transformadora de la gracia: aquella clara convicción que el apóstol san Pablo expresa con sus emblemáticas palabras “Todo lo puedo en Aquél que me conforta” (*Flp* 4, 13). Gracias a la presencia y acción pastoral de este santo sacerdote la humilde parroquia de Ars, una aldea sin importancia no muy lejos de Lyon, se convirtió en poco tiempo en un lugar de peregrinación al que acudía gente de otras parroquias cercanas, más adelante de todo Lyon, de toda Francia y finalmente de todas partes del mundo.

En la vida de san Juan María Vianney, se transparenta la fe inquebrantable de un auténtico discípulo de Cristo y un espíritu misionero acrisolado en el calor de la oración. Ya el Papa Juan XXIII, en su encíclica *Sacerdotii nostri primordia*, promulgada con ocasión del primer centenario del tránsito de san Juan María Vianney, hablaba de “la

sorprendente eficacia sobrenatural de su ministerio”, con lo que se confirma una vez más -añade el beato- “esta gran ley de todo apostolado fundada en la palabra misma de Jesucristo: “Sin mí nada podéis hacer” (*Jn 15, 5*)”, principio fundamental que ningún sacerdote ha de olvidar jamás.

4. Cabe recordar asimismo que el caso ejemplar de san Juan María Vianney es un ejemplo preclaro en medio de una gran constelación de santos pastores que han animado la vida sacramental de la Iglesia a través de los siglos, haciendo presente el poder de la gracia en medio de la debilidad humana (cf. *2 Co 12, 9*). Muchos de ellos, mediante la canonización, han sido puestos por la Iglesia como modelos a seguir para todos los fieles, y especialmente de los sacerdotes.

Pero ¿cómo no mencionar también a todos aquellos cuya historia no se recuerda, aquéllos que desde el silencio, o desde una vida sencilla, desconocida para la gran mayoría, han contribuido a reflejar en su tiempo y en su contexto, tal vez en lugares recónditos, la luz fulgurante de Cristo? Cabe preguntarse si su anonimato no es sino un signo más de la extraordinaria calidad y autenticidad de su entrega.

En el presente, cuando la realidad del sacerdocio y su presencia en el mundo parece contrastar de manera aguda e incisiva con los criterios de una cultura relativista, cada vez más ajena al Evan-

gelio, ha de elevarse una sentida acción de gracias por todos aquellos que un día decidieron dejarlo todo para ir en busca del “ciento por uno” evangélico (cf. *Mt 19, 29*) y que, con intrépido entusiasmo, se lanzaron a la aventura de actuar y hablar en nombre de Cristo a aquéllos que están en los rincones más alejados, encontrando muchas veces contradicciones y dificultades, llegando incluso, no pocas veces, a subir con Cristo al altar de la cruz mediante el martirio.

5. Al celebrar el Día de Hispanoamérica, nuestra mirada se dirige nuevamente a América Latina como tierra de misión. Existe una continuidad de más de cinco siglos de la presencia de la España misionera en esas tierras. La fuerza que hoy en día impulsa a muchos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos a dejar sus lugares de origen para donar sus vidas a través del servicio evangelizador en el llamado “continente de la esperanza”, lleva algo del mismo Espíritu que animó a tantos otros a lo largo de la historia, para ir en busca, no del oro o de la riqueza temporales, sino de aquella perla preciosa del Evangelio, que es el reino de los cielos ya presente en este mundo (cf. *Mt 13, 45-46*).

Hoy se renueva esta llamada acucian- te para que como verdaderos discípulos de Jesús, muchos respondan con valentía a la vocación de anunciar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. *Mt 28, 19*), y para que más sacerdotes y misioneros estén dispues-



tos a entregar sus vidas con generosidad a la gran tarea de la evangelización.

6. Por último, unas palabras del Santo Padre, Benedicto XVI, nos pueden ayudar a reafirmar sintéticamente el núcleo central de este mensaje, e incluso de todo el Año sacerdotal: “La Iglesia necesita sacerdotes santos; ministros que ayuden a los fieles a experimentar el amor misericordioso del Señor y sean sus testigos convencidos” (Benedicto XVI, *Homilía en las Vísperas de*

*la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús*, basílica de San Pedro, viernes 19 de junio de 2009).

Que María santísima, Madre del Buen Pastor, interceda por todos los sacerdotes, sus hijos predilectos, y extienda su amorosa protección a todos los fieles de la Iglesia en España y en todo el mundo.

¡María, Madre de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, ruega por nosotros!

*Domingo, 7 de marzo de 2010*

**Cardenal Giovanni Battista Re**

*Presidente*

**Octavio Ruiz Arenas**

*Vicepresidente*









# CRÓNICA DIOCESANA

---



CRÓNICA DIOCESANAMARZO

- Día 1: Exequias por el E. D. de Sor Felicidad Sánchez Ballesteros, Religiosa Misionera del Divino Maestro, en la capilla de Montealegre.
- Día 3: Inauguración de la exposición “«Ex umbra in solem», de las sombras a la luz”, de tallas restauradas por el “Centro Técnico San Martín”, dependiente de la Fundación “Santa María Nai” de la Diócesis Auriense, en el Obispado.
- Día 5: En el Monasterio de Santa Clara de Allariz, tuvo lugar la elección de la nueva Abadesa y acto de despedida del Sr. Obispo por su próximo traslado a la Diócesis de Tui-Vigo.  
Exequias por el E. D. de Sor Amelia Pintos Amarante, Religiosa Misionera del Divino Maestro, en la capilla de Montealegre.
- Día 9: Exequias de Sor María Antonia García Pena, Religiosa Carmelita de la Caridad en la capilla del Colegio.
- Día 10: Acto de despedida del Sr. Obispo en el Monasterio de las Clarisas Reparadoras de Vilar de Astrés.
- Día 11: Acto de despedida del Sr. Obispo en el Monasterio de Santa Teresa de las Carmelitas Descalzas de la ciudad.  
Conferencia “Las peregrinaciones a Santiago de Compostela en la época moderna” pronunciada por el profesor D. Domingo González Lopo, en el Liceo Ourense y homenaje de despedida del Sr. Obispo por parte de esta institución.
- Día 12: Exequias. del Rvdo. Camilo Gómez Prieto en la Parroquia de Santa María de Oímbra.
- Día 13: XLI Festival Juvenil de la Canción Misionera en el Auditorio Municipal.
- Día 14: XXXII Festival Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio Municipal.
- Día 16: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 17: Firma de un Convenio de colaboración entre el Obispado de Ourense y CIMO en el Salón Mundo Novo, para la incorporación como becarios de licenciados del Campus Universitario en el Archivo Histórico Diocesano.

- Día 18: Vigilia de Oración por las Vocaciones en la Parroquia de Santiago de As Caldas.
- Día 19: Preside la celebración Eucarística en el Seminario Menor con motivo de la solemnidad de San José, Patrono del Seminario.
- Día 21: Acto de despedida del Sr. Obispo en el Convento de las Esclavas del Santísimo y de la Inmaculada.
- Día 24: Reunión de Arciprestes y Delegados en el Seminario Mayor.  
Acto de despedida del Sr. Obispo en el Seminario Menor.
- Día 25: Exequias del Rvdo. Daniel Fernández Rodríguez en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.





*Beati misericordes*